

Bitácora de un Bibliotecario



Edgardo Civallero

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2007

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2007

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2023.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

Febrero 20, 2007

"Vacaciones sagradas", mentes vacías, futuro oscuro...

Aún recuerdo la sensación que me causaron las barriadas pobres de Lima la primera vez que las vi. Fue algo más que asombro o tristeza. Fue ese desamparo y ese vacío que siente el que se sabe impotente de luchar contra una injusticia infinita frente a la cual nadie más dice nada. La misma sensación tuve cuando caminé por primera vez (y por segunda, y por tercera...) los senderos del monte del noreste argentino para llevar libros a escuelitas aborígenes perdidas en el medio de la nada. O cuando crucé algunas villas del sur boliviano, como Cotagaita. O algunos poblados de la zona bananera ecuatoriana, de la selva del Petén guatemalteca o del conurbano de Santiago de Chile.

Parece que somos pocos los que vemos todo ese desequilibrio, que se agranda cuando comenzamos a leer cifras sobre las desigualdades en el reparto de derechos y bienes básicos a lo largo y ancho del mundo. El agua, la electricidad, la comida y la salud, esos elementos prioritarios para poder desarrollar una vida digna, son inexistentes en las manos de más de un tercio de la población mundial. Y en nuestro enorme continente, en nuestros propios países, aún hay niños que mueren de hambre, aún hay gente que camina horas para cargar una lata con agua lodosa, aún hay jóvenes que no saben leer ni escribir, aún hay masacres.

Lejos de todos esos problemas, los ciudadanos olvidamos pronto las necesidades, la precariedad, la injusticia... hasta que salimos a caminar los barrios olvidados, las

esquinas con niños fumando y trabajando, las calles de burdeles en donde se esclavizan a menores de edad, los bares en donde se expenden tantas drogas como Coca-colas, las escuelas en donde se enseña poco y mal y no se da ninguna esperanza, las aceras en donde los pequeños se hacen adultos en cuestión de minutos...

Muchos prefieren girar la vista y pensar que la botella sigue medio llena, y que todo eso no ocurre en el lugar en el que viven. Así, muchos seres humanos olvidan a otros seres humanos, muchos latinoamericanos olvidan a muchos otros, muchos argentinos olvidan a sus compatriotas, muchos hermanos olvidan a sus hermanos. Así, mucho olvido, mucha indiferencia y mucho optimismo falso cubre una urgencia, unas carencias y unos vacíos tan enormes que parece increíble que la gente no los vea.

Evidentemente, la solución a todo esto no pasa por cambiar el mundo, el sistema social o los dirigentes políticos. Pasa por lograr una mutación interna y cambiar nuestras cabezas, nuestras mentalidades egoístas y poco solidarias. Ciertamente no es preciso arriesgar la vida ante jóvenes drogados y armados buscando convencerlos de lo conveniente de un cambio en sus vidas. La estupidez lleva a muy poco, aún cuando a veces parezca heroica. Pero existen muchos, muchos otros caminos para lograr aportar granitos de arena.

Cuando reviso los planteamientos y las producciones profesionales de muchos/as colegas de Latinoamérica, cuando busco un enfoque realista en sus ideas, es cuando más recuerdo todas estas imágenes mentales —recuerdos de vivencias propias— que plasmé en los párrafos anteriores. Porque son muy pocos/as los/as profesionales que

apuestan por asumir una perspectiva real, por tomar al toro por las astas, por jugarse el tipo y dedicar al menos parte de su trabajo a la solución de los problemas urgentes que aquejan a su gente y a su tierra. Lejos de eso, buscan venderse y promocionarse, hacerse "cartel" (ante todos y sobre todos) con palabras vacías, usualmente copiadas de otros que las han escrito sin ambiciones de ningún tipo. Inician la carrera de "vacas sagradas", que las llevará a los podios de Congresos inútiles, a las aulas de escuelas y universidades que no educarán jamás en nada, y a las direcciones de instituciones que poco podrán hacer por el cambio y el bienestar de los siempre olvidados.

La publicación de artículos vacíos de contenidos; el dictado de talleres y seminarios sobre temáticas de moda, relamidas y gastadas; el ataque y la condena a los colegas que trabajamos en forma independiente; el apoyo a puntos de vista que redundan únicamente en propio beneficio, sin considerar siquiera la posibilidad de que alguna actividad de las que realizan beneficie a otro... Estoy seguro de que estas características les serán conocidas en muchas personas con las que conviven a diario.

Son esas las que nos siguen hablando del poder de las bibliotecas digitales cuando existen puntos de Argentina en los que abrir una página de Internet —si es que hay electricidad, una computadora y línea telefónica, en ese orden— tarda 25 minutos. Uno de esos lugares está en la provincia de Santa Cruz, en la Patagonia (un lugar tan argentino como el que más), pero seguro que hay muchos otros en los que los habitantes no puedan ni sepan como conectarse a la Red de Redes, o no sepan qué hacer con ella aún teniéndola.

Son esas las que nos siguen hablando de bibliotecas académicas y de complejos centros de documentación cuando las unidades más importantes para nuestro desarrollo como pueblo, como nación y como cultura son las públicas, las populares, las comunitarias y las escolares, eternamente descuidadas y olvidadas. Esas bibliotecas son las que forman al niño, las que entretienen al anciano, las que unen a la comunidad y al barrio, las que solventan las dudas del estudiante joven y apoyan la educación de la mujer sola o el adulto desempleado. Esas bibliotecas son las que enseñan a todos —y a no a una minoría "con título"— nuestra lengua, nuestra historia, nuestra cultura.

Son esas las que nos siguen hablando de maestrías y doctorados y becas en el extranjero cuando las carreras de bibliotecología en la mayor parte de América del Sur adolecen de debilidades pertinaces y necesitan urgentemente una inyección de sangre nueva, de imaginación y de mucha sabiduría. Esas carreras necesitan sacudirse a las "catedráticas eternas y jamás concursadas" y comenzar a incluir otros temas, otras perspectivas, otras realidades. Esos currículos necesitan complejizarse, ampliarse, ser interdisciplinarios, incluir idiomas (sobre todo autóctonos), levantar mucho el nivel...

Son esas las que nos siguen hablando de formación continua cuando hay cientos y cientos de colegas que no pueden ampliar su formación y sus conocimientos porque los cursos de ampliación y especialización cuestan carísimos, se dictan lejísimos y terminan siendo una porquería que sólo proporciona un (dudoso) papel para el currículum (y buenos dividendos para el bolsillo del "docente").

Son esas las que nos siguen hablando de formación cuando los Congresos son para unos pocos, tanto por sus precios como por sus temáticas.

Si estamos de acuerdo con ellas, ¡bienvenidos al club de la elite! Pero, si por una de esas casualidades, resulta que tenemos cierto pensamiento independiente, que aprendimos a hilvanar una idea más otra idea para armar una serie de razonamientos propios, que nos damos cuenta de todas las mentiras que nos intentan vender y de todas las necesidades, crueldades, urgencias y vacíos que hay en el mundo (y de las que ninguna de esas elites se ocupa) y que criticamos para cambiar la realidad... entonces llega la condena, la burla, la censura, las listas negras, los impedimentos, las persecuciones, los acosos, las puertas cerradas, los insultos, los agravios, las traiciones. El club de las "vacas sagradas" es único, exclusivo, lleno de glamour, preñado de auto-alabanzas y perfumado con burbujas rosas a la última moda.

¿Hasta cuándo soportaremos esta situación? ¿Hasta cuándo seguiremos rindiendo pleitesía a un grupúsculo de gente sólo porque está situada en un escalafón administrativo más alto que el nuestro? ¿Hasta cuándo seguiremos aplaudiendo la inutilidad, la imbecilidad, el narcisismo...? ¿Hasta cuándo seguiremos festejando los "avances" que no nos llevan a ningún lado, que no responden a nuestras necesidades? ¿Hasta cuándo seguiremos alabando a lo que llega del extranjero, sin darnos cuenta que lo realmente valioso está en casa? ¿Hasta cuándo dejaremos que nos censuren, que nos aislen, que nos condenen?

Esas personas son el cáncer de nuestra profesión, las razones por las que las bibliotecas continúan vaciándose (a pesar de las "estadísticas" que dicen lo contrario) y no logran cumplir sus objetivos ni en escuelas, ni en barrios, ni siquiera en universidades. Son esas personas las que no miran a su alrededor para darse cuenta de la realidad en la que viven, las que no despiertan de sus "sueños rosados", las que no quieren salir de sus "torres de marfil" llenas de lujos, amiguismo, favoritismo, hipocresía y falsedad. Son esas personas las que continúan silenciando a los que verdaderamente saben para que nadie se dé cuenta de lo ignorantes y pobres que son, y las que continúan pisoteando a los valiosos para que jamás puedan aventajarlas, algo por lo demás extremadamente fácil de lograr.

Esas, las "vacas sagradas" que pastan en nuestra disciplina a lo largo y ancho del continente, que se alaban y se acarician y se loan entre ellas mismas, que se invitan a viajes y estadías para participar de eventos de "alto ranking", esas son la podredumbre de nuestras raíces y nuestros tallos. Nuestra planta jamás dará flores y frutos si no cortamos de una buena vez esas partes tumefactas e inmundas, si no nos damos permiso para crecer mirando lo que pasa, lo que necesitamos y necesitan nuestros usuarios.

Si continuamos oyendo la voz de esas sirenas, perderemos lo poco que tenemos, y jamás llegaremos a ningún puerto. Pero si somos conscientes de la realidad en la que vivimos, si reconocemos la necesidad de estudio, aprendizaje, desarrollo y mejora, y entendemos que las palabras huecas, los eufemismos y las actitudes glamorosas son totalmente inútiles, quizás logremos dar un sentido y un empuje a nuestra profesión.

Sin apariencias fatuas, sin "cartel", sin palmaditas en la espalda y sonrisitas hipócritas, sin puñaladas a traición.

Con razón, con corazón, con humildad y con muchas ganas de trabajar pueden lograrse más avances que los que hemos presenciado en los últimos años.

Hace poco aprendí que lo verdaderamente difícil no es oponerse a algo, sino proponer una alternativa valiosa a ese algo. Personalmente, me opongo al actual estado de cosas. Creo que otra realidad es posible en nuestra profesión, una realidad más comprometida con la actualidad de nuestros usuarios. Y creo que la lograremos únicamente si generamos espacios —virtuales o reales— en los cuáles se compartan conocimientos y experiencias en forma libre y de igual a igual. Mientras siga la pirámide de "importancias" (que solo beneficia a unos pocos) seguiremos con mentes vacías y un futuro que se delinea oscuro e incierto para nosotros, para todos nosotros.

Saludos desde una Córdoba otoñal...

Marzo 01, 2007

Oralidad, fondos orales y muchas propuestas...

La oralidad sigue siendo un milagro cotidiano, un milagro que se produce y se reproduce cada vez que abrimos la boca para decir algo, cada vez que hablamos. Muchas veces no le damos importancia al habla, dado que, en la mayoría de los casos, es realizada casi como un movimiento reflejo, sin pensar detenidamente en lo que se dice. Pero cuando se analizan los contenidos que se transmiten oralmente, se encuentra que la complejidad y el caudal de la información emitida y recibida es inmenso.

He escrito en varias oportunidades sobre este medio de transmisión, sus estructuras y sus mecanismos de acción. Desde que comencé a trabajar con pueblos indígenas, allá en el 2001/2002, y entré en íntimo contacto con una sociedad que, si bien conoce la lecto-escritura, basa la perpetuación de sus saberes en la palabra hablada, me he enamorado de la tradición oral. Y somos muchos los que seguimos recuperando esos sonidos que se desvanecen justo después de ser emitidos, esas historias que se modifican en la boca de cada narrador, esas leyendas que varían a través de los años, esos recuerdos mínimos que tanto hacen a nuestra identidad y a nuestro acervo.

A través de las tradiciones indígenas, descubrí mi propia tradición oral, la de mis abuelos italianos, la de mi entorno citadino, la de mi cultura europeizada. Descubrí que, por debajo del gran torrente dominante, corren miles de arroyos que susurran, en

silencio, las historias pequeñas, los discursos alternativos, las miradas y las perspectivas diferentes, los pensamientos que nunca pudieron ser escritos y publicados, los gritos silenciados o censurados. Todo eso también nos pertenece y es parte de nuestra cultura.

¿Cuánto sabemos los bibliotecarios sobre oralidad? ¿Cuánto conocemos sobre sus características, sobre las técnicas para su recolección, sobre su organización y difusión, sobre su preservación? ¿Cuánto nos han enseñado, cuánto hemos aprendido en el trabajo de campo, cuánto hemos leído?

Nuestra formación profesional se ha centrado en el libro —y, en general, en los formatos escritos— como medio principal de salvaguarda y difusión de saber. Quizás al hacer eso nos han colocado límites a nuestra visión y nos han impedido saber que, así como muchas sociedades y culturas conocieron la escritura y la emplearon para perpetuar sus conocimientos, muchas otras —e incluso muchísimos individuos y estratos sociales dentro de las literatas— nunca la conocieron.

Definitivamente, tenemos escasa formación en esta área y en estos temas. Sería importante que los profesionales de la información y la memoria (bibliotecarios y archiveros) trabajásemos hombro con hombro en la investigación y desarrollo de técnicas avanzadas para la gestión y, en especial, para la difusión responsable y comprometida de esta información sonora que tanta relación tiene con nuestra identidad.

Es urgente que se trabaje, porque la oralidad, al no encontrarse plasmada sobre soportes estables, no sólo se modifica con el tiempo, sino que desaparece si no se la transmite. Y, en un mundo que se informatiza a pasos acelerados, muchas veces la palabra hablada y las tradiciones antiguas pierden su importancia y desaparecen en las bocas y en las memorias de los ancianos que mueren. Así pasa en las comunidades indígenas, en las "minoritarias" y en muchas campesinas, por no hablar de algunos sectores urbanos.

En el caso de las indígenas, algunos pasos se han dado para la salvaguarda de su conocimiento y de sus lenguas, cuyos destinos están íntimamente ligados al de la tradición oral que expresan. Ya mismo, en Argentina, y hospedado por el CAICyT y el CONICET, se pretende implementar el proyecto DOBES (*Dokumentation Bedrohter Sprachen*, Documentación sobre Lenguas Amenazadas), una propuesta que, basándose en las estimaciones de lenguas en peligro proporcionadas por la UNESCO, pretende, desde el año 2000, documentar la mayor cantidad posible de las mismas. En Argentina, se centraría sobre los idiomas indígenas, muchos de ellos en franco proceso de repliegue y silenciamiento.

Existen, además, distintos archivos que se están generando como espacios de almacenamiento y difusión de las lenguas y saberes aborígenes latinoamericanos. Tales actividades se presentan como una contracara a la globalización homogeneizadora que nos domina en la actualidad. Quizás la oferta más conocida sea la de AILLA (*Archive of Indigenous Languages of Latin America*), un archivo semiabierto hospedado en la Universidad de Texas, con fondos sonoros y transcripciones.

Sin embargo, no deja de preocupar la falta de conocimientos técnicos, metodológicos, teóricos y empíricos que caracteriza a muchos bibliotecarios, quizás por una ausencia de formación en la carrera, quizás por una falta de información acerca de esta temática. Me preocupa que nuestras mentes sigan siendo asfaltadas con ideas incorrectas, como la superioridad de los formatos escritos y la preeminencia del formato "libro" en un mundo caracterizado precisamente por la heterogeneidad, la diversidad, los mil enfoques distintos y las mil estructuras diversas para preservar y transmitir saber. Me preocupa que sigamos sumergidos en el "no-saber" y en el "no-actuar" cuando, a nuestro alrededor, todos los días una parte de nuestra memoria colectiva se calla para siempre y, con ella, desaparecen muchos años de experiencia, de información, de aprendizajes.

Siempre dije y repetí que los bibliotecarios somos gestores de la memoria humana. Si es así, debemos comprender que nuestra memoria puede escribirse, pero eso es sólo una parte pequeña de la misma, reservada a aquellos que saben leer y escribir. La otra parte —la mayor, la más abundante, la más rica e interesante, la más popular si se quiere— no se escribe: se cuenta. Y es tan importante y tan nuestra como la que más, y debemos ocuparnos de ella como nos ocupamos de todos nuestros otros documentos.

Como profesionales, esa debe ser nuestra responsabilidad. Curioseemos, aprendamos, preguntemos, y, sobre todo, escuchemos y repitamos. Porque solo a través del uso y la práctica de nuestra tradición oral seguiremos reproduciendo nuestra identidad y

practicando nuestra memoria, una memoria que nos hace quiénes somos y nos permite recordar nuestro pasado para entender nuestro presente.

Un abrazo desde una Córdoba nublada, coloreada por árboles que se encienden en un incendio amarillo sin fuego...

Marzo 12, 2007

Sin sentidos, sin sentido...

Nacer desprovisto de uno de nuestros sentidos —o perderlos, total o parcialmente, a lo largo del camino— es un hecho que marca la vida de un ser humano para siempre. Si bien puede vivirse, sin lugar a dudas, una vida completa, plena y rica sin vista u oído —o sin el habla— el mundo pierde muchísimas de sus complejidades y adquiere otras nuevas para una persona ciega, sorda o muda. El tiempo sigue, también el sendero vital, y esas personas se acostumbran a su pérdida o a su carencia y aprenden a lidiar con los asuntos cotidianos con una maestría brillante. Aún así, en ningún caso puede decirse que sea "lo mismo" poder oír, ver o decir que no poder hacerlo.

Con estas palabras iniciales no deseo en absoluto señalar con mi dedo asombrado a ciegos, sordos y mudos como si fueran monstruos, o personas "diferentes", o discapacitados que merecen nuestra lástima y conmiseración. Pero tampoco me iré al otro extremo y emplearé eufemismos como "invidentes", "desprovistos de habla" o "hipoacúsicos". Tal cosa me parece hipócrita. Esas personas carecen de un sentido, y eso no los vuelve ni mejores ni peores, ni más o menos frágiles o desdichados. Simplemente, poseen una particularidad que los fuerza a adquirir una serie de destrezas para poder desenvolverse en un mundo y una sociedad que, generalmente, no gusta de los "grupos con particularidades", sean homosexuales, indígenas, emigrantes, paralíticos u oligofrénicos.

Siempre sentí una enorme curiosidad por los sordomudos, por su esfuerzo infinito por comunicarse, por su alegría de vivir. Siempre me planteé cómo sería vivir sin sonido, especialmente para mí, músico desde pequeño. Pocas veces tuve respuesta, sencillamente porque, para gran parte de nuestra sociedad, "esa gente" es "gente con problemas", vistas como "especímenes raros", como curiosidades que se cruzan de vez en cuando por la calle haciéndose señas ininteligibles y riéndose con "sonidos patéticos" que ni ellos mismos pueden escuchar, o escribiendo en una pizarrita para poder ser comprendidos. Pocos saben algo más de ellos. Muchos tienen esa imagen de tales personas, una imagen que discrimina, que no abre los brazos, que pone barreras (más y más barreras, murallas y cercos) y que no se esfuerza en acercarse y aprender, entender y crecer.

Si esta apreciación mía les parece exagerada, pregúntense cuánto saben de la cultura sordomuda. Habrá gente que sepa, por supuesto, pero son los menos. Hagan la prueba... Pregúntense, por ejemplo, como hacen los sordomudos para aplaudir, si para ellos el aplauso —una expresión totalmente sonora— no tiene sentido. Pregúntense como hacen los sordomudos de nacimiento para aprender a escribir y a leer, si tales elementos están basados —en casi todas las sociedades del planeta— en el habla y en la escucha. Una palabra no se aprende bien hasta que se la asocia a un sonido y a un significado. Pregúntense cuántas veces han dicho "gracias" a un sordomudo, o han devuelto un "de nada".

Probablemente no tengan respuestas a estas preguntas, como no las tenía yo hasta hace poco. Ocurre que tengo una amiga sorda que, poco a poco, ha visto como los

audífonos le sirven cada vez menos y tiene que ayudarse cada vez más de la lectura labial y del lenguaje de señas. Ya la curiosidad y el reconocimiento de una necesidad por parte del otro me empujaban, pero el detonante fue una conferencia sobre servicios de lectura en comunidades indígenas que di en el marco del encuentro presencial del PROPAL, y en la cual colaboraron dos colegas que habían desarrollado un programa de cuenta-cuentos en comunidades nativas Qom, pero que habían iniciado su labor con sordomudos (uno de ellos, Rubén López, es un cuentero fabuloso del grupo Venique Tecuento). Oír sus experiencias, sus ideas y sus descubrimientos fue el empujón que necesitaba para anotarme en EDOSLOESCOR, en Córdoba, e iniciar, el sábado pasado, el curso de lenguaje de señas.

No, no se trata del conocido juego "dígalos con mímica", aunque a veces lo parezca, y se necesite un mucho de dotes actorales para poder expresar una idea con congruencia. No se trata tampoco de hacer señas con las manos: la expresión facial, el tiempo, el movimiento de los signos y la ocupación del espacio también son parte del vocabulario y la gramática de esta lengua.

Se trata de un verdadero lenguaje, con vocabulario completo, números y letras, expresiones formales e informales, y una compleja gramática que permite mantener una charla entre amigos y dar una conferencia especializada. Sí, mis palabras suenan asombradas porque estoy compartiendo con ustedes algo que yo ignoré durante mis 34 años, y que me llenó de esperanza, de alegría y de un sano sentimiento de superación.

El mundo y la cultura de los sordomudos es extremadamente particular, como lo es la de cualquier "minoría" (odio esa palabra, pero en este momento no encuentro ninguna mejor para expresar lo que quiero decir). Mientras aprendía los rudimentos de la lengua y de la cultura, me preguntaba cuántos bibliotecarios habrían tomado clases allí. Supuse que pocos. Pocos encuentran provecho en aprender algo que van a utilizar en escasas ocasiones, aún cuando sirve para hacer sentir a una persona —aunque sea a una sola— un poco más comprendida, más aceptada, más incluida.

Lo distinto asusta, lo pequeño no interesa, lo problemático debe ser olvidado y lo nuevo amenaza. Esa parece ser la filosofía del ser humano en general y del bibliotecario en particular. El resultado de esta filosofía puede ser vista en las noticias: sociedades enteras que se derrumban internamente, que se aniquilan entre ellas, con las raíces podridas de racismo e incomprensión, agujereadas por el odio hacia minorías apartadas del camino y por la indiferencia de mayorías mudas, que prefieren no pensar. Bibliotecas que se vacían, que se empobrecen, que pierden usuarios. Una disciplina que no muestra señales de avanzar, que sigue mirando su ombligo y auto-adorándose, satisfecha por haber incorporado la computadora a los estantes. Y escuelas de bibliotecarios que siguen sin enseñar absolutamente nada, especialmente cosas que nos hagan crecer (cosas como, por ejemplo, solidaridad, pensamiento independiente, conciencia social, sentimientos...).

Esto me pasó con los sordomudos. Pero un tiempo antes había estado en la Biblioteca Córdoba, la única biblioteca "pública" (las demás son "populares") de la ciudad en la que vivo. La Biblioteca Córdoba tiene un servicio importante destinado a ciegos y

disminuidos visuales. Para mí, el contacto con dicho universo llegó en realidad hace cuatro años, cuando cursé un seminario optativo sobre "bibliotecas para ciegos" durante mi licenciatura en la Escuela de Bibliotecología de Córdoba. Si bien esa Escuela —y sus integrantes— me sigue pareciendo de un nivel bajo, debo reconocer que esa propuesta puntual fue una de las pocas que realmente captaron mi interés a lo largo de mi carrera. No sólo aprendí a leer y a escribir braille, sino que conocí la realidad de los tiflolibros, la estructura y los servicios de una biblioteca para ciegos... y muchas curiosidades en torno al universo de las personas total o parcialmente desprovistas de ese valioso sentido.

Es curioso que para nosotros, los ciegos sean poco menos que personas de lentes oscuras y bastón blanco que caminan dando golpecitos por las calles, o piden en las peatonales mientras hacen música. Esa es la imagen popular del ciego. Detrás de ese estereotipo vulgar e insensible hay mucho, muchísimo más. Nuevamente los invito a preguntarse cuánto saben ustedes —como personas y como profesionales— de los ciegos, de su cultura, de sus necesidades, de sus particularidades y características únicas.

La biblioteca para ciegos cordobesa cuenta con muy poco presupuesto para máquinas o libros. Tiene que grabar sus libros sonoros con la ayuda de voluntarios, y hay enormes listas de espera para los más pedidos (p.ej. "El Código Da Vinci"). Los libros en braille son un bien lujoso. Para poseerlos, dependen especialmente de la producción propia, algo que no resulta tan sencillo ni tan barato. La cultura, como siempre, es la

gran olvidada de todos los gobiernos y de todas las sociedades, y, en lo que respecta a minorías más olvidadas aún, el grado de silencio puede ser alarmante.

Pregúntense a cuántos usuarios "diferentes" han tenido que atender en su carrera. Pregúntense cuántas minorías hay en su barrio, en su calle, en su pueblo. Pregúntense sobre cómo los atenderían si llegara el caso. Pregúntense si alguna vez alguna maestra, algún profesor, algún directivo de su institución les explicó cómo hacerlo, les proveyó del marco cultural preciso para comprender a ese usuario "diferente" y brindarle el servicio bibliotecario que se le brinda a todos los demás. Pregúntense hasta cuándo vamos a vivir en un mundo en el cual los que somos "normales" somos dueños de la cultura, del espacio y de la vida, y "los otros", los estereotipados, los olvidados, los incomprendidos, los enfermos, los distintos, deberán seguir caminando a las sombras, usando ciudades en cuyo diseño sus necesidades jamás fueron incluidas y servicios (como las bibliotecas) en los cuáles los servidores (los bibliotecarios) no están entrenados (y ni siquiera enterados) en proveerles ayuda.

Y no se / me respondan que ustedes no son la hermana Teresa de Calcuta y que no tienen por qué dar servicios a esa gente o estudiar cosas que sólo sirven para ayudar a algún cieguito perdido o a algún sordito ocasional. Porque si responden así no merecen el calificativo "humanos" después de la palabra "seres".

Háganse esas preguntas, y sigan más allá. Les aseguro que, si las encuentran, las respuestas van a ser inquietantes. Actúen, luego, en consecuencia. Verán como al querer aprender, al querer enterarse, al querer mirar más allá de las paredes que

diariamente alzamos a nuestro alrededor para protegernos (de no sé qué) podrán expandir sus horizontes, iluminar su mirada, hacer que florezcan las ideas y permitirse ser más solidarios, más comprensivos y más humanos.

Desde mi Córdoba otoñal, reciban un abrazo cordial.

Marzo 22, 2007

Bibliotecas y derechos humanos

La colega Toni Samek, una profesora de bibliotecología canadiense de la Universidad de Alberta, acaba de publicar su libro "Librarianship and Human Rights: A Twenty-First Century Guide" (Oxford: Chandos Publishing, 2007). La traducción del título es "Bibliotecología y derechos humanos: una guía para el siglo XXI". En el texto incluye buenas prácticas bibliotecarias en relación con todo tipo de derechos humanos, desde bibliotecas en tiempo de guerra hasta activismo bibliotecológico y anarquismo. De momento, el libro ha sido editado en inglés, pero no se desestima la traducción al castellano para el público latinoamericano.

Toni me concedió el honor de escribir el prólogo de su libro (que fue publicado tanto en castellano como en inglés), texto que incluyo a continuación, y que introduce un poco a las ideas expresadas en el trabajo. Propuestas de esta categoría y de este tipo deben ser aplaudidas y bien recibidas por la comunidad profesional internacional, pues demuestran una constante revisión de nuestras creencias como trabajadores de la información y como seres humanos, y un crecimiento de nuestro compromiso, de nuestra solidaridad y de nuestro despertar como ciudadanos libres de pensamiento independiente.

Mientras en Argentina nos preparamos para celebrar el día de la Memoria, en recuerdo de todos los caídos en la Guerra Sucia, me pregunto seriamente si no es

tiempo de que los bibliotecarios asuman, de una vez, su responsabilidad con la comunidad a la que sirven.

Es una pregunta que podremos responder dentro de poco. O, al menos, eso confío.

Saludos desde una Córdoba Lluviosa...

Prólogo

La información representa poder.

Poder económico, social, político, humano... El poder para manejar recursos, para generar bienestar, para controlar vidas...

Y un poder tan grande siempre está en manos de unos pocos. Muy pocas veces se comparte.

Desde el amanecer de los tiempos, la información permitió comprender los ritmos de la naturaleza y aprovechar sus recursos. Fue entonces cuando los campos dieron a luz enormes cosechas, los ríos fueron domados y canalizados, las rocas y el adobe se elevaron en murallas, pirámides y zigurats, las enfermedades comenzaron a ser curadas y el hierro y el vidrio comenzaron a ser modelados. Toda esa información fue cuidadosamente protegida por minorías privilegiadas: chamanes, jefes y maestros artesanos.

Con el surgimiento de las ciudades y la progresiva complejización de las estructuras sociales, surgió la escritura como una herramienta necesaria para la organización del trabajo, los excedentes y las riquezas, o quizás para la preservación de una nascente pirámide social que se perpetuaría por siglos. Los cotizados escribas administraron los recursos humanos y materiales disponibles (dirigiendo los beneficios a las arcas de los ricos), escribieron historias (según la versión de los vencedores), proclamaron la excelencia de las castas gobernantes, loaron a los héroes y los dioses oficiales y anotaron las leyes del cielo y de la tierra, es decir, las normas que debían regir en esta vida y en la del Más Allá.

La escritura conservó para la posteridad una parte –mínima– del conocimiento humano, pero al mismo tiempo creó una de las barreras más implacables que ha sufrido el hombre: el analfabetismo. Los canales orales siguieron funcionando (hasta la actualidad) pero el conocimiento y la información estratégica se encerraron para siempre en el misterio de los signos escritos. En consecuencia, conocer la escritura y controlar la información significó poder: el poder que posee el que sabe.

Hasta el nacimiento de los sistemas de impresión, la información se mantuvo codificada en las tiras de fibras de los sacerdotes mayas y aztecas, en los códices de pergamino de los monasterios europeos, en los manuscritos islámicos y judíos, en las tablillas de bambú del Asia sudoriental o en las bandas de seda chinas. El resto continuó transmitiéndose de boca en boca, de generación en generación, e incluso así, el conocimiento oral más valioso quedaba en manos de algunos elegidos.

El saber permitió la mejora de técnicas de navegación y medicina que llevaron al descubrimiento de nuevos horizontes externos e internos; permitió el desarrollo de ingenios y artefactos que mejoraron la agricultura y la industria; permitió el crecimiento y el progreso económico... Pero también permitió la creación de armas que mataran en forma más eficiente. Todo aquello que tiene un lado luminoso tiene también un lado oscuro, y el saber no iba a ser la excepción.

Con la imprenta el conocimiento se liberó, los libros llegaron a millones de manos y con ellos se difundió el placer de la lectura y las posibilidades de la escritura. Leer significó expresar y aprehender ideas nuevas, ejercer derechos y libertades, cortar cadenas, aflojar mordazas... Sin embargo, la información realmente importante continuó en manos de minorías cultas: los científicos, los filósofos, los aristócratas...

Las clepsidras de la historia derramaron sus aguas lenta e inexorablemente. El mundo presenció revoluciones sociales e industriales, guerras sin sentido, maravillosos descubrimientos, hambre y muerte, plagas y enfermedades, hongos nucleares y manifestaciones por la paz, monstruos vencidos y fantasmas por vencer... De una forma o de otra, el saber jugó un papel crucial en todos esos acontecimientos. Y, de una forma o de otra, tal saber estuvo siempre en manos de unos pocos. El progreso, el desarrollo, el "Primer Mundo", la riqueza, el bienestar y el crecimiento sólo beneficiaron a una minoría: una enorme mayoría continuó del otro lado del gran muro de la educación, de la alfabetización, de la (in)formación, conservando a duras penas identidades y culturas e intentando sobrevivir en un mundo que los dejaba atrás, siempre atrás y abajo.

Hoy la información se ha convertido en un bien de consumo, el eje en torno al cual gira el actual paradigma socio-económico: la "Sociedad del Conocimiento". La (r)evolución digital y el desarrollo diario de las tecnologías de telecomunicación permiten recuperar, almacenar y manejar conocimiento, permiten estar en contacto permanente, veloz y directo con puntos lejanos del planeta y permiten llevar una biblioteca en el bolsillo, en una sencilla chapa de plástico.

Pero, a pesar de tantos descubrimientos y creaciones y de tantas nuevas puertas abiertas, el sistema y la estructura siguen igual: poco ha cambiado. Aún hay informados y desinformados, aún hay pueblos enteros condenados a la ignorancia y al silencio, aún hay analfabetos, aún hay ricos y pobres. Sólo han cambiado las etiquetas y los actores. La "Sociedad del Conocimiento" ha generado nuevos núcleos de poder, ha creado nuevas brechas y diferencias y ha inventado nuevos analfabetismos. Una gran parte del mundo continúa a la sombra del desarrollo social y del progreso mientras los poderosos de siempre –a pesar de sus discursos– mantienen el poder en sus manos y las compañías multinacionales ponen precio al saber valioso (medicina, biología, ingeniería, agricultura, genética, informática, telecomunicaciones) y alimenta sus cuentas bancarias.

La información pasó a ser propiedad de aquel que puede pagarla. Los férreos derechos de autor hacen que incluso el arte y la literatura sean para los que puedan comprarlos y que la libre difusión se convierta en algo casi ilegal. El conocimiento disponible en las redes digitales –abundante en cantidad y diverso en calidad– solo puede ser accedido por aquellos que dispongan de la tecnología y los conocimientos adecuados.

El poder de la información sigue estando en manos de unos pocos, y los mecanismos que reproducen este sistema se han vuelto muy sutiles. Las sociedades pobres, desventajadas, dejadas atrás (porque para que exista el poder y el poderoso debe existir su contraparte) siguen aquí, junto a nosotros, entre nosotros, con nosotros.

Por nosotros.

El bibliotecario ha sido testigo de todo este largo proceso desde que se escribió el primer signo sobre una tableta de arcilla o un papiro. El rol de la biblioteca ha ido cambiando a lo largo de los siglos, adaptándose flexiblemente a las necesidades de aquellos a quienes sirvió. De mero depósito de documentos pasó a ser nido de intelectuales, refugio de clásicos en edades oscuras, escaparate de tesoros adornados, fuente de saber básico, apoyo al desarrollo y gestora de memorias. Muchas veces ha sido cómplice del poderoso y lo ha servido. Muchas otras ha luchado por la alfabetización y la difusión del conocimiento, por la libre expresión y el libre acceso al saber, por la igualdad y la solidaridad.

El bibliotecario pocas veces ha sido consciente del poder que descansa en sus manos y de la inmensa responsabilidad que significa gestionarlo. Inmerso en sus actividades tradicionales de conservación y organización, mareado quizás por los cambios vertiginosos que le han traído los nuevos tiempos, el bibliotecario parece no darse cuenta del importantísimo rol que puede jugar en la sociedad actual.

Puede garantizar libertades y derechos humanos, tales como educación, información, libre expresión, identidad, trabajo... Puede proporcionar herramientas para la solución de problemas de salud, violencia, adicciones y nutrición... Puede borrar todo tipo de analfabetismo, puede recuperar tradición oral, puede difundir conocimientos perdidos y recuperar lenguas en peligro... Puede luchar contra el racismo y la discriminación, puede enseñar la tolerancia y el respeto, puede facilitar la integración en sociedades multiculturales... Puede dar voz a los que son mantenidos en silencio, fuerzas a los caídos, manos a los débiles... Puede demostrar la igualdad de todos los seres humanos, de todos los sexos, edades, credos y razas... Puede difundir la solidaridad y la fraternidad, puede contar la historia de los vencidos, puede expresar las facetas mínimas de una maravillosa diversidad humana, puede perpetuar memorias insignificantes y grandiosas... Puede difundir el acceso abierto, puede liberar información de sus cadenas comerciales...

Puede lograr que, por una vez en la historia, el poder no permanezca en las manos de unos pocos. Puede lograr cierto equilibrio. Puede derribar murallas y tender puentes. Puede hacer que los hombres logren mirarse a los ojos de igual a igual.

En realidad, no puede hacerlo. Debe hacerlo.

Esta Guía demuestra claramente que muchos bibliotecarios ya han reconocido ese poder y ese deber y han asumido un rol social activo, creativo, imaginativo, consecuente y solidario. Demuestra que muchos han despertado de un sueño de siglos, han derribado los muros de sus bibliotecas, han desencadenado los estantes y

han hecho llegar libros y saber a cada rincón de sus comunidades. Demuestra que muchos bibliotecarios gritan y sueñan, reconocen la dolorosa realidad que los rodea y buscan soluciones para los problemas y las necesidades de sus usuarios trabajando a su lado... La autora muestra en este texto que muchos se organizan, investigan, proponen, construyen, dialogan... Muestra que muchos se manifiestan, protestan, se quejan y convierten sus lugares de trabajo y sus vidas en verdaderas trincheras, peleando por sus ideales: paz, justicia, libertad, igualdad, esperanza...

Esta Guía demuestra que la utopía no ha muerto. Y mientras exista la utopía, existirán motivos para seguir adelante.

Como bibliotecario y como anarquista, confío y deseo que las palabras y la información que mi amiga y colega Toni Samek libera y difunde en estas páginas logren reventar los muros y derretir las cadenas de miles de mentes, y empujen a muchos a comprometerse en esta lucha sin armas.

La lucha por la libertad.

Edgardo Civallero

Córdoba (Argentina), invierno austral del 2006

Marzo 26, 2007

Memorias...

El sábado 24 de marzo —feriado nacional en Argentina, declarado "Día de la Memoria"— comencé a revolver y revisar entre mis CDs —costumbre de músico viejo— rebuscando entre algunas antiguas placas que siempre hicieron mis delicias. El día amaneció lluvioso en Córdoba, una mañana especial para mates calientes (clásica costumbre argentina), buena música y algo de trabajo. Del álbum "Morena Esperanza" de los chilenos de "Illapu" surgió esta letra, ya casi olvidada.

En esta tierra donde nacimos
me da tristeza lo que vivimos...
¡Cuántas promesas de nuevos días
y la justicia no se avecina...!
El sol que viene de amanecida
no lo vislumbro, con tanta herida
que sigue abierta en la memoria.
Está de luto toda la historia.
Estoy atento por si algún día
un nuevo viento llega a mi vida
¡Qué los culpables cumplan condena
y las promesas se vuelvan ciertas...!

Era "Por si algún día". Poco después apareció "Tres versos para una historia", del álbum "Vuelvo amor, vuelvo vida", del mismo grupo.

Usted me busca, y no me encuentra,
pero yo estoy aquí, soy como usted...
No he desaparecido. Yo soy reflejo vivo.
Escucho trenes deprisa y gritos de vendedores...
Juan terminó la escuela,
y, aunque muy tarde sea,
irá buscando la verdad.
Usted y él me encontrarán.
¿Ves?, yo estoy aquí
dónde jamás me fui.
Estoy aquí, y a veces canto.
Te puedo ver, sola, bailando...
Para que nadie pierda la memoria,
porque soy parte de esta historia.
Están mis hijos, mi mañana

León Gieco cantó después, cuando ya el mate se enfriaba sobre mi escritorio. En "Mensajes del alma", del álbum del mismo título, clamaba contra los militares argentinos y contra los curas que los bendijeron mientras ellos asesinaban.

¿Qué piensas cuando te hablo de todo lo que pasó?

¿Viste que todas las cosas se saben con el tiempo?

Suelto y aun viviendo, el católico que bendijo
ya perdió hace mucho tiempo su lugar en el cielo.

Todos los días que te lleve saber como esto fue
te servirán para ser, en otro tiempo, algo más libre.

¡Que dignidad tan grande es la de creer siempre en la vida
con solo ver una flor brotando entre las ruinas!

Y luego, del álbum de Gieco "Bandidos rurales" rescaté "La memoria":

El engaño y la complicidad
de los genocidas que están sueltos...

El indulto y el "Punto Final"
a las bestias de aquel infierno.

Todo está guardado en la memoria,
sueño de la vida y de la historia.

La memoria despierta para herir
a los pueblos dormidos que no la dejan vivir
libre como el viento.

Todo esto era parte de un pequeño, mínimo homenaje personal a eso que muchos celebraban en marchas y manifestaciones a lo largo y ancho de todo mi país: la memoria.

En algún texto del uruguayo Eduardo Galeano leí que un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro. Efectivamente, cuando un pueblo no sabe de dónde viene y no recuerda los obstáculos que ha superado, es imposible que se reconozca en su presente o que sepa hacia donde deben (o pueden) guiarlo sus pasos. Un claro ejemplo de este fenómeno puede encontrarse en muchas sociedades indígenas actuales de nuestro continente, que habitan en un limbo oscuro y nebuloso gracias a las campañas de aculturación, a las políticas discriminatorias y a los sistemas educativos nacionalizadores, que borran hasta el último vestigio de su propia memoria y su propia cultura sin proporcionar nada nuevo (si tal cosa fuera válida). Tales individuos caminan por la calle sin saber quiénes son: sus padres les dijeron una cosa, pero en la escuela les dijeron otra, y en la calle la gente les dice una tercera distinta.

A muchos sudamericanos (y a los argentinos en especial) quizás nos pase lo mismo. Preferimos olvidar el horror para que no nos duela, pero, al mismo tiempo, estamos borrando de nuestras mentes un aprendizaje enorme, infinito, valiosísimo.

El "Día de la Memoria" busca recuperar el recuerdo de los años de la "Guerra Sucia" en Argentina. No soy analista político ni historiador, y aunque lo fuera no podría hacer un análisis objetivo de lo acaecido porque ningún análisis humano puede serlo. Sólo sé que hubo muertos, que hubo muchos, y que la mayor parte de las muertes (cruelles como pocas, inmundas en su inhumanidad) fueron innecesarias y aplicadas a individuos inocentes.

Sé que esto no pasó solo en Argentina. En Chile, en Uruguay, en Paraguay, en Perú, en Guatemala, en Colombia, e incluso en España, tales cosas sucedieron. Fueron miles los desaparecidos, los ejecutados sumariamente, los torturados, las mujeres violadas, los niños raptados. El catálogo del horror es infinito, y ha sido reflejado por libros como el argentino "Nunca más", o los informes chilenos y guatemaltecos. Leerlos es encontrarse con un mundo que creíamos olvidado en los campos de concentración de la II Guerra Mundial (que no fueron sólo nazis) o en las cámaras de Torquemada. Es encontrarse con lo más bajo del género humano, con los instintos más crueles aplicados a personas que, en muchos casos, sólo buscaban un poco de justicia y equidad –sin colocarse en posturas radicales ni violentas– en países en donde los sonidos de las botas se habían vuelto comunes resonando por las calles.

Recordar no ayuda a entender. Tampoco a perdonar. Recordar ayuda, precisamente, a no olvidar lo sucedido. Sólo eso. Nada más y nada menos que eso. Porque si alguna vez vuelve a ocurrir, podremos actuar en consecuencia. Y si bien la historia jamás se repite dos veces, algo habremos aprendido de nuestras experiencias anteriores como para saber desenvolvernos en forma diferente y no poner la otra mejilla, como recomendaron muchos.

Recordar ayuda a saber qué queremos y qué no queremos para nuestras vidas, para nuestros futuros. Recordar permite comprender que tenemos las herramientas suficientes y necesarias para poder trazar nuestro camino en forma libre, igualitaria y humanitaria sin por ello tener que caer en las manos de salvajes desorganizados o de radicales violentos. Recordar significa aprender de las caídas del pasado, y burlar el

aforismo que dice que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

Biblioteca y memoria son palabras asociadas íntimamente. La biblioteca es memoria hecha materia, pensamiento hecho documento, recuerdos en soportes físicos y tangibles. Y los bibliotecarios no somos más que gestores de esa memoria, la memoria de nuestra gente, de nuestros padres y abuelos y hermanos. Con nuestro trabajo, con el trabajo diario de organización, gestión y difusión, con los servicios de organización y análisis, con la apertura de los estantes, los bibliotecarios liberamos información, y al hacerlo, liberamos y repartimos memoria.

No agreguemos más cadenas a esa memoria que nuestra sociedad nos ha confiado. No pongamos más trabas en su acceso (un acceso garantizado como un derecho humano elemental). No desconozcamos a nuestros usuarios potenciales porque no tienen las mismas posibilidades (socio-económicas) que nuestros usuarios "preferenciales". Recordemos que, además de apoyo a la educación y a la información, difusores del saber, casa del pueblo, y lugar de encuentro y recreación, la biblioteca es la gestora de las memorias. Y, si no queremos caer nuevamente en las garras de un pasado odioso, es conveniente que esa memoria circule.

Que se cuente, que se lea, que se escuche: una biblioteca no debe contener sólo libros.

Que llegue a cada esquina: una biblioteca no debe quedarse encerrada y esperar a que los usuarios lleguen a ella.

Que sea accedida por todos en forma libre y gratuita.

Que pueda ser accedida en los idiomas maternos de nuestros lectores, o en aquellos sistemas que empleen para poder aprehender información (braille, libros sonoros...).

Si deseamos que la memoria siga celebrándose, hagamos de esta celebración un hecho cotidiano, y de nuestras bibliotecas un espacio de memoria. Porque tenemos un rol en esta sociedad en la que trabajamos, y no es precisamente el de ser conservadores de museos de libros, o ratones de bibliotecas encerrados en sus estantes. Tenemos un rol activo, participante, tremendamente importante en el desarrollo y crecimiento de nuestros países, de nuestras provincias, de nuestras ciudades. Ejercemos ese rol, y garantizamos, a nuestros usuarios, el cumplimiento de sus derechos.

Incluyendo el de la memoria.

Un abrazo desde una Córdoba aún lluviosa...

Abril 02, 2007

Bibliotecas, brecha digital... y nosotros

Durante la semana pasada he participado en un foro virtual organizado por la lista AIBDA, perteneciente a la Asociación Interamericana de Bibliotecarios, Documentalistas y Especialistas en Información Agrícola. La propuesta —centrada en la temática "Bibliotecas agrícolas, brecha digital e Internet"— fue lanzada por los responsables de la lista, que convocaron a cuatro profesionales latinoamericanos (entre los cuáles me encontraba) para escribir un breve ensayo que sintetizara algunas ideas acerca de esta temática, tan actual como espinosa.

Las preguntas que se generaron entre los participantes se centraron, en general, en torno a una misma preocupación, que creo que nos alcanza a todos los bibliotecarios como gestores de información en una tierra que está "de este lado" de la brecha digital: ¿cómo lograr que los saberes que manejamos lleguen a las manos de aquellos que más los necesitan, que son, por lo general, los que menos oportunidades tienen?

Gran pregunta, sin lugar a dudas. Si existiera una respuesta sencilla a la misma, no existiría la brecha digital, ni los desinformados, ni otros tantos males que nos aquejan ¿verdad?

En ese foro, en la ronda de preguntas, comenté que no nos debería preocupar tanto la dicotomía "digital vs. papel" o "conectados vs. desconectados". Esa situación ya está

aquí, entre nosotros, y cuánto menos tardemos en aceptarla, mejor será. Ni es equitativa ni es justa: ha sido impuesta por las circunstancias, por el modelo global, por los nuevos paradigmas económicos, por la evolución desenfrenada de las tecnologías. Y ha sido aceptada como "natural" por muchas de nuestras "asociaciones profesionales". Poco podemos hacer para derrotar un monstruo tan grande, que se ha encargado de dejarnos fuera de muchos sistemas. Quizás ha llegado la hora de que nos sentemos a buscar soluciones alternativas, dado que el statu quo no puede cambiarse.

Personalmente, apuesto por los formatos de acceso abierto. Creo que los archivos libres y las bibliotecas digitales en donde se promocionen producciones locales de acceso abierto pueden ser una buena solución. Creo que debemos apostar por su creación, por su uso entre nuestros lectores, por su preservación (a pesar de la oposición de los grandes monstruos editoriales traficantes de conocimiento), por su reproducción...

Por otro lado, apuesto por la formación de los profesionales de la información. No, no pasa por saber manejar una computadora, ni ser un experto buscador de recursos digitales, ni dominar los lenguajes de clasificación y catalogación. Todo eso importa poco a nuestros usuarios. Importa, sí, saber qué recursos son los que nuestros destinatarios finales precisan, y saber cómo conseguirse los y hacérselos llegar en forma pertinente.

En tercer lugar, apuesto por darle valor a nuestra propia información, la generada en nuestro continente, en nuestros países, en nuestras regiones. Ese saber está referido a

nuestros problemas concretos y puntuales, y, por ende, proporciona respuestas directas a nuestras crisis. Dado que, generalmente, es producido en el marco de instituciones académicas mantenidas con fondos públicos, ese conocimiento debería ser de libre acceso.

En cuarto lugar, apuesto por la creación de redes de colaboración entre bibliotecas y bibliotecarios. No, no se trata de crear asociaciones que se reúnan a hacer simposios, u organicen pomposas cenas, ni tengas presidentes y otros títulos grandilocuentes, ni se transmitan registros bibliográficos usando formato MARC. No. Se trata de generar espacios en los que hasta el último bibliotecario de la más pequeña biblioteca rural de nuestra América tenga la oportunidad de pedir ayuda para recuperar un artículo, un dato, una información que alguno de sus usuarios necesita. Esos espacios ya existen en el ámbito biomédico, y doy fe de que son extremadamente útiles. Se trata de listas de correo electrónico en las cuáles los colegas piden información, y aquellos que disponemos de ella se las enviamos solidariamente.

Y, por último, apuesto por el acercamiento de las entidades académicas —las que más recursos tienen— a las organizaciones de base. Si las grandes bibliotecas y los importantes centros de documentación se vincularan más estrechamente con las asociaciones de productores y los organismos de base, sería más fácil que la información se distribuyera en forma equitativa entre aquellos que más la necesitan. Lo sé, ustedes me dirán que las funciones de sus bibliotecas no incluyen tales actividades. Esa es, precisamente, la actitud cerrada que nos ha llevado a donde estamos: un planeta que se olvida del otro porque no es su responsabilidad ni su

obligación ayudarlo. Mientras continuemos con esa visión tan poco humana, con esa perspectiva tan odiosa de voltear la mirada porque "no es asunto nuestro", seguiremos viviendo en un planeta lleno de desigualdades. Cuando comencemos a tender nuestras manos y a dejar de lado nuestros egoísmos, quizás comience a funcionar un nuevo modelo y muchas brechas comiencen a disminuir.

Evidentemente, estas son sólo algunas ideas de un loco anarquista y libertario que sigue confiando en que la utopía no ha muerto. Quizás nos haga falta comenzar a creer un poco más en que ciertas cosas son posibles si nos ponemos manos a la obra con ellas. No es tan difícil: sólo hace falta un poco de compromiso.

Pero, hasta donde veo, compromiso es lo que falta. Mientras tanto, propuestas lamentables como la del II Congreso Iberoamericano de Bibliotecología —cerrado, mercantilista, excluyente, censor, dominante y traficante— seguirán hablándonos de bibliotecas digitales y de una realidad que dista mucho de ser real. Queda en nuestras manos decidir si oímos los cantos de sirena de las empolvadas "vacas sagradas" o si, de una buena vez, bajamos a la realidad para enfrentar nuestros fantasmas y comenzar a aportar granos de arena que logren, de una buena vez, establecer una diferencia. Aunque sólo sea una pequeña.

Abril 19, 2007

Mercaderes de saber, mercaderes de sangre

Una vez que has traficado con conocimiento, que te has aprovechado de la necesidad de uno y de otro y has creado tu redondo negocio... Una vez que has generado precios exorbitantes para el saber humano —ese bien que todos necesitan pero al que no muchos pueden acceder— y te has beneficiado de ello y has condenado a muchos al silencio... Una vez que has hecho eso... ¿cuál es el siguiente paso?

Para Elsevier —uno de los grupos editores más poderosos del planeta— fue la venta de armas.

Elsevier es una de las gigantes editoriales más fuertes, y una de las más duras del planeta en sus planteamientos económicos. Junto a Springer y Wiley, son las que suelen retirar su apoyo a iniciativas de acceso libre para países desaventajados, como es HINARI en el campo de la biomedicina (uno de los conocimientos más valiosos y estratégicos en el actual paradigma de la "Sociedad del Conocimiento"). Sus revistas suelen ser las mejor evaluadas, las más valoradas, y, por ende, las más caras. Un estudio que Oxford University Press encargó a LISU para controlar el comportamiento de algunos de sus rivales económicos (LISU Occasional Papers no.37 "Trends in Scholarly Journal Prices 2000-2006"), en el cual se estudiaron las 8 editoriales comerciales y las 3 universitarias más importantes del momento, arrojó como

resultado que los costos por revista más elevados eran precisamente los de Elsevier (859 libras esterlinas, promedio).

[Editoriales como Sage han elevado sus precios, en el periodo 2000-2006, un promedio de 104 %, aunque, según la misma investigación, el 74 % de sus títulos no tuvo factor de impacto en 2006. ¿Estamos comprando cualquier cosa?]

Como tantas otras empresas, Elsevier se aprovecha de la oferta de textos científicos (por parte de profesionales que necesitan publicarlos para que la información que manejan tenga valor, o para lograr un currículo valedero) y la demanda de los mismos (por parte de estudiantes, otros profesionales y público en general) y se alimentan de un negocio perfecto que genera ingentes sumas anuales de dinero. Muchas de sus "compañeras de camino editorial" han querido agredir y boicotear las iniciativas de acceso abierto porque, evidentemente, el movimiento Open Access, si triunfara, le cavaría la tumba a la gallina de los huevos de oro que ellas tienen entre sus manos.

Imaginen que todos los autores que quieran publicar colocaran sus textos en acceso abierto, en un archivo, en forma libre y gratuita, y que todos los que quisieran o necesitaran consultarlos pudieran hacerlo, también en forma libre y gratuita. ¿No es esto más natural? ¿No proporciona esto igualdad de oportunidades y de acceso al saber? ¿No solucionaría esto las tremendas carencias que soportan muchas bibliotecas y universidades del mal llamado "Tercer Mundo"?

Por ahora, Elsevier sigue cobrando a los autores por publicar, a los navegantes de su sitio por navegar y a los que los leen, por leer. Eso, sin contar con la tremenda cantidad de dinero que saca por publicidad y otros asuntos.

Pero además ahora, Elsevier, a través de dos empresas subsidiarias (Reed Elsevier Exhibitions y Spearhead Exhibitions) organiza ferias de exhibición y venta de armas alrededor del mundo. Ciertamente, sus principales ingresos provienen del tráfico de conocimiento: esta segunda actividad es un "entretenimiento" que les reditúa —según las cifras oficiales— el 0,5 % de su total pecuniario anual. Aún así, el dato es horroroso y lamentable. Los eventos de Elsevier incluyen ferias en Brasil, Taiwán, Holanda, Singapur y el Reino Unido. En este último país, en pleno Londres, organizan el DSEi (*Defense Systems and Equipment International*), una actividad bianual, que se celebrará, la próxima vez, en septiembre de este año. La vez anterior, en 2005, DSEi tuvo como invitadas a delegaciones de 7 países que la Oficina de Relaciones Exteriores del Reino Unido incluye entre las 20 naciones que más abusan de los derechos humanos (entre ellas Colombia, China e Indonesia). Las ferias organizadas por Reed Elsevier exhiben y comercializan minas antipersonales, municiones con uranio y equipos de tortura. Quizás los elementos más dañinos vendidos en tales ferias son las armas portátiles, los rifles y las municiones pequeñas, las cuales, de acuerdo a las Naciones Unidas, son las responsables de medio millón de muertos al año.

Cuando vemos esos reportajes de niños-soldados en zonas de guerra, portando fusiles AK-47, o cuando oímos los informes de multitudes de civiles acibillados, debemos

pensar que todo eso es posible gracias al trabajo de los vendedores del mercado global de armas, un mercado promocionado por esas ferias que Elsevier coordina.

De acuerdo a un grupo de protesta británico, Reed Elsevier organizó, el febrero pasado, una feria de armas (IDEX 2007) en Abu Dhabi (la capital de Emiratos Árabes Unidos), invitando al Ministro de Defensa de Sudán (Abdel Rahim Mohammed Hussein). Para los que no están muy al tanto de política internacional, basta anotar que el régimen sudanés ha sido condenado por las Naciones Unidas por el genocidio que ha cometido (y sigue cometiendo) en la zona de Darfur.

En el evento reseñado, los informantes —pertenecientes al grupo "Campaña contra el Comercio de Armas" (CAAT, *Campaign Against the Arms Trade*)— constataron que estaban a la venta minas antipersonales, producidas por la empresa surcoreana Hanwha Corporation, o por M18A1, o por la empresa rusa Bazalt SRPE FSUE, entre otras. El uso de minas antipersonales ha sido prohibido por la Convención de Ottawa, de la cual son signatarios la mayor parte de los países del mundo, incluyendo el Reino Unido. Si bien Reed Elsevier asegura que cumple con las normativas internacionales y que tales elementos —y muchos otros— no son vendidos en sus ferias, las pruebas directas demuestran todo lo contrario.

Elsevier está recibiendo presiones muy fuertes por parte de la opinión pública europea. Incluso una de las propias revistas que edita —la conocida publicación médica "The Lancet"— condenó, en un artículo de 2005, su práctica de venta de minas, calificando tales armas como "la peor clase que existe".

¿Asqueados? ¿Horrorizados? Bien... Piensen que cada vez que pagan un dólar para acceder a una base de datos de Elsevier (o de alguna otra editorial) están colaborando en la perpetuación de un régimen insano e injusto de "comercio del saber". Piensen que muchos congresos internacionales de bibliotecología cuentan con el apoyo y la subvención de estas empresas. Piensen que cada paso que gana el comercio de información, lo pierde el acceso abierto, y con ello quedan muchos sin poder conseguir un artículo, un libro o ese dato que les falta para dar un paso más adelante. Piensen que vivimos en una "Sociedad del Conocimiento" que, definitivamente, no sirve para dar a conocer, sino para dar de comer a aquellos que siguen teniendo la sartén por el mango, y para mantener abajo (en una forma nueva, por cierto) a los que siempre estuvieron allí. Piensen en la injusticia que todo esto representa.

Por mi parte, seguiré aprovechando el trabajo de destrozo de contraseñas de grandes editoras que realizan ciertos colegas asiáticos (no tengo habilidad para ser hacker, cosa que lamento) y seguiré liberando —con total placer y satisfacción— información para quién la necesite, y usándola en provecho propio. Si hay algo que detesto de corazón son aquellos que comercian con lo incomerciable, es decir, con lo que no les pertenece. Y, según contaban en mi pueblo, "el que roba a un ladrón...".

Saludos cordiales desde detrás de una pipa humeante...

Abril 20, 2007

Ferias del libro...

"Sin duda, la invención de la imprenta y la alfabetización general han traído consecuencias que van más allá de lo que cualquier criollo podría suponer.

No sólo se ha logrado que la gente lea o finja leer, sino que se ha desatado la aparición de objetos, servicios y entidades cuya sola descripción es asombrosa.

Tal es el caso de los clubes de lectores, los señaladores de plástico, las novelas de Agatha Christie, las ferias del libro, los vendedores de diccionarios, las revistas, las instrucciones para abrir los paquetes de jabón y la impune donación de textos de toda índole que se les infiere a niños inocentes con el pretexto de que son pobres.

Esta colección de desmesuras encuentra su pieza más curiosa en la presentación de libros, una costumbre que se ha generalizado en los últimos años de un modo tal, que no se concibe ya la aparición silenciosa de ninguna obra. Todas deben cumplir con el ritual".

El fragmento pertenece al capítulo "La presentación de libros", de "Las crónicas del ángel gris", de Alejandro Dolina. En efecto, las imprentas han vomitado —y continúan haciéndolo— cantidades monstruosas de papel de variada calaña manchados de tintas

colorinches, un banquete especial para mohos, pececillos de plata y ratones de biblioteca. Mientras nos ahogamos en nuestra propia producción documental —la famosa "explosión de la información"— las nuevas tecnologías de la comunicación nos facilitan más canales para difundir propuestas, escribir tonterías o publicar artículos.

Dolina jamás contó con los libros en CD, las mochilitas con publicidad editorial, las pintarrajeadas-ultraescotadas-minifaldeadas-liposucionadas promotoras, los congresos inservibles y las donaciones —por parte de embajadas extranjeras, por ejemplo— de libros en sus propios idiomas que se convertirán en cenizas en el estante sin que nadie jamás los lea, aprenda o comprenda (pero "vaya honor recibir tal donación, muchas gracias Sr. Embajador, esto enriquecerá a nuestro lectores...").

En fin, todo esto es parte de nuestro universo cultural, siempre variable, un tanto hipócrita a veces, un poco vacío también. Pero, dentro de tal cosmos social, las Ferias del Libro son un espectáculo especial.

Debo aclarar aquí —aunque ya lo sospecharán desde hace varios párrafos— que tales acontecimientos no son precisamente de mi agrado. En principio porque en Buenos Aires o en Córdoba no se enmarcan en un entorno agradable. En la capital argentina, tan magno evento se realiza en La Rural, en un espacio cerrado, con iluminación artificial y bombardeo de mensajes visuales. Uno sale mareado, angustiado por los precios de libros que jamás podrá comprar, y con las manos llenas de publicidades de las más variadas formas y tamaños, con suerte metidas en una coqueta bolsita que lucirá el enorme logotipo de alguna empresa editorial.

En Córdoba, el evento tiene lugar en la antaño señorial —y hoy popular— Plaza San Martín, en unas carpas bajo las cuales se resguardan los editores locales y algunos capitalinos que osan viajar 800 kms. hacia el interior del país. Uno sale igual de ciego, igual de frustrado e igual de cargado de papeles, en ocasiones lo único que se llevará entre manos.

Por otro lado, y si bien estas ferias llevan asociadas muchas actividades culturales paralelas de valor innegable, las principales son las presentaciones de libros. Tales presentaciones siempre me parecieron un circo. Ciertamente, uno tiene el placer de escuchar a su autor favorito presentando su libro, pero... honestamente, si hay algo que siempre odié es que alguien me explique qué quiso decir con sus palabras escritas, por qué lo hizo, o en quién o en qué se inspiró. Pensarán que soy un animalito atrasado en la escala evolutiva, pero así es. La magia que se crea entre lo escrito y yo es especial. Interpreto a mi modo, y de acuerdo a mi talante, a mi humor, al momento de mi vida, aquello que leo. Y lo disfruto así, sin más presentaciones ni explicaciones ni tertulias ni charlas ni conferencias. Cuando esos señores —grandes autores todos, por cierto— se sientan en el podio y me cuentan lo que escribieron y sus motivos para hacerlo, siento que están violando su obra ante mis ojos, y que están destrozando a martillazos el hechizo que habían creado dentro de mi corazón. Algo dentro —un mundo imaginario construido únicamente en base a mis percepciones y a los intercambios con otros— se diluye, se desdibuja, y yo me quedo sin esa parte de mí, construida en tardes de paseos por plazas, o debajo de algún árbol de la casa de mis viejos.

Lo peor para mí es el tema de los autógrafos. Jamás se me pasaría por la cabeza pedirle a un autor —por famoso que sea— que dejara su firma en un libro. La marca que debe dejar, la tiene que dejar dentro de mí. Si no pudo hacerlo así, su firma no me interesa. Y si pudo hacerlo, no necesito nada más que eso: esa cicatriz interior (ardiente, dolorosa, vibrante, enriquecedora) vale muchísimo más que una marca en tinta sobre un papel.

Reconozcamos, además, que muchos autores detestan estar sentados tardes enteras firmando libros a desconocidos, colocando frases estereotipadas a personas por la que no sienten el más mínimo afecto (aunque la dedicatoria más típica sea "con afecto"). He presenciado firmas de libros varios, y me he reído interiormente al ver las caras de mala leche de muchos/as autores/as que intentan mantener la sonrisa forzada, mientras en su interior están deseando que la maldita cola de gente se acabe para poder marcharse a su casa.

En fin, acepto que mi visión es radical, extremista y muy parcial. Hay de todo en la viña del Señor, y generalizar no es un acto justo. Muchos autores firman de buen grado, y muchos lectores adoran tener ese recuerdo entre sus manos. Muchas ferias del libro son eventos que agrupan actividades bellísimas y valiosas, y suelen ser las únicas oportunidades que tienen muchos lectores que habitan lugares lejanos para poder encontrarse con todas las obras disponibles en el mismo lugar. No, no tengo toda la razón, ni digo ninguna verdad absoluta.

Pero reconocerán conmigo que un poco de acto circense, de propaganda estrambótica y de publicidad plomiza (por lo pesada) sí que hay en todo esto. Y, lamentablemente, el circo no me gustó nunca, ni siquiera de niño. Siempre preferí que me dejaran volar con las únicas alas que siempre tuve: mi imaginación. Quizás si en esas ferias, en esas presentaciones y en esas firmas derrocharan un poco menos de dinero y un poco más de creatividad, yo mismo me animaría a participar.

Ante tamaña improbabilidad, creo que seguiré opinando como opino y que, mientras otros visiten los stands librereros, yo me comeré un cucuruchito de maní mirando las golondrinas en alguna esquina, y soñando algún sueño alado.

Saludos desde Santiago de Chile, tierra de buenos vinos y de cordilleras heladas en el horizonte.

"Las gentes apacibles no pueden disimular cierto pudor cuando se hace pública una relación tan confidencial como la que uno tiene con los escritores.

Pero aunque nos moleste el contraste entre el mundo íntimo de la lectura y esas exultantes romerías [las Ferias del Libro], nosotros saludamos con simpatía cualquier libresco amontonamiento".

Alejandro Dolina. "La Feria del Libro en Flores". De "Crónicas del Ángel Gris".

Abril 30, 2007

Pero, al final... ¿qué es "multiculturalidad"?

Pues no lo sé...

Acabo de regresar de Santiago de Chile, donde estuve dictando un curso sobre Servicios Bibliotecarios Multiculturales. El curso en cuestión fue auspiciado y financiado por la AECl (Agencia Española de Cooperación Internacional, dependiente del Ministerio de Educación de la nación ibérica) y su organización corrió a cargo del Centro Cultural España en Santiago.

Si bien las autoridades de la DIBAM (la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile, organismo gubernamental que centraliza la casi totalidad de instituciones de gestión cultural del país) no tuvo nada que ver en el asunto, hizo intentos visibles (e incluso bastante ridículos e inapropiados) para intentar meter sus dedos e involucrarse en el asunto, supongo que no tanto por los contenidos que se brindaban sino por el país que auspiciaba (y todas las potenciales subvenciones, acuerdos y becas que podían llegar desde allí). Esos intentos se plasmaron en "invitaciones" que no era posible declinar y que nos hicieron perder un tiempo precioso a los docentes y alumnos, o visitas a los "buques-insignia" de la DIBAM (que nada tienen que ver con la multiculturalidad, por cierto, a pesar de que en Santiago hay iniciativas puntuales relacionadas con la misma), o inclusión —a último momento— de participantes que no estaban contemplados en las listas originales de la organización. Si he de serles

sincero, nada de esto me extrañó. Ya el año pasado pude comprobar en mi propia piel hasta dónde puede llegar el autoritarismo centralizado de la DIBAM, y la verdad es que esta vez no esperaba menos de individuos verticalistas y poco proclives a dar pasos que no tengan significados y ganancias políticas.

El curso me enfrentó a treinta participantes provenientes de los más diversos contextos de todos los países de Sudamérica (excepto Argentina, Paraguay y Venezuela). Esto, en sí, ya fue todo un reto, porque los contenidos —enormes, generales y difíciles por definición— debieron ser adaptados sobre la marcha a comprensiones y formaciones tan diferentes como una directiva de biblioteca nacional y una bibliotecaria comunitaria de una pequeña población semi-rural. El perfil, por ende, fue dispar y demasiado amplio, y también lo fueron las expectativas y los conocimientos de los asistentes.

Tras cinco días de trabajo junto a la docente española que asignó AECI para la coordinación del curso y para impartir la mitad de los contenidos (centrados, obviamente, en experiencias e ideas europeas sobre la temática en cuestión), llegué a la conclusión —junto a algunos de los participantes— que estaba impartiendo un curso imposible. Imposible porque en América Latina, "multiculturalidad" tiene una variedad tan grande de posibles significados que convierten su definición en una tarea de difícil conclusión. No se trata de inmigrantes, como en el caso español. No se trata sólo de poblaciones indígenas, o mestizas, o afrodescendientes (las cuales ya darían para escribir libros enteros). Se trata de subculturas, de una pluralidad que incluye sectores

sociales segregados por sexo, por edad, por formación, por religión... Se trata de mucho más.

Y en definitiva, el enfoque multicultural plantea, sencillamente, que los servicios bibliotecarios para una sociedad con pluralidades remarcadas deben ser provistos como en cualquier biblioteca que sirve a una comunidad homogénea. Por ende, la diferencia entre ambas categorías bibliotecarias desaparece, y, al no existir particularidad, ¿para qué definir una biblioteca "multicultural"? ¿Para qué, si no existe diferencia con un servicio bibliotecario "común y corriente"?

Quizás la enseñanza más importante que se haya desprendido del curso (más allá de los contactos interpersonales, las exposiciones de experiencias regionales en relación con pueblos originarios, y la identificación de problemas comunes) haya sido que para enfrentar a una población plural no es necesario cambiar ni la estructura ni los procesos de la biblioteca, sino la mentalidad del bibliotecario. La biblioteca quizás requiera solo unos pequeños ajustes que le permitan adaptarse más flexiblemente a las características y necesidades de los usuarios. El bibliotecario, sin embargo, deberá despojarse de sus prejuicios, de sus rasgos discriminatorios, de sus limitaciones. Y, dado que es el bibliotecario el que diseña los servicios y propone las actividades, los cambios realizados en sus puntos de vista, en sus perspectivas y en su mentalidad se reflejarán directamente en las respuestas que provea la biblioteca.

Ningún docente está en posición de dar a sus alumnos verdades o respuestas absolutas. Tal cosa sería propia de un arcángel, no de un ser humano. El docente

siembra dudas en la cabeza de sus alumnos y luego pone en las manos las herramientas que permitan responder a tales dudas desde el marco de cada estudiante.

Un abrazo, desde una Córdoba fría y otoñal...

PD. Y al final ¿qué es "multiculturalidad"? Sigo sin saberlo. Pero sospecho que alguien, en el "Primer Mundo", se dio cuenta de que no vivía solo en el universo y de que había otras culturas, otras pieles, otras lenguas, otras creencias. Y, asustado por verse rodeado por un fenómeno que tiene miles de años sobre este planeta, pero que él probablemente no había visto (cómo no había visto tantas otras cosas, desde su "desarrollo") le puso una etiqueta, armó recomendaciones, creó comisiones de trabajo, publicó revistas especializadas y nos alertó a todos. Si quieren definir "multicultural", paseen por la calle de cualquier pueblo, cualquier ciudad, una tarde tranquila de otoño. En cada esquina, en cada coche que pasa, en cada casa, verán nuestra multiculturalidad, nuestra pluralidad como seres humanos. No hace falta más para darnos cuenta de que estamos intentando definir algo indefinible.

Mayo 10, 2007

Saqueo de tierras, saqueo de almas

Norte de Cajamarca, Perú. 2 de junio de 2000. Entre los campesinos de los pueblos de Choropampa, San Juan y Magdalena corre la voz de que uno de los camiones que proviene de la mina Yanacocha va regando accidentalmente, a lo largo de kilómetros de camino, una extraña sustancia brillante. Los niños juegan con ella, la recogen en frascos y vasos y la hacen lanzar destellos a la luz del sol. Los hombres y mujeres de la zona se acercan extrañados para contemplar aquel metal líquido.

Era mercurio.

El desastre ambiental fue impresionante, especialmente en la localidad de Choropampa, en la cual alrededor de 925 personas fueron afectadas por envenenamiento y aún hoy sufren los efectos en su propio cuerpo.

La historia comenzó en 1993, cuando la mina —una extracción de oro a cielo abierto— se instaló en la zona, con una promesa tácita para los campesinos: puestos de trabajo, y de su mano, el tan ansiado y mentado "desarrollo". El resultado —promesas rotas, pactos incumplidos, enfermedad— aún es palpable entre los pobladores de la región. Los servicios sanitarios públicos de Cajamarca están colapsados por la llegada de trabajadores enfermos, y las aguas que bajan de los cerros, antaño cristalinas, hoy son "de color marrón".

La compañía minera y el Banco Mundial —propietario minoritario de la mina a través de la CFI— lograron arreglos extrajudiciales con algunos de los afectados, pagando pequeños sumas de dinero a cambio de no accionar legalmente. Una movida llamativa, la de dejar sin acceso a la justicia y a una reparación digna a los más pobres, por parte de una institución que proclama "trabajar por un mundo sin pobreza".

Cuando la mina se quiso extender al cerro Quilish, los campesinos se opusieron bloqueando las rutas. Aprendieron que el desarrollo y los millones de dólares son para unos pocos y que a ellos solo les quedarán tierras muertas y aguas venenosas.

Es curioso notar que en la misma Cajamarca, en pleno siglo XVI, el prisionero Inca Atawallpa (Atahualpa) ofreciera y entregara, como rescate por su vida, un cuantioso botín de oro a su captor, el conquistador Francisco Pizarro, el cual, lejos de cumplir su palabra y liberarlo, lo ejecutó y envió todo el oro a España. La cruel historia se repite, ciertamente, pero el ejecutado ahora es todo un pueblo.

Guatemala, 2003. La compañía minera canadiense Canadian Glamis Gold Ltd. comenzó a explotar —con el pago de una regalía "saqueadora" de solo el 1 %— la mina Marlín, en el sur del país. La mina de oro acumula un estimado de 2.000 millones de dólares, y fue abierta a pesar de que los campesinos de la zona (de las etnias Mam y Sipakapense), que viven en situación de pobreza extrema, se oponían a la idea.

Los resultados fueron los mismos que en Perú, los mismos que en otras tantas localidades de América Latina: enfermedades, muertes, aguas envenenadas, tierras asesinadas y esterilizadas...

En enero de 2005, más de 1.300 policías y soldados chocaron con los campesinos que bloqueaban las rutas, con los esperables resultados de heridas y muertes. Varias ONGs, la Procuraduría de la Nación y representantes indígenas de numerosas comunidades solicitaron al Banco Mundial —nuevamente socio minoritario— que se suspendieran los créditos a la minera, debido a que los trabajos violaban flagrantemente el Convenio 169 de la OIT (derecho de las poblaciones indígenas a decidir que se hace en sus tierras) y artículos del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de la ONU (sobre todo los que mencionan el derecho al agua y a los alimentos).

A pedido del Banco Mundial, la minera creó entonces la "Fundación Sierra Madre", que "ayuda al desarrollo sustentable de la comunidad". Sus proyectos incluyeron, como ejemplos, la creación de una panadería, o cursos de costura, para los que las mujeres debían comprar la máquina de coser a la propia fundación. En realidad, tal "fundación" se encargaba de garantizar los intereses de la minera en la región, recolectando, por ejemplo, firmas de pobladores para recibir el almuerzo gratis, firmas que luego eran usadas en documentos de aprobación de distintos proyectos mineros.

A pesar de las amenazas y violencias contra los opositores a la mina, la población realizó un referéndum en donde el 96 % de la gente votaba "no". Sin embargo, y en

contra incluso de la decisión de la Corte Constitucional de Guatemala, el gobierno nacional desestimó todo y apoyó a la compañía canadiense.

En el valle de Siria, Honduras, la misma compañía tiene otra mina de oro. Cáritas Honduras denunció que más del 70 % de la población del valle padece enfermedades dermatológicas debido a la contaminación, y que el agua subterránea ha sido usada de tal forma que varios ríos han sido secados, dejando a los campesinos en el desamparo más angustioso. La empresa, mientras tanto, sigue comprando líderes y administradores locales con regalos y prebendas, y amenazando a los activistas violentamente.

En el norte de Chile, en zona de glaciares que alimentan ríos, una compañía norteamericana quiere abrir minas a cielo abierto, con el consiguiente riesgo de contaminación de aguas. El gobierno chileno no dice nada. En Argentina ocurrirá lo mismo en breve. Y no se trata sólo de minerales: la selva, los recursos acuíferos, la pesca, todo es vendido al mejor postor, que suele venir de fuera, arrasar con lo que puede, pagar la mano de obra más barata posible (y la especializada se la trae de su país de origen) y las regalías más insignificantes, derivar las ganancias a su propia nación, esquilmar lo que se pueda e irse. A los pobladores les queda la miseria, el agua ponzoñosa, la tierra muerta, la salud quebrada y la frustración de saberse, aún hoy, esclavos atados de pies y manos ante la voluntad del que tiene la fuerza. A los gobernantes, a los que permiten que esto ocurra, les quedan unos buenos dividendos

—poca cosa, comparado con las ganancias de los ladrones— en sus cuentas de las islas Caimán o Suiza.

¿Qué hace todo esto en la bitácora de un bibliotecario?

Es sencillo.

En primer lugar, este bibliotecario jamás olvida que es un ser humano, con rabia por las desventuras e injusticias que deben soportar otros seres humanos, de la raza, sexo, nacionalidad o religión que sean.

En segundo lugar, este bibliotecario es latinoamericano, conoce la historia de su continente, conoce de primera mano la miseria y la pobreza que vive mucha de su gente, y conoce la corrupción de su gobierno y la violencia de sus sicarios y fuerzas armadas. Tiene, por ende, un pensamiento siempre presente respecto a su "patria grande", sin olvidar que hay otras "patrias grandes" que padecen las mismas injusticias en otros rincones del globo.

En tercer lugar, este bibliotecario es anarquista: considera que todos los hombres y mujeres de este bendito planeta deben vivir con igualdad de oportunidades, y no ve la igualdad en los sucesos referidos arriba, ni tampoco la utilidad de convenios, pactos y leyes internacionales que, a la hora de la verdad, sólo sirven para beneficiar a los de

siempre. Por ende, denuncia desequilibrios y desigualdades para que no queden en silencio, para que se conozcan, para que se sepa.

En cuarto lugar, y como profesional de la información, este bibliotecario es un comunicador: es deber de su profesión recoger información, organizarla y difundirla por los canales y medios que sean convenientes y necesarios. Y esta es información estratégica, tanto política como social como ambientalmente.

En quinto lugar, este bibliotecario pretende vivir fuera de la burbuja rosa en la que suele encerrarse mucha gente para no ver la realidad: cree y sabe que, para poder contar cosas, primero hay que aprenderlas, saberlas, enterarse, comprender, pensar, discutir y elegir. Y luego es necesario, casi vital, difundirlas.

Y pretende contar todo lo que se pueda, sobre todo porque, en sexto lugar, este bibliotecario cree que, desde la biblioteca, el cambio es posible, pues la información tiene poder: el poder para no cometer los errores del pasado, el poder para aprender de las caídas propias y ajenas, el poder para estar preparado y evitar situaciones críticas, el poder para decidir acerca de nuestros futuros y nuestros caminos.

Y en último lugar, todo esto está aquí porque es un ejemplo de cómo, aún hoy, cinco siglos después, los latinoamericanos seguimos abriendo las puertas al que viene de fuera a robar, como condenados por una cruel Maldición de Malinche, en vez de escuchar a los que vienen a ayudar realmente, o de escucharnos a nosotros mismos. Y esto no ocurre solamente con las minas: también se saquea nuestro saber, nuestra

identidad, nuestra diversidad, nuestra cultura. También se la avasalla, también se la envenena, también se la quema. También nos siembran otra cultura y otro idioma, también nos aculturán. No, no pasa solo con las minas que agujerean nuestra tierra y secan para siempre las corrientes de nuestros ríos. También horadan nuestra historia y nuestras costumbres y nos dejan las almas estériles.

Como bibliotecarios, debemos contar las historias recientes de nuestro pueblo, los problemas y las agresiones a los que se han enfrentado, para que podamos desarrollar las mejores armas con las que defendernos, las mejores estrategias para solucionar las crisis. Pero también debemos ser conscientes de que la lucha más dura no siempre es la más evidente. Y que, si no nos damos cuenta a tiempo, llegará un día en que estaremos vencidos sin haber tenido siquiera la oportunidad de defendernos.

[Los datos que se refieren en esta entrada han sido extraídos de las noticias incluidas en el artículo de Nicolás Gutman "Ola neoliberal minera en América Latina" publicado en *Le Monde Diplomatique*, año VIII, nº 95, de Mayo de 2007, p. 13].

Mayo 16, 2007

Discriminación positiva, bibliotecas multiculturales y algo más...

En algunos periódicos y sitios de información —de esos que hablan de lo que otros no quieren hablar— me he encontrado, ya en varias ocasiones, con el término "discriminación positiva", una problemática que ha comenzado a tener cierto peso en algunos contextos políticos, sociales y económicos de muchas naciones, en especial de aquellas que soportan altos niveles de discriminación étnica.

El problema nace en aquellos países —principalmente de los del mal llamado "Primer mundo"— a los cuales llegan corrientes migratorias de importancia, que casi instantáneamente se convierten en minorías étnicas, sociales y culturales dentro de la sociedad que los recibe. Esos grupos "minoritarios" tienen dos opciones: asimilarse a la cultura local y dejar sus usos, lenguas, costumbres y tradiciones para el hogar, o bien conservar su identidad fuera de él, al precio que cueste.

El último camino es el más seguido, especialmente por aquellos sectores que están muy orgullosos de quiénes son, a pesar de que las circunstancias los hayan empujado a abandonar su tierra natal y migrar a otros horizontes que, de acuerdo a los decires globales, brindan más oportunidades a la gente (lo cual es bastante dudoso). En el caso de las minorías no migratorias, se trata de pueblos indígenas o grupos locales (muchas veces muy amplios, como los afroestadounidenses) que claman por sus derechos desde hace décadas.

Durante los 70, cuando comenzaron estos grandes movimientos humanos, casi todos los países "desarrollados" adoptaron una política (y una ideología) llamada "multiculturalismo", una palabra que se puso muy de moda. Se decía que era saludable que una sociedad, en su interior, fuera muy diversa. Era "políticamente correcto" pensar así, de manera que todo el mundo asintió, si bien los resquemores, las oposiciones a las migraciones y a los derechos de las minorías y las reacciones racistas se ocultaron en el armario o se guardaron en bolsillos ocultos.

El "multiculturalismo" funcionó bien (estéticamente) hasta que los acontecimientos del 11 de septiembre en Estados Unidos desataron la paranoia. Entonces se levantó el tabú, y todos olvidaron el "multiculturalismo". En la actualidad, muchos países —Dinamarca, Holanda, Australia, Alemania, entre otros que pronto seguirán su estela— están endureciendo las políticas migratorias, han borrado sus ideas "multiculturales" (incluso físicamente, del nombre de sus antiguas Secretarías de Gobierno) y están tendiendo a un "monoculturalismo de facto".

El gran problema es que las minorías siguen ahí, y que ahora no se ve como "políticamente incorrecto" el atacarlas, sobre todo si esas minorías tienen rasgos tan acentuados como los de los grupos musulmanes. El racismo surge entonces a flor de piel, y la discriminación está a la orden del día.

Dado que estos no son aspectos que las sociedades "desarrolladas" gusten mostrar, surgen entonces tendencias y maniobras socio-políticas orientadas a "dar oportunidad a las minorías". Curiosamente —muy curiosamente— esto incluye, además de a los

sectores discriminados por su piel y por su origen, también a los sectores dejados de lado por su género y/u orientación sexual. Las oportunidades tienen que ver con puestos laborales, lugares en el poder, oportunidades educativas y ayudas de todo tipo.

Este fenómeno —claramente identificado durante la campaña de Sarkozy en Francia— está teniendo lugar en muchas otras sociedades, incluso a nivel latinoamericano, en donde tiene gran impacto con los grupos indígenas y los sectores socialmente desfavorecidos. Si bien a simple vista puede parecer una actitud positiva, un análisis somero detecta que es solo una forma de limpiar conciencias y manos en sociedades en donde el problema de fondo es un racismo imborrable.

Un racismo que nosotros, como queda dicho, también tenemos en casa.

Investigando un poco sobre bibliotecas "multiculturales" —el último curso que di en Chile, sobre este tema, me dejó un sabor agrio de boca y muchas dudas sobre ese término y sus usos— descubrí (con mucha vergüenza por mi parte, por no haberlo hecho antes) que el vocablo es absurdo.

La lógica es la siguiente: ¿cuál es la diferencia entre una biblioteca pública y una multicultural? De acuerdo con documentos internacionales redactados al respecto, la "multicultural" debe estar preparada para proporcionar servicios a usuarios de otras

culturas, en especial documentos en otras lenguas y alfabetos. Por lo demás, debe ajustar sus servicios para incluir actividades que tengan relación con las diversas "minorías" presentes en la comunidad.

Si mal no recuerdo, estos puntos ya eran contemplados como objetivos bibliotecarios por el "Manifiesto de la UNESCO sobre las bibliotecas públicas". ¿Por qué, pues, agregar el adjetivo —y la etiqueta— "multicultural"?

Me da la sensación de que estamos frente a una moda, una moda que yo mismo —inconscientemente, por cierto— he ayudado a propagar. No existe mayor diferencia entre una biblioteca pública de una ciudad de cultura "homogénea" (si es que tal cosa existe) y una de cultura "heterogénea" o "plural". Una biblioteca pública debe servir a su comunidad, y si su comunidad incluye minorías, adaptar sus servicios en forma coherente. Nada más.

No se trata solamente de ofrecer documentos en otras lenguas a los inmigrantes recién llegados. Debe ofrecer materiales a las propias "subculturas", a tribus urbanas como "skaters" o "punk", por ejemplo. ¿O eso no es cultura? ¿O eso no es parte de nuestra sociedad? Se trata de ofrecer, también, materiales a las propias minorías étnicas y lingüísticas (¿dónde están los servicios para la minoría gitana en las bibliotecas "multiculturales" —o incluso en las públicas— de España, por ejemplo?) y, sobre todo, se trata de ofrecer servicios a todos por igual. Conozco casos de bibliotecas que tienen muchos servicios orientados hacia "otras culturas", descuidando

totalmente los servicios a las clases menos pudientes y más necesitadas de la población local. Lamentable, ¿verdad?

Si esto no es un ejemplo de discriminación positiva, creo que está muy cerca de serlo.

Definitivamente, los ejemplos de "bibliotecas multiculturales" y "portales multiculturales" que conozco —la mayoría situados en América del Norte, Europa y Australia, países que están presenciando un alza discriminatoria considerable— realizan un excelente trabajo por su comunidad (pues tienen medios económicos para poder hacerlo) y se caracterizan por tener fondos en muchas lenguas (mientras más, más aplaudidas son) y proveer servicios en dichos idiomas. Pero quizás lo más característico es su discurso oficial, que habla de "bibliotecas multiculturales" como "espacios de encuentro, de comprensión mutua, de aprendizaje intercultural".

Me pregunto... ¿y las otras bibliotecas, qué son? ¿De qué se trata una biblioteca pública "no-multicultural"? ¿No son "espacios de encuentro comunitario", acaso? ¿No enseñan "respeto y tolerancia", quizás? ¿No incluirían docenas de lenguas si tuvieran el presupuesto para hacerlo? ¿Deberíamos llamar a nuestras bibliotecas especializadas en lenguas "bibliotecas multiculturales", por sus fondos multilingües?

En definitiva, creo que la "multiculturalidad" y lo "multicultural" —tanto relacionado a bibliotecas como a otros aspectos— es una moda, una gran moda que está intentando tapar otros agujeros presentes en la sociedad. Y a eso —a tapar agujeros, a poner velos, a mostrar que no somos racistas cuando en realidad sí lo somos, a mostrar lo

mucho que nos apasionan otras culturas cuando en verdad ni siquiera las entendemos ni nos importan— es lo que llaman "discriminación positiva".

Mayo 24, 2007

Copyright, copyleft...

No será la primera vez en que alguna/o de ustedes se cruce con el término que incluí en el título, y sobre el cual basé mi entrada de esta semana. No, definitivamente no será la primera vez que se cruzan con éste y con otros vocablos que han entrado pisando fuerte en nuestra profesión y que, a veces carentes de explicaciones o definiciones, hemos terminado aceptando un poco por la fuerza del hábito.

Debo confesar —una vez más— mi ignorancia respecto a muchas temáticas de la bibliotecología con las cuáles no tengo una relación específica. Pero, a mi favor, puedo confesar una insaciable curiosidad que me empuja a buscar, a leer y a averiguar cuando el desconocimiento me pesa mucho y activa mis mecanismos de "hambre de lectura".

Hasta hace muy poquito, no me había preocupado por saber de qué se hablaba cuando se hablaba de "copyleft". Desconfío un poco de los términos de moda por los chascos que me he llevado con ellos (p.ej. con "biblioteca 2.0"), pero éste que les nombro ya se ha convertido en un compañero habitual en charlas, conferencias y artículos.

Por ende, me decidí a profundizar un poco más en el tema, y a agrandar un poquito más mis saberes.

Resulta que "copyleft" es —como quizás los lectores más listos ya habrán sospechado a esta altura— un juego de palabras basado en "copyright" (siendo "right" a la vez "derecho" y "derecha", y "left", "izquierda", aclaración útil para los que no se manejen bien en inglés). El símbolo del "copyleft" es la inversión hacia la izquierda del famoso simbolito de "copyright", ©, lo cual refleja el concepto gráficamente y sin mucho lugar a dudas.

En breve, se trata del uso de las leyes de "copyright" o derecho de autor, para eliminar algunas restricciones en la distribución de copias o en la modificación de versiones de un trabajo por otros. La característica principal de las prácticas de "copyleft" es que normalmente requieren que las mismas libertades que se garantizan para una obra determinada sean preservadas en las versiones modificadas subsiguientes, derivadas de ella. En el "copyleft", el autor resigna algunos de sus derechos, pero no todos. En vez de permitir a su trabajo caer dentro del dominio público —donde no existen restricciones de "copyright", es decir, donde tales derechos no valen— el autor permite ciertas libertades para aquellos que, de otra manera, infringirían las leyes de derechos de autor.

Es una forma de licencia, y puede ser usada para elementos tales como software (programas de computadora), documentos, música y arte. En general, las leyes de "copyright" permiten a un autor prohibir la reproducción, adaptación o distribución de su trabajo. En contraste, un autor puede, a través de una licencia de "copyleft", dar —a cada persona que recibe una copia de su trabajo— permiso para reproducir y/o

adaptar y/o distribuir su trabajo siempre que las copias resultantes de tales acciones se encuentren unidas a la misma licencia de "copyleft".

Una de las licencias de "copyleft" más usadas y conocidas es la GNU General Public License (GPL). Licencias similares están disponibles a través del famoso Creative Commons.

El concepto nació cuando un tal Richard Stallman trabajaba en un programa conocido como "Lisp interpreter". La compañía Symbolics le pidió permiso para usar tal programa, y Stallman acordó proveerles un formato de dominio público de su trabajo. Symbolics extendió y mejoró el software de Stallman, y cuando éste quiso acceder a tales mejoras, Symbolics se negó. Entonces, en 1984, Stallman —como pueden imaginar, un tanto enojado por el manejo de la compañía— comenzó a trabajar para erradicar esos comportamientos (que muchos de nosotros conocemos tan bien y en carne propia) y la cultura de "software propietario".

Dado que Stallman consideró poco práctica la idea de eliminar la legislación actual en materia de derechos de autor y los errores que la misma perpetuaba, decidió trabajar en el marco de dicha legislación, buscando sus huecos. Y los encontró. De hecho, creó su propia licencia de copyright, Emacs General Public License, la primera licencia de "copyleft". Más tarde, Emacs evolucionaría en la GNU, que ahora es una de las más populares para la distribución de Software Libre.

Por primera vez, alguien en posesión de su preciado "copyright" (sus derechos como autor) daba pasos tendientes a asegurar que el máximo número de derechos se transferían perpetuamente a los usuarios de una obra, sin importar qué revisiones subsecuentes fueran hechas al original.

El término "copyleft", de acuerdo a algunas versiones, proviene de un mensaje incluido en TinyBASIC, una versión libre del popular software BASIC escrito por el Dr. Li-Chen Wang a finales de los 70. El código de programa contenía la frase "@copyleft" y "all wrongs reserved" (lit., "todos los males reservados"), burlas a "copyright" y "all rights reserved", frases usadas comúnmente en las declaraciones de derechos de autor. El propio Richard Stallman dice que el autor de "copyleft" es Don Hopkins, quién le escribió una carta —allá por 1984 o 1985— incluyendo la frase "Copyleft – all rights reversed" (lit. "todos los derechos revertidos"). Se han usado otras versiones como "kopyleft" a principios de los 70.

El término fue, en un principio, casi sinónimo de las licencias GNU de Stallman, creadas como parte de su trabajo en la Fundación Software Libre. En la actualidad, "copyleft" y GNU GPL siguen siendo semi-equivalentes, si bien el primero puede referirse también a otras licencias.

Normalmente, la mejor forma de usar el "copyleft" es codificar las condiciones de uso en una licencia. Por lo general, cualquier licencia permite a otra persona —poseedora de una copia de la obra— las mismas libertades que el autor, incluyendo:

- la libertad para usar y estudiar el trabajo
- la libertad para copiar y compartir el trabajo con otros
- la libertad de cambiar el trabajo
- y la libertad de distribuir trabajos cambiados y, por ende, derivados.

Estas libertades no aseguran que un trabajo derivado sea distribuido bajo los mismos términos liberales. Para que un trabajo sea realmente "copyleft", la licencia tiene que asegurar que el autor del trabajo derivado solo pueda distribuir su obra bajo la misma licencia o equivalentes (por eso, a veces se dice que el "copyleft" es "viral", por la forma en que se transmite).

Además de restricciones en la copia, las licencias de "copyleft" pueden agregar otros impedimentos: por ejemplo, asegurarse que los derechos no puedan ser revocados más tarde, o requerir que el trabajo y sus derivados se provean en forma que faciliten las modificaciones.

Las licencias de "copyleft" hacen un uso creativo de normas y leyes relevantes. Es preciso señalar —para aquellos interesados en implementar ya estas prácticas— que algunas de las leyes usadas para las licencias "copyleft" varían de país en país, y sus

garantías pueden también cambiar. Por ende, es prudente consultar, revisar y estudiar a fondo el planteamiento de las licencias antes de llevarlas adelante.

Suele hablarse de "copyleft fuerte" cuando sus cláusulas se perpetúan a todos los trabajos derivados. Por el contrario, el "copyleft débil" es aquel cuyos trabajos derivados no heredan la licencia. Por otro lado, el "copyleft total" implica que todas las partes del trabajo (excepto la licencia) pueden ser modificadas por autores consecutivos. Sin embargo, el "copyleft parcial" (muy usado para creaciones artísticas, en donde el total parece no ser aconsejable) exceptúa a determinadas partes del trabajo de las libertades de reproducción.

Las licencias "share-alike" son licencias de "copyleft" parcial (en cuanto afectan a partes del trabajo) que deben perpetuarse a los derivados (como un "copyleft fuerte"). En vez de utilizar la frase del copyright "all rights reserved" (todos los derechos reservados) o la del copyleft total "no rights reserved" (sin derechos reservados), el "share-alike" utiliza "some rights reserved" (algunos derechos reservados). Algunas licencias del conjunto Creative Commons son buenos ejemplos de "share-alike".

En definitiva, esta breve reseña puede servir de elemento inicial de acercamiento e información hacia una filosofía que, si bien perpetúa algunos de los males de las leyes de derechos de autor —normas tiranas donde las haya— permite, sin embargo, utilizar dichas leyes para el logro de fines más humanistas. Esto, si se analiza bien, ya es un paso: como anarquista, siempre pensé que los cambios no deben darse "al costado del mundo y las estructuras", sino "dentro de ellas". Y creo que algunas cosas nuevas

deben crearse dentro de la cáscara usada de las antiguas. Muchos radicales, revolucionarios y rebeldes asumen actitudes de "piratería" (buscando oponerse a las tiranas normas de las que hablo antes), no logrando otro resultado que ponerse fuera de la ley y desvirtuar su lucha con las etiquetas que el poder establecido en seguida les coloca (p.ej. "delincuentes"). Creo que ese no es el camino (ni creo que eso sea anarquismo o radicalismo). El camino está en lograr la anulación completa de las leyes de copyright en casos determinados (p.ej. conocimiento estratégico). Tal y como lo vio Stallman hace unos años, ese no es un camino práctico a corto plazo: hay muchos intereses creados al respecto. Pero quizás a largo plazo, tal meta sea factible. Mientras tanto, podemos comenzar a andar el camino a través del "copyleft".

Confiemos en que esa palabrita sea realmente "viral", se contagie y se propague. Y en que el logotipo invertido sea visto en más y más trabajos.

Mayo 30, 2007

Bibliotecarios que escriban...

En el libro de la colombiana Silvia Castrillón *El derecho a leer y a escribir* me encontré esta cita, incluida en un listado de cómo debería ser un bibliotecario:

Un bibliotecario que no se sienta inhibido para escribir. Hacer uso de la escritura no necesariamente significa para el bibliotecario volverse autor, pero sí le es necesario para pensar y poner en orden sus ideas, dejar constancia de su trabajo, comunicar a otros su experiencia y también, en cierto modo, trascender. Escribir, además, crea confianza y seguridad en sí mismo.

En ese momento asocié escritura e investigación y me detuve sobre las páginas de mi libro. Un recuerdo volvió a mi memoria. Yo aún era estudiante de bibliotecología, allá a principios del nuevo milenio, y ya había comenzado a escribir mis primeros intentos de artículos profesionales y a enviarlos a revistas latinoamericanas, probando fortuna y estudiando como era el mecanismo editor. Comenzaba, además, a escribir en las listas de correo bibliotecológicas. Recuerdo mi frustración por no haber recibido nunca un mal taller o una somera clase de redacción de textos científicos, en la cual se me explicara cómo se cita la bibliografía, cómo se estructura un artículo, cómo se hilvanan las ideas para que tengan sentido, como se elige un tema que nos permita no irnos por las ramas y mantener el interés del lector... No, nada de eso habíamos tenido mis

compañeras/os y yo en la Escuela de Bibliotecología de Córdoba, y poco habían tenido otras/os colegas a lo largo y ancho de otras escuelas del país.

[Y si eso pasaba con la escritura, otro tanto pasaba con la lectura, o con la investigación. Y cuando digo esta palabra —que a muchos les suena enorme— no hablo de esa "investigación" que suele adorarse en el altar de la ciencia, terreno reservado a los especialistas. Hablo del buscar y del construir conocimiento. Sencillamente de eso. Algo simple en esencia, aunque no lo parezca].

Fue en aquel tiempo cuando un "gran editor", uno de aquellos que a mí, iniciado reciente en las tramas bibliotecológicas, me parecía una "persona de importancia", aceptó uno de mis trabajos "con reservas", y me escribió un correo electrónico muy solemne en el cual me decía que, como viajaría a Córdoba, lo discutiría conmigo en persona. Allí fui yo, a la cita, esperando que mi artículo fuera aceptado.

Pero mis esperanzas se ahogaron con el café que me tomé frente a ese personaje. El tipo se dedicó a explicarme cómo quería que yo escribiese mi artículo, de acuerdo a su gusto. Y terminó la larga perorata diciéndome que los estudiantes como yo teníamos que dedicarnos a trabajo práctico, y dejar de escribir, sobre todo teoría. La escritura era para los que sabían, y la teoría, para los "grandes", para la gente que había recorrido mucho camino. La teoría era para los expertos.

Jamás hice las correcciones sobre ese artículo. Sólo lo envié a otra revista, en donde fue publicado sin mayores correcciones luego de pasar por la consabida revisión por pares. Y seguí escribiendo teoría. Porque a los imbéciles —como el tipo del que les hablo, que aún pretende "ser alguien" en el círculo de las "vacas sagradas" argentinas— no hay que hacerles caso. Ni siquiera hay que tenerlos en cuenta.

Tiempo después, entre los muchos comentarios inservibles que a veces inundan mi casilla, me encontré una larga serie de consejos que una colega "progresista" de Buenos Aires me enviaba, diciéndome que mi prosa tenía poca elegancia, y que no era digna de llamarse "escritura". Recuerdo haber respondido que era totalmente consciente de tal detalle, y que no quería ser novelista ni agradar con mis palabras. Sólo quería contar.

Son muchos los que pretenden —desde la educación, desde la academia, desde muchas posiciones— convertirnos en meros técnicos, en "profesionales" sin manejo de su profesión, en bueyes mansos que tiran de la yunta, en actores sin posibilidad de expresar palabras, en trabajadores que no puedan contar sus sudores ni cantar sus victorias. Son muchos los que nos forman para ser sólo un peoncito del tablero de ajedrez, mientras ellos/as se arrogan el dudoso derecho de ser alfiles y damas. Son muchos los que ni se molestan en formar bibliotecarios para la escritura, la investigación y la generación de proyectos, porque ¿para qué quiere tales cosas un bibliotecario?

Son muchos los que creen que para escribir un ensayo, una nota o una propuesta para un Congreso hace falta expresarse como Cortázar. Son muchos los que creen tener la poesía y la belleza metidas en sus plumas. Y siembran, con su discriminación, sus prejuicios y sus ácidas palabras, la vergüenza y el desánimo entre quienes quieren —y no se animan— narrar sus cosas.

A esos que agreden, y que se creen poseedores de una verdad que no existe, les cuento que el bibliotecario es el primer profesional, junto con los maestros, que debe aprender a leer y a escribir en profundidad, porque debe poder informarse y debe poder contar y difundir. A esos les explico que con cursitos y tallercitos no basta: esa formación llena mucho los bolsillos de unos pocos y deja poco en las cabezas de unos muchos (y un "certificado" con "puntuación docente" que muchos inocentes aún consideran un tesoro). A esos les digo que es imprescindible que el bibliotecario escriba, presente, cuente, explique, difunda sus experiencias...

Y a los/as colegas, les cuento que escribir permite hablar de lo que uno hace, pero también dibujar el camino que uno quiere y unir voluntades para transitarlo. Escribir —esa tarea que parece un difícil arte pero que es más fácil de lo que creen si hay práctica y ganas— permite tener voz y ser visible es un mundo en el que unos pocos infelices se disputan la visibilidad para sentirse superiores. Y permite ser visibles y tener voz precisamente para decir las propias palabras, para gritar las propias opiniones, para proclamar que existimos a pesar de todo y de todos. Investigar y contar los resultados permite crear una nueva profesión, remodelarla de acuerdo a nuestras necesidades cotidianas.

Y construir teoría no es tan difícil. Ocurre que con la teoría podemos cambiar la práctica. Y hay muchos —muchísimos, como mi buen amigo el "gran editor"— que están muy contentos con el palacio de cristal del que son cortesanos, y no quieren que nada cambie. Así como hay muchas "directoras", "docentes" e "investigadoras" que hace años que no escriben una línea, que usan los trabajos de sus alumnos y los plagian poniéndoles su nombre para poder seguir "en la palestra" figurando, y que no quieren que nadie aprenda a escribir porque verían su "trono" disputado. Miserias de la profesión, que nos siguen adonde vayamos. Pero eso también lo vemos con las becas escondidas, las convocatorias a subsidios no difundidas y reservadas, los concursos a cargos docentes regalados a dedo...

Créanme: no es necesario ser Cervantes o García Márquez. Tampoco hace falta enredarse en el incomprensible estilo filosófico-sociológico de Chartier o de Foucault, que algunos colegas emplean para provocar admiración (¿?). La realidad puede nombrarse con palabras y construcciones sencillas, que, además, serán mejor comprendidas. Algunos tendrán un estilo interesante; otros, no tanto. Muchos no podrán, sencillamente porque la tarea no les atrae. Pero aquellos que se animen en la aventura de escribir —mejor, peor, como sea, pero buscando siempre mejorar sus cualidades— tendrán la posibilidad de hacer oír sus pensamientos un poco más allá de sus bocas, y de hacer saber de sus historias y trajines diarios. E incluso, de regalar ideas que otros necesitan, muy lejos de dónde el escritor se encuentre. Desde esta pequeña bitácora en la cual, cada semana, ejercito el viejo arte de decir, les animo a que aprendan, a que escriban.

Junio 06, 2007

Espacios de lucha...

Merced a la entrada anterior, recibí un buen número de mensajes procedentes de personas de los más diversos ámbitos geográficos y profesionales, que tuvieron el detalle de dedicarme unos minutos y hacerme llegar sus palabras. Un buen número de esos mensajes me contaban, en la intimidad del correo privado, las frustraciones, las caídas, las ausencias y las carencias de personas como ustedes y como yo, que buscaban en la profesión y en la carrera una cosa y encontraron otra muy diferente. Sensaciones que yo mismo he vivido y he llevado sobre la piel y dentro del pecho, oprimiendo fuerte y haciéndome gritar —más de una vez, ya lo saben— en este y otros espacios, virtuales y reales.

Curiosamente, encontré también el discurso de docentes y personas situadas en las estructuras jerárquicas de nuestra disciplina, que exponían y defendían su experiencia y su buen hacer en el terreno de la enseñanza de la bibliotecología. Comparando la decepción de unos y la convicción de otros, me di cuenta de que hay una brecha enorme, de que hay una verdadera falta de comunicación entre estudiantes y profesores, entre directivos y trabajadores, entre representantes y representados. Hay mucho silencio, hay mucho miedo en reclamar lo que se espera o en pedir lo que se cree merecido.

Encontré, especialmente, una pobreza bien identificada: la de los currículos de las Escuelas de Bibliotecología, tema que ya he abordado en estas y otras páginas en infinidad de ocasiones, pero que bien merece un retorno. Sé muy bien que muchas de estas instituciones en Latinoamérica son ejemplos de "excelencia" (palabra que, por cierto, no es de mi agrado), pero otras son el más patético muestrario de sinsabores y vacío. Las quejas —repetidas una y otra vez— se centran en el perfil técnico de la carrera, en su acento enfático en catalogación y universo digital, y en la poca importancia dada a la cultura general, a los idiomas, a las humanidades, a la lectura, a la escritura, a la investigación, a las relaciones humanas, al trabajo de campo... El bibliotecario parece salir de esas aulas con su espíritu asfaltado por una negra capa de desánimo, y condenado a ser una mula de carga de libros entre el estante y un usuario casi siempre desconocido.

Pero incluso los que logran despegarse —con mucho ánimo— de ese perfil impuesto y ese destino encuentran barreras, trabas y más vacíos. ¿Dónde trabajar? ¿Con quién crear espacios de reflexión? ¿Dónde publicar lo investigado? ¿Qué leer? Los espacios más importantes están cautivos de las grandes organizaciones, y los más pequeños tienen vidas efímeras, agotados por la falta de posibilidades.

Mirando el problema general desde arriba y desde lejos, puede verse que existen dos lugares en los cuales luchar para crear esos espacios de participación, de construcción, de reflexión, de generación de nuevas oportunidades, de diseño de un nuevo perfil bibliotecario más humanista y comprometido.

Uno de ellos son las agrupaciones de estudiantes. Ellos —quizás junto al estamento docente más comprometido— pueden luchar para que el currículo se amplíe, se enriquezca, se complemente con otras disciplinas. No se trata de agregar cursitos accesorios a un corpus técnico general: se trata de dotar al currículo de un perfil más completo, de quitar importancia a tareas que no son tan importantes (aunque las leyendas digan que la catalogación y la documentación son las reinas de nuestra profesión, cosa que no creo en absoluto) y de incluir otras que enriquezcan al profesional y lo conviertan en el intelectual que, históricamente, siempre fue. Ni siquiera se trata de ser veloces en el manejo de las nuevas tecnologías: se trata de comprender que somos gestores de información, y que debemos conocer ese material con el que trabajamos como conocemos nuestras propias manos. Así de profundamente. Así de bien.

Las asociaciones y grupos estudiantiles —desprovistos de vínculos partidistas o búsquedas de poder, eso es otro tema— pueden lograr esos cambios si los requieren. Porque la Escuela funciona si ellos asisten a sus clases. Porque las docentes tienen trabajo y ganan su sueldo merced a que ellos estudian allí. No hablo de revoluciones (aunque, ¿por qué no? Más de una directora de escuela debería ser testigo de una en sus narices, para aprender un poco de humildad) sino de reclamar lo que merecemos: una educación justa, digna, rica, diversa, equilibrada, que nos transforme en esos profesionales que deseamos ser, y que nos permita salir a la calle, a la comunidad, con todas nuestras cartas en la mano.

Piénsenlo bien. ¿Cuántos de ustedes sienten que tienen todas esas cartas en la mano, que pueden desempeñarse donde sea y cómo sea? ¿Y cuántos de ustedes se sienten vacíos, carentes de herramientas, incapaces de buscar más posibilidades porque no tienen formación? Piénsenlo bien ¿Por qué creen que eso ocurre? ¿No pensaron que quizás no interesa que haya gente pensante, bien preparada, parándose en el mundo? ¿No pensaron que hay muchos que prefieren tener a su mando un rebaño de corderos asustados, incapaces de dar un paso más allá del límite impuesto porque no tienen con qué sustentarse?

El segundo espacio del que les hablaba son las organizaciones. Las creadas y las potenciales, no creadas aún. Las primeras responden a unos socios, a unos representados, y son ellos los que deben pedir a sus representantes las acciones pertinentes para que el nivel profesional crezca y mejore, para que las condiciones laborales sean justas, para que existan instancias de publicación de trabajos, para que se difundan las oportunidades de becas y subsidios a proyectos. Y no se trata de que las organizaciones nacionales / regionales organicen, muy de vez en cuando, un Congreso al que lleven grandes nombres de la bibliotecología. No se trata de eso. Tampoco se trata de que esos representantes exhiban su rango como pavos reales. Se trata de que esas personas —colegas nuestros, recuérdenlo siempre— realmente nos representen, y hagan lo mejor por nosotros.

Las segundas, las organizaciones potenciales, son aquellas que podríamos crear si quisiéramos, si nos organizáramos, si dejáramos de competir por ver quién tiene el mejor currículum o más "cartel" y aunáramos fuerzas para mejorar nuestra disciplina.

Miro el panorama latinoamericano y veo muchísimos recursos humanos muy valiosos que se están desperdiciando porque luchan cada uno por su lado, aisladamente. Y veo muchísimos grupúsculos que se dotan de nombres altisonantes y que siguen sin aportar nada a la profesión, excepto alguna noticia de vez en cuando.

Esas son nuestras arenas de lucha, nuestras oportunidades para reclamar, para construir, para aportar esas ideas que muchas veces callamos por miedo, vergüenza o cansancio. Esas son posibilidades que no podemos seguir dejando escapar, porque las oportunidades, como las aguas de un río, jamás retornan.

Ustedes se preguntarán que hace este que les escribe en relación a todo lo que dice. Este que les escribe ya se dejó la piel a tiras intentando cambios y luchando por espacios. Y algunos logró. Ahora sólo resta sembrar semillas en otros corazones y poner bombas en otras mentes, para volar muchas cadenas, quitar muchas mordazas... Para que la búsqueda no se olvide, para que el tedio y el sinsabor no se nos haga costumbre, y para que nunca aceptemos el desequilibrio y la injusticia de vernos ninguneados. Porque somos valiosos. Porque somos importantes. Cada uno de nosotros.

Un colega, hace un tiempo, escribió que "otra bibliotecología es posible". Pero si seguimos estancados y no movemos nuestras piezas en el tablero, jamás vamos a adelantar un solo paso. Hay mil opciones: blogs, listas de distribución, wikis, grupos de trabajo regionales, colectivos de estudiantes, centros de investigación oficiales o no, talleres populares, aulas abiertas, revistas libres, boletines... Hay muchísimas opciones.

Basta con escoger una y comenzar a bregar por esa profesión que queremos. Tal y como la queremos. Ni un punto menos.

Y quizás este que les escribe vuelva a tomar sus armas y se pliegue activamente a alguna de estas propuestas. ¿Quién sabe? Uno nunca pierde las esperanzas de volver a caminar algunos senderos nuevamente.

Junio 06, 2007

¿Una carrera que desaparece?

Es habitual encontrar, de vez en cuando, comentarios, artículos y mensajes de lista de correo profesional que tocan un tema delicado y espinoso: ¿desaparece la bibliotecología como carrera? ¿Desaparece nuestra profesión?

Los debates que se generan a partir de tales preguntas —quizás buscando una respuesta alentadora— exponen todos los puntos de vista posibles, pero en pocos casos llegan al meollo de la cuestión. No pretendo aquí, como pueden suponer, lograr tal hazaña, ni dar respuesta a una pregunta que quizás no la tiene. Sólo busco anotar unas pocas reflexiones al respecto que, tal vez, hagan que reconsideremos algunas cuestiones de fondo que en escasas ocasiones son puestas sobre el tapete.

Los mensajes apocalípticos —del estilo "se acaba el libro en papel", "desaparecerán los bibliotecarios"— suelen darme mala espina, no porque estén anunciando el fin de algo (los finales de las cosas suelen llegar paulatinamente, no de repente, y generalmente no se anuncian con ninguna señal) sino porque permiten medir la temperatura de un problema. Como si fueran una fiebre. En este caso del que les hablo, el problema es serio. Por un lado, decrece el número de alumnos en las escuelas de bibliotecología terciarias y universitarias. Por el otro, el número de colegas desempleados o que nunca encontraron un primer trabajo también aumenta.

Sin embargo, las bibliotecas siguen existiendo y siguen trabajando como siempre.

El problema no es sencillo, sino que presenta varias cabezas, como aquella hidra a la que se enfrentó Hércules en sus míticos trabajos. Si no somos capaces de golpearlas a todas —cómo hizo el héroe en la leyenda— nuestro destino será ser atrapados y devorados. Y no, no se trata de otro mensaje apocalíptico, sino de una advertencia que todos sentimos en la piel, que todos conocemos, pero que pocos se encargan de asumir y solucionar.

Una de las cabezas del monstruo —permítanme jugar con la alegoría— es la pobre formación que recibimos en nuestras instituciones educativas superiores, tema del que ya he hablado hasta el hartazgo pero que requiere mención aquí también. Salimos capacitados para ser meros técnicos, con pocas competencias en el mercado laboral y profesional. En el ámbito académico somos casi invisibles, inexistentes: me he cansado de oír, en mi propia cara, cómo muchos investigadores y docentes de otras disciplinas preguntan si es posible la investigación en bibliotecología. Noten que, curiosamente, en América Latina existen pocos centros de investigación especializados en bibliotecología (yo conozco cuatro, y suelen conformarse como espacios académicos bastante cerrados); son pocas las revistas que siguen publicando artículos a nivel regional (sobre todo aquellas en formato de acceso abierto), y son muchas las que han ido desapareciendo en el último lustro; son pocas las propuestas de construcción de espacios y ámbitos de reflexión; son pocos los congresos y reuniones que organizan talleres y plantean estrategias de acción conjunta. Últimamente, además, he visto el resurgimiento de una tendencia que se viene insinuando desde hace mucho, pero que

ahora se ha vuelto más fuerte: voltear la cabeza hacia España, "madre de todos los saberes". En sus listas se discute "mejor", sus webs bibliotecológicas son "exitosas", sus revistas tienen "categoría". Y que conste que no tengo nada contra España. Pero estamos abandonando nuestros espacios y nuestras propuestas regionales.

Hace falta aprender más, renovar y revitalizar los currículos educativos, revivir nuestras revistas, abrir los centros de investigación o crear otros nuevos, mejorarnos, capacitarnos... Hace falta, por una vez en la vida, apostar por nosotros.

Otra cabeza es el descrédito que nosotros mismos echamos sobre nuestra profesión. Muchos colegas no creen en sí mismos y en sus posibilidades, y así, sus puestos son ocupados por administrativos, docentes, informáticos y otros personajes que no estaban tan preparados para esas funciones, pero que creyeron en sí mismos. Comenzar a creer en nuestras fuerzas y nuestras manos pasa por un esfuerzo personal, pero también debemos ser concientizados en las escuelas. Porque, si nos educan para ser el último orejón del tarro, eso seremos, y nada más.

Otra cabeza —a la que es muy difícil combatir— son las pésimas condiciones laborales a las que se enfrentan los profesionales de la información en la actualidad: los bajos sueldos, la corrupción, los abusos que no pueden denunciarse... En este aspecto, es hora de que las asociaciones nacionales —allí donde existan— comiencen a luchar por los derechos de sus representados, por proyectos de ley que amparen y regulen el desempeño profesional. Es hora de que se creen espacios de debate y participación en los cuáles los bibliotecarios puedan decidir su futuro y su presente, sus pasos a seguir y

su realidad actual. Es necesario que las asociaciones y organizaciones regionales dejen de existir para figurar y comiencen a existir para trabajar. Conozco muchísimos asociados a este tipo de entidades que me cuentan, confidencialmente, que han pagado por años las cuotas societarias para recibir nada a cambio. Lo cual, por cierto, desanima al más animoso.

No sé si una solución para este problema es la colegiatura o el sindicato. He visto el funcionamiento de algunos, y he notado la corrupción dentro de ellos también. Hace falta otra cosa: estructuras horizontales sólidas, equipos de trabajo proactivos, gente con ganas de trabajar, búsqueda de consenso, discusión constructiva y propuestas tangibles. Y espacios de denuncia pública de las malas prácticas. No se trata de seguir regando la maceta del politiquerío bibliotecario, amiguista y nepotista. Se trata de comenzar a construir espacios limpios de esa suciedad, espacios en los que no se cierren puertas a fulano o a mengano "porque no son mis amigos".

Otra cabeza más es la falta de información y apoyo a los profesionales. Fíjense qué curioso: las convocatorias más importantes a trabajos, a becas, a pasantías... pocas veces se difunden. Quedan en un círculo cerrado, entre amigos y conocidos que comen, todos ellos, del mismo plato, y que generan un sistema de favores y deudas que me recuerda mucho a los estamentos feudales de la alta Edad Media. Con el apoyo pasa lo mismo: los bibliotecarios de campaña y de trinchera —los populares, los rurales, los escolares— son grandes olvidados que escasamente reciben soporte por parte de escuelas, asociaciones o colegas. Muchos de ellos siguen solos sus caminos y

encuentran escasas posibilidades de pedir ayuda o colaboración para sus problemas, los cuáles —se los aseguro— son mucho más grandes de lo que muchos imaginamos.

Estoy hablando de una verdadera exclusión, basada en criterios valorativos tan injustos como "ámbito de trabajo", "entidad en la que se educó" (o incluso "nivel de educación"), "pensamiento", "amigos" y un largo etcétera que todos, de una u otra forma, conocemos.

Se necesita un poco de solidaridad, y una revisión profunda de los objetivos de las grandes organizaciones bibliotecarias (organizaciones verticalistas a las que me opongo por naturaleza, dado mi pensamiento anarquista). Si esas estructuras se volvieron horizontales y comunitarias, y comenzaran a tener en cuenta a todos, igualitaria y equitativamente, los olvidados dejarían de serlo, y seríamos muchos más a la hora de definir políticas nacionales, estrategias de acción, foros de discusión o espacios de trabajo e investigación.

Se me ocurren muchas "cabezas" más, las cuáles dejo a su reflexión e imaginación. Son varios problemas de fondo que siempre tocamos tangencialmente, pero que pocos se animan a tratar o a abordar. Mientras continuemos conviviendo diariamente con esos males, nuestras fuerzas irán disminuyendo, y terminaremos considerando a la bibliotecología como una mera profesión que, con un poco de suerte, nos puede dar de comer. Nada más.

Y no sé ustedes, pero trabajar para comer me sirve por una temporada. Luego me cansa, más tarde me decepciona, y finalmente termina deprimiéndome y me provoca el deseo de abandonar todo. Porque, si bien el pan es necesario para vivir, necesitamos algo más que nos empuje a levantarnos de la cama cada mañana y salir de casa para seguir viviendo (que es diferente de "seguir sobreviviendo"). Intentemos buscar esos motivos, intentemos borrar las sombras que empañan nuestro orgullo y nuestras ganas.

¿Cuál es la respuesta a la pregunta que originó esta entrada? No lo sé. Ojalá la tuviera. Sólo sé que si no comenzamos a trabajar activamente en la solución de estos problemas de fondo, no tardaremos en encontrarla. O, mejor dicho, ella no tardará en golpeararnos la cara con su realidad. Algo que será doloroso, sin duda alguna.

Junio 21, 2007

A través de tierras andinas

—¿Tú soplas eso?

La pequeña —que, según me dijo después, se llamaba Alison— señalaba con su manito de dos años y pico las enormes zampoñas —flautas de Pan andinas— que descansaban a mi lado, unas flautas que superaban su estatura en unos cuantos decímetros. Estaba sentado en la Plaza Murillo, en el corazón de La Paz (Bolivia), en unas escaleras repletas de pacheños de todas las edades que descansaban mirando a los cientos de palomas que deambulaban por la plaza picoteando el maíz que les echaban los transeúntes. Frente a mi estaba el Palacio de Gobierno, de cuyo balcón pendían la bandera nacional y una enorme *wiphala*, la bandera de los pueblos originarios andinos, cuadriculada y llena de colores. A la derecha, la catedral, y entre ella y yo, un mundo de gente: viejos vendedores de helados que empujaban pesadamente su carrito, ofreciendo su mercadería a un peso boliviano, o mujeres con enormes hatos cargados en su *llijlla* (especie de manta multicolor en la cual puede envolverse tanto un niño como cinco kilos de fruta o un becerro), o "celulares vivientes", esos personajes de chaleco verde fosforescente que portan un teléfono móvil desde el cual el público puede llamar por un precio módico.

Alison sació su intriga acerca de mi persona —*q'ara*, o gente de piel blanca— y mis flautas, y se fue tan tranquila a seguir curioseando otras esquinas de la plaza, o quizás

a perseguir a las palomas. Yo terminaba, ese mismo día, mi estancia de una semana en La Paz, y levantaba pesadamente mi equipaje para dirigirme a la terminal de buses, desde la cual un vehículo me tragaría dentro de su estructura metálica unas 20 horas antes de escupirme —cansado, malhumorado y polvoriento— en el pueblo fronterizo de Villazón, desde el cual cruzaría la frontera para ser engullido por otros dos buses argentinos que, luego de otras 20 horas, me dejarían en mi casa. Así son los viajes: no sólo paisajes y experiencias bonitas, sino también largas distancias, mucho tiempo, riesgos que algunos no evalúan o imaginan (y que nadie cubre), hambre, suciedad, ruido, escaso descanso... Es una elección de vida, por cierto, pero dista mucho de ser una simple aventura, aventura que muchos me dicen querer vivir pero que pocos viven, a la hora de la verdad (siempre se elige la comodidad ¿no?).

Bolivia me convocó para un curso acerca de bibliotecas para comunidades indígenas. El curso fue organizado por el CEDOAL (Centro de Documentación en Artes y Literaturas Latinoamericanas) del Espacio Simón I. Patiño, una Fundación Cultural asentada en La Paz, financiada con fondos del antiguo "rey del estaño" boliviano del mismo nombre. La Fundación organiza anualmente algunas actividades relacionadas con bibliotecología, y la mía cerraba el ciclo 2007 con una temática de mucho interés, ahora mismo, en Bolivia. Si bien —respetando mi filosofía de trabajo— he colocado en línea mis materiales sobre este tema desde hace tiempo, son varias las organizaciones que me invitan para explicar tales contenidos en forma personal a los asistentes de sus actividades. Parece ser que la cultura oral, la explicación directa, la reflexión, la participación y el debate del formato "taller" todavía siguen atrayendo mucho más que

un simple texto. Así que, aceptando la propuesta del CEDOAL, generé un Taller en La Paz.

El CEDOAL cuenta con una biblioteca especializada en arte y literatura, especialmente bolivianas, pero que incluye además otros escenarios latinoamericanos. Además, el Espacio Simón I. Patiño cuenta con una biblioteca especializada en cómics, y un ambiente de exposiciones artísticas, difundiendo, asimismo, mucha información sobre las vanguardias bolivianas. Las actividades me recordaron mucho a las que organizan ciertos institutos extranjeros en Córdoba; si bien no suelen ser mis favoritas, debo reconocer que proporcionan puntos de encuentro y de contacto a muchas personas.

Dado que el taller tenía lugar por la noche, tenía todo el día para recorrer y reconocer La Paz, y muchas invitaciones de colegas y amistades para realizar visitas que ampliaran mis conocimientos. Sin embargo, los museos, las bibliotecas y los paseos no me dieron tanto como el contacto humano con la gente de la calle, o con los propios participantes del curso.

Fue el caso de la viejita que vendía granos en el Mercado Camacho, la cual me explicó el nombre de cada uno y su modo de preparación. O el de los vendedores de instrumentos musicales de la calle Linares, con los cuales miré y remiré cañas y cuerdas en busca de un par de artefactos sonoros que faltaban en mi colección de instrumentos andinos. La ciudad me envolvió y me atrapó, y aunque sus olores, sus ruidos, sus sabores, sus comportamientos, sus espacios y sus colores eran completamente distintos de aquellos a los que yo estaba acostumbrado, todavía

conservo la capacidad de adaptación y de comprensión que permiten evitar las comparaciones y decir que algunas cosas son mejores y otras peores. Me di cuenta de que estaba pisando un mundo nuevo, un mundo distinto, con otras normas que aprender, con otras reglas que conocer. Algunas no me gustaron en absoluto, pero aún así, anduve las calles aprendiendo en cada esquina, registrando en mis pupilas todo lo que me cruzaba, riéndome o enojándome con esto o aquello. Si lo piensan bien, la única forma de aprender realmente de las experiencias es ésta.

En mis andanzas me deleité con la enorme colección de instrumentos musicales del Museo especializado situado al inicio de la empinada Calle Jaén, una calleja empedrada y peatonal que conserva todo el sabor de la ciudad colonial. Allí, en ese edificio, recorrí la colección más alucinante de elementos musicales que puedan imaginarse, y que ha organizado a través de los años el célebre charanguista Ernesto Cavour. Afortunadamente para mí, existía una sección en la cual se permitía al visitante golpear, pulsar y soplar algunos instrumentos caseros, que hicieron mis delicias. Pero más allá de eso, desfilaron ante mis ojos rasgos de una herencia cultural de milenios que aún siguen vivos en muchos rincones de nuestra América.

Otros rasgos que también desfilaron frente a mi rostro asombrado fueron los textiles, las máscaras y los adornos plumarios exhibidos en el recientemente reinaugurado Museo de Etnografía y Folklore. Las colecciones —exhibidas de forma gratuita— muestran distintas facetas de los pueblos indígenas actuales de las tierras altas y las tierras bajas bolivianas. En estas últimas aún viven un alto número de etnias que conservan —a pesar del fuerte embate de los grupos religiosos— sus pautas y formas

de vida tradicionales. De allí provenían máscaras bellísimas, aunque los adornos de plumas y los disfraces que caracterizan a las danzas del altiplano y los valles altos bolivianos son casi insuperables, tal es el derroche de colores e imaginación que exhiben.

La biblioteca del Museo es parte de REDETBO (Red de Información Etnológica Boliviana), que agrupa a entidades como APCOB (en Santa Cruz), la Biblioteca Etnológica de la Universidad Católica Boliviana (Cochabamba), CEPA (de Oruro), CER-DET (de Tarija), CIDDEBENI (de Beni), y CIPCA, MACPIO y THOA (de La Paz), además del citado MUSEF. Esta Red ya cuenta con un Catálogo Etnológico sobre Pueblos Indígenas de las Tierras Altas y Bajas de Bolivia, uno de cuyos ejemplares me llevé como obsequio. Recorrer la colección del MUSEF fue encontrarme con verdaderas reliquias, con tesoros únicos, con textos que condensaban y reflejaban bellezas culturales de las tierras bolivianas. El poder de la biblioteca —el de conservar la memoria de los pueblos, el de transmitir sus recuerdos y sus valores— quedó, ante mí, desvelado y expuesto.

La Biblioteca Municipal de La Paz —en plena Plaza del Estudiante, a metros de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA)— compartió conmigo sus planes estratégicos, sus estructuras que se renuevan, sus ganas de hacer, sus problemáticas, y, sobre todo, su acervo antiguo, que me hizo emocionar hasta las lágrimas. Imaginen enormes estanterías de varios metros de altura, y allí, en tomos encuadernados en cuero, antiguas letras con antiguas historias, caligrafías de siglos, títulos en latín. Imaginen el olor característico de esos volúmenes, la luz que se filtra de a poco, el

silencio y las voces que parecen salir de los libros para llamarnos y contarnos cosas. ¿Lo sienten? Esa magia de los libros antiguos es la que sentí yo allí. Y si bien me opongo completamente a que los tomos sean guardados celosamente como en museos, dudo que sea éste el caso. Los libros allí seguían vivos, y con esa vida me llamaban.

El interés por las culturas andinas me llevó a revolver librerías buscando cuentos —en especial la edición de narraciones de pueblos originarios publicadas por Liliana de la Quintana y su productora, Nicobis— y ediciones bilingües, y me empujó a transitar todos los pasillos de la Casa Montes —una de las sedes de la UMSA— en busca de algún manual para aprender la lengua aymara y la quechua. Con estos últimos materiales dí un día antes de mi retorno, gracias a la inapreciable ayuda del director del Instituto de Estudios Bolivianos, que me recibió en su despacho con un abrazo y una sonrisa. Esos materiales son los que ahora mismo curioseo, intentando pronunciar los sonidos glotales que caracterizan a ambas lenguas y las vuelven únicas.

Fue el mismo interés en las culturas andinas el que me llevó a las ruinas de Tiwanaku, la antigua ciudad emplazada cerca del Titicaca, sobre la cual se han tejido tantas teorías. Allí llegué por mi cuenta y riesgo, evitando los tours turísticos y siguiendo la ruta que seguiría cualquier boliviano (lo cual no estuvo libre de serios problemas, por cierto). Allí, entre aquellas ruinas monolíticas, me encontré con la puerta del Kalasasaya, y con las cabezas-clava del templete semisubterráneo —que, según dicen, tienen todas rasgos diferentes, y representarían a la humanidad que creó el mítico Wiraqucha— y con enormes monolitos con rasgos humanos y cubiertos de dibujos en

relieve. Pero el mejor momento del viaje fue encontrarme frente a frente con la mítica Puerta del Sol, y mirar a los ojos a esa deidad milenaria que, tallada en el dintel, ve pasar los siglos con sus brazos abiertos y la cabeza rodeada de rayos. Muchos dicen, interpretando algunos bajorrelieves de su cara, que es un dios que llora. A mí, al menos, no me lo pareció. Me pareció que me sonreía, más hermoso que nada en el mundo, a pesar de su pequeño tamaño y sus rasgos borrosos por la erosión y los siglos.

Pero más allá de todo esto que les he contado, y del *suruqchi* (mal de las alturas) que me golpeó cuanto quiso, y de los mercados en los que se vendía de todo —desde piezas de cerdo y cabezas de oveja hasta calzado y ropa—, y del tráfico caótico de La Paz, y de los cientos de pequeños buses que proclaman sus destinos y precios a los gritos, y del río Choqueyapu convertido en un hilo de agua muerta, la mejor experiencia la tuve con la gente que me crucé en el camino, en especial dentro de clase, en el Taller. Allí me encontré con personas que estaban interesadas en las temáticas que a mí me hacen andar, me hacen moverme. Personas que me miraban a los ojos cuando hablaba, personas que compartieron conmigo sus dificultades y sus dudas. Jóvenes estudiantes de Historia, mujeres indígenas pertenecientes a fuertes movimientos sociales, bibliotecarias y bibliotecarios de todo tipo de institución. Todos ellos participaron desde su marco, con sus preocupaciones, con sus experiencias... No, no seré cándido: quizás muchos ni siquiera prestaron atención; quizás a otros ni les importó lo que se dijo allí; quizás algunos se rieron de mis pensamientos y mis opiniones. Pero eso ocurre siempre, incluso en esta misma bitácora, con aquellos que eligen leerme. Lo bueno, lo mágico quizás, fue que para unos pocos, mis palabras y mis silencios, mis ideas y mis experiencias, sirvieron de base para imaginar otros caminos,

otras posibilidades. Y, si en un grupo de 40 individuos, uno siente que valió la pena escuchar, atender y preguntar, este aprendiz de docente que les escribe siente y piensa que, entonces, valió la pena viajar cientos de kilómetros, con sus decenas de horas de cansancio y sinsabores, para pronunciar un puñado de palabras.

De esto —del encuentro con un magnífico puñadito de personas— se trató mi viaje a La Paz. Sin embargo, ningún viaje es igual a otro. Cada individuo, en distintos momentos, lo ve desde una óptica diferente, y cada vez, a cada paso, se aprende algo importante, o se desaprende. No, no enseñé nada nuevo sobre bibliotecas y comunidades indígenas: sólo rescaté dos cosas importantes, que muchos parecen haber olvidado. Una es que la nuestra es una profesión que se basa en la vocación y en el servicio. La otra es que si queremos cambiar algo de nuestra realidad, debemos empezar por cambiar algo dentro nuestro. Porque, si no empezamos por eso, poco podremos hacer. Y ambas cosas tienen que ver con las personas, con aquello que pasa dentro de cada una, por aquello en lo que decide creer.

Quizás sea por eso por lo que sigo creyendo en la gente, a pesar de todo, y con todo lo que ello significa.

Junio 22, 2007

Desde un camino de silencios...

Más cosas veo en los últimos tiempos, y más cosas dejo de lado, y más abandono los senderos transitados y busco los propios, intentando recordar que los caminos llenos de ruido y de público a veces no son los mejores...

Bibliotecas especializadas en literatura infantil, con gran renombre y mucho financiamiento, pero vacías de niños, vacías de risas, vacías de manitos que revuelvan los estantes y se fascinen ante los dibujos coloridos y los textos mágicos. Eso veo, y eso me entristece, me cansa.

Cursos profesionales destinados a latinoamericanos, financiados con fondos logrados a través de la explotación de latinoamericanos (de otros, por cierto; de esos que no pueden acceder a un curso de formación profesional). Eso veo, y eso me duele, me hastía.

Publicaciones periódicas académicas que buscan ser populares pero que escriben en términos que nadie comprende, y que se centran en la "excelencia", las "nuevas tecnologías", la "normalización" y demás instancias que suelen generar competiciones, escalas de "mejores y peores". Publicaciones que, al buscar eso, no sólo no son populares, sino que buscan lograr la "exclusividad" de ser de unos pocos y para unos pocos. Eso veo, y eso me da asco, me decepciona.

Fundaciones dedicadas al fomento de la lectura que aún no entendieron de qué se trata la lectura y que, después de décadas de autoritarismo y dictadura regionales, parecen no haber despertado de esa pesadilla y perpetúan en sus políticas y sus acciones todas esas nubes negras de prohibiciones, de límites, de presiones... Eso veo, y eso me aterroriza, me da miedo.

Listas de correo que nacieron para la libre difusión de noticias, pensamientos y decires, pero en las cuales la censura aumenta, aumenta y aumenta, cada vez más, cada día un poco más. Cada vez un poco más de control, cada día un filtro más. Eso veo, y eso me repugna, me enerva.

Profesionales que jamás abren la boca para aportar ideas y construir futuros, pero que desperdician sus palabras y sus escritos en condenar nimiedades, en comentar novedades que a nadie importan, en felicitar al otro sólo por el compromiso de quedar bien. Eso veo, y me siento vacío, me siento ausente.

Estructuras internacionales que olvidan a más de la mitad (la mitad meridional) del planeta, que siguen creando políticas avasalladoras, que siguen perpetuando el colonialismo y el imperialismo, que siguen sin tenernos en cuenta, pero que, a pesar de todo, son consideradas como "las más respetables". Eso veo, y entonces borro de mi piel todos esos nombres, todos esos vínculos, todas esas manchas.

Colegas latinoamericanos que nos "representan" en foros y ámbitos regionales y mundiales sin representarnos en absoluto, sin trabajar, sin establecer vínculos.

Ausencias y holgazanerías de todos conocidas y por todos aplaudidas o aceptadas como inevitables. Eso veo, y recuerdo con tristeza mis labores y trabajos de antaño, en los que busqué algo llamado "compromiso".

Becas cedidas —y adjudicadas— para proyectos que benefician a un grupo mínimo de personas ya beneficiadas por la sociedad en general. Proyectos descartados que buscaban beneficiar a grupos vulnerables... Eso veo.

Veo el reino del "listo", del "vivo", del "más rápido", del "más pillo". Veo el reino del olvidado, del marginado, del silencioso, del que prefiere no darse por aludido. Dos reinos puestos uno al lado del otro. Reinos de hipocresía, reinos de mentiras. Reinos cotidianos que muchos no quieren ver para no pensar lo que yo pienso ahora, para no decir lo que yo digo en estas líneas, para no gritar lo que yo grito a veces en la soledad de mi escritorio.

Poco a poco, hay senderos que he dejado de transitar, y hay espacios en los que evitaré dejar mis huellas. El antiguo refrán decía que si no puedes contra ellos, debías unirteles. Refrán odioso, si los hay: refrán de traición a uno mismo, refrán de cobardía. Creo que prefiero la fidelidad a las ideas y a los valores propios, aunque eso signifique caminar por una calzada de otro mundo, una calzada no señalada en los mapas comunes; esa en la que uno puede ser quién es sin tener que renegar de ello para poder dar un paso más.

Poco a poco, estas dos manos que aquí escriben han dejado de hacer muchas cosas, limitándose al pequeño puñado que todavía vale la pena. Quizás la alegría de renunciar y de reservar las energías para esas pequeñas actividades está en ser consciente de que éstas, sólo éstas, merecen el esfuerzo y la dedicación. Para las demás, hay muchas otras manos dispuestas. Manos que llegarán, incluso, a olvidar el significado de la palabra "amistad", "solidaridad", "compañerismo" o "compromiso" con tal de lograr ser incluidas y "reconocidas".

Desde este nuevo camino les saludo, con la promesa de otras historias venideras, de otras noticias, de otros relatos que, aunque quizás tengan menos que ver con el mundo "visible" de las bibliotecas y los libros, tendrán mucho que ver con ese universo "invisible", olvidado, cotidiano, casi oculto... Ese que tantos colegas viven a diario: el que da las mejores recompensas sin tener, como precio, la venta del alma al diablo.

Agosto 01, 2007

Bibliotecas e indigentes

Durante las improvisadas "vacaciones" que me he tomado durante el mes de julio —que de descanso tuvieron poco, pero que me dieron un respiro para poder leer y ponerme al día con muchas actividades— encontré, en mi colección de la revista estadounidense *Progressive Librarianship*, unos cuantos artículos que me llamaron la atención.

Progressive Librarianship es una publicación editada por *Progressive Librarian Guild*, un grupo que funciona en el Norte desde hace décadas, y que agrupa a personalidades de la bibliotecología "progre" como Mark Rosenzweig (el autor de los famosos "10 puntos de Viena", el decálogo de los bibliotecarios progresistas) o John Buschmann, entre otros. *Progressive Librarianship* ha publicado artículos de bibliotecarios radicales como Sandford Berman (un crítico lúcido e incansable de los sistemas de catalogación, sobre todo de sus pudores en cuanto a temas sexuales) o Shiraz Durrani, más centrado en las problemáticas informativas y sociales de África. Si bien los artículos suelen centrarse en problemáticas estadounidenses y están escritos en inglés —lo cual puede representar un par de barreras para muchos bibliotecarios latinoamericanos— la revista aborda, en muchas ocasiones, temáticas comunes a la profesión global. Como la que he seleccionado para esta entrada: los indigentes y las bibliotecas públicas.

El artículo es de Karen Venturella, una referencista de ciencias sociales de la biblioteca pública Queens Borough de Nueva York, que antes de ser bibliotecaria había trabajado en Filadelfia con indigentes o "sin techo" ("homeless people", en inglés). El artículo fue publicado en el verano (boreal) de 1991, en el nº 3 de la revista (pp. 31-42) y ofrece un abordaje a una temática peliaguda: ¿cómo debemos tratar los bibliotecarios en general, y los del ámbito público-comunitario-popular en particular, a las personas sin techo que buscan refugio en nuestras bibliotecas?

La pregunta carga de por sí un tinte discriminador. ¿Es que debemos tratarlos de alguna forma especial, siendo como son, lectores como el resto, y siendo la biblioteca (particularmente la pública, o de universidades públicas, o de instituciones públicas) una institución creada y pensada para satisfacer las necesidades de toda la población? Parece ser —de acuerdo al artículo de Venturella— que este tema comenzó a preocupar a los bibliotecarios estadounidenses desde hace décadas, y que ya en los 80' la ALA (*American Library Association*) comenzó a organizar talleres al respecto. El problema parecía apuntar a que muchas personas "sin techo" sólo buscaban refugio en la biblioteca, y no información. Por otra parte, eran muchos los usuarios tradicionales de esas instituciones (y los propios bibliotecarios) que se quejaban por la presencia de individuos que, según ellos, "carecían de higiene", "se comportaban indebidamente", "eran inadaptados sociales", "daban miedo", "portaban enfermedades infecto-contagiosas" y un largo etcétera de preconceptos sumados a incomodidades y problemas reales (como por ejemplo, personas "sin techo" que ocupaban varias sillas de la sala de lectura para dormir). De acuerdo a la directora de la biblioteca pública de Salt Lake City, Glenda Rhodes...

Después de que los bibliotecarios comprendieron la inutilidad de pedir ayuda a las agencias gubernamentales, cuyos recursos económicos han sido severamente disminuidos, y después de recordarse a sí mismos que la apariencia o el estatus económico no son criterios para limitar el uso de la biblioteca, se desmoralizaron... Los trabajadores de la biblioteca se cansaron de despertar gente y se frustraron de tanto oír las quejas de otros usuarios...

Algunos comentaristas estadounidenses, según cita Venturella en su texto, se opusieron a que la biblioteca se hiciera cargo de sus usuarios "sin techo". Es el caso de Herbert White, quien expresó que "no debemos aceptar como propio un problema que no es nuestro" y que concierne a otras agencias estatales. Muchos colegas no deseaban convertirse en trabajadores sociales, un rol que, según ellos, no les correspondía. Tampoco querían hacerse cargo de una problemática que, desde su punto de vista, nada tenía que ver con ellos ni con sus actividades.

Joe Greiner planteaba el problema en estos términos: "Por un lado, está la responsabilidad de mantener un ambiente seguro, agradable y amigable para todos los usuarios de la biblioteca, y por el otro, está la responsabilidad de la biblioteca de actuar como una agencia social democrática". Es importante recordar, además, lo que señalaba Patsy Hansel, presidenta de la Asociación de Bibliotecas de Carolina del Norte: "algunos de nuestros usuarios sin techo usan la biblioteca apropiadamente, y otros no, tal y como ocurre con algunos de nuestros usuarios más fieles".

No hay líneas-guía de acción ni prácticas comunes sobre este tema. Hay tantas formas de tratar con estos usuarios como bibliotecarios existen. Esto ocurre porque son muchas las bibliotecas que no cuentan con políticas definidas al respecto.

Muchos profesionales aceptaron que los problemas de su sociedad son sus propios problemas, lo cual, desde mi punto de vista, es una manera bastante comprometida y correcta de hacer política cotidiana y de participar en la misma en forma activa. El principal punto era buscar asesoramiento de entidades y organizaciones gubernamentales o civiles que proveyeran de información acerca de cómo asesorar y aconsejar a los "sin techo", lo cual no deja de ser una manera de brindar ayuda. La respuesta fue bastante vaga y frustrante, de acuerdo al artículo de *PL*. Aún así, continuaron su búsqueda, porque reconocieron que los individuos "sin techo" poseen necesidades de información y requerimientos específicos, y son el resultado de una crisis que nos incumbe a todos, algo que muchas otras bibliotecas no supieron reconocer.

En general, las bibliotecas (públicas, en especial) están comprometidas con dar respuesta a las necesidades de información del público. ¿Incluye tal cosa la provisión de información sobre dónde conseguir comida, refugio y abrigo? La Biblioteca Pública de Dallas creyó que sí, y organizó una base de datos, en colaboración con otras agencias estatales, en la cual se listaban servicios y opciones para los sin techo. Mary Bundy organizó un curso para estudiantes de bibliotecología en la escuela de la Universidad de Maryland, enseñándoles como responder a las necesidades de información de los indigentes. El listado se extiende, y enfatiza los aspectos

profesionales e informativos de la institución "biblioteca" en relación con los más desfavorecidos de su propia comunidad.

Por otro lado, ¿qué servicios, espacios y actividades de extensión pueden ofrecerse a los "sin techo" desde la biblioteca? La biblioteca de Haverhill, en Massachusetts, fue directamente al grano. En una ciudad con unos 150 indigentes (hablo de 1991, fecha del artículo que cito), la biblioteca destinó una sala específicamente para alojar y atender a los "sin techo", con capacidad para unas 20 personas. El ejemplo fue citado en periódicos como el *New York Times* (19.01.1989). Otro proyecto similar tuvo lugar en la Biblioteca Pública de Milwaukee, la cual operó como un centro de día para los "sin techo", organizando servicios de información sobre trabajo y techo, y talleres para desarrollar destrezas laborales. La Biblioteca del Condado de Multnomah, en Oregón creó una sala de lectura con actividades puntuales para los indigentes, lo mismo que la del Condado de Shelby, en Tennessee. Como último ejemplo, la oficina de servicios especiales de la Biblioteca Pública de Nueva York organizó servicios de extensión para aquellos "sin techo" que estaban residiendo en "residencias para indigentes" dentro de la ciudad.

Muchas otras bibliotecas han ido más allá, organizando programas de refugio y comida para sus usuarios desfavorecidos, en especial dentro de aquellas ciudades donde los niveles de desamparados han escalado inusitadamente (p.ej. Tulsa, Dallas, Nueva York).

El artículo de Venturella concluye especificando que es necesario que las bibliotecas establezcan sus prioridades y sus políticas definidas en relación a este problema, dependiendo, evidentemente, de sus posiciones, de sus recursos y de sus conexiones en la propia estructura local.

Tras leer el artículo, me pregunté cómo reaccionamos nosotros, en América Latina (en mi caso, en Argentina) ante estas situaciones. Conozco un número alto de ejemplos en los cuáles la entrada es negada a la biblioteca, y casos de colegas que expresan abiertamente que esos no son problemas de su incumbencia. Pero también conozco innumerables casos de instituciones paralelas (p.ej. escuelas) que brindan ayuda, alimento y contención a sus niños más desprotegidos, insertas en forma comprometida en la dinámica del grupo social al que atienden.

Evidentemente, considerar al "niño de la calle", al indigente o al "sin techo" como un delincuente en potencia es una actitud errada, basada en un puñado de malas experiencias o en percepciones distorsionadas de un problema mucho más amplio. Es verdad que existen unas normas de convivencia y comportamiento que debemos hacer respetar, pero también es verdad que dejarnos llevar por preconceptos y prejuicios puede conducirnos sencillamente a la discriminación, a la exclusión y al olvido.

Reconozco que, en muchas sociedades de nuestro continente, no existen estructuras gubernamentales que se ocupen de dar respuesta a estas necesidades y que, por lo tanto, la biblioteca se encontraría "sola ante el peligro" si pretende abordar estas

situaciones. También sé —por propia experiencia— que los recursos siempre son pocos, y que destinarlos a problemáticas puntuales es irreal. Pero, en algún momento, debemos tomar partido, debemos posicionarnos, debemos pensar qué hacer y cómo hacerlo, y, sobre todo, por qué.

Sería de esperar que, a la hora de tomar esas decisiones, no permitamos que el peso de los prejuicios nos lleve a dar la espalda a personas que jamás tuvieron la oportunidad de decir si querían o no estar en esas situaciones tan desfavorables. Quizás baste con un poco de cordura, un poco de prudencia y de equilibrio a la hora de definir acciones. Pero quizás sea eso —cordura, prudencia, compromiso— lo que más nos falte en el mercado de valores de hoy en día.

Agosto 08, 2007

Sobre algunas "revistas académicas" mal entendidas...

He estado dando vueltas por Buenos Aires, mi ciudad natal, un lugar que nunca deja de asombrarme por sus contrastes, pero sobre todo, por una vida cultural que en el resto de la Argentina no está tan disponible (lo cual habla de una centralización de recursos en Buenos Aires que a mucha gente del resto del país no nos gusta mucho).

A mi regreso me encontré con una sorpresa en mi casilla de mail. Una revista latinoamericana de bibliotecología —que me había invitado a publicar en ella— había rechazado un artículo mío, por considerar que no se ajustaba a sus criterios académicos. Hasta aquí, nada anormal: son muchas las publicaciones que consideran que lo que escribo no es lo suficientemente correcto, algo que es la pura verdad. Poco de lo que escribo es bueno (buena prueba de ello son estas páginas, ¿verdad?) y no siempre me ciño a estándares "científicos" que, aunque conozco por mi formación previa como biólogo, me empeño en no respetar porque no siempre el lenguaje "científico" expresa información valiosa, y no siempre puede hablarse de bibliotecología usando ese lenguaje. El problema estuvo en la evaluación que me adjuntaron, realizada (en forma individual, algo asombroso para un *peer-review*) por una "gran persona" de una de las instituciones más "prestigiosas" de nuestro universo profesional.

Contarles que la evaluación estaba llena de preconceptos academicistas y de prejuicios sobre temáticas diversas sería decir poco. Quizás lo que más me asustó fue el punto en el cual se criticaba la ideología de partida, la bibliografía empleada y los autores elegidos y no elegidos.

En fin, para evitarles palabrerío, les resumiré lo que pude entender de la evaluación. Y lo hago desde mi propia posición de árbitro pasado y presente de revistas de bibliotecología.

Parece ser que para escribir un artículo "académico" debe partirse de una ideología neutral y científica, es decir, aséptica. Algo que, en artículos vinculados con prácticas sociales, es sencillamente imposible. Y algo que muchas corrientes bibliotecológicas de avanzada comienzan a considerar, incluso, como anti-ético.

Además, la interdisciplinariedad es evitada con la frase "eso no es bibliotecología", lo cual es un problema agregado a aquellos artículos que tomen prestadas experiencias, categorías y metodologías de disciplinas como la sociología, la antropología, la lingüística o la educación (pero no la estadística: esa luce como "más científica" y le queda bien a la bibliotecología).

La bibliografía consultada debe ser "de calidad", es decir, pertenecer a revistas o conferencias que figuren en bases de datos internacionales, o que tengan renombre y prestigio (¿y eso como se evalúa?), y que hayan sido publicadas bajo régimen de referato. Los artículos de acceso abierto son vistos como de "escasa o nula calidad",

aunque hayan sido referados previamente... lo mismo que aquellas revistas que, por buenas que sean, no figuran en las grandes bases de datos. Tampoco sirven las experiencias no publicadas (y las mejores experiencias escolares, por ejemplo, nunca son publicadas) ni las comunicaciones personales o las investigaciones que no estén fundamentadas sobre bibliografía, escrita y "de buena calidad" (busquen de eso en "bibliotecas indígenas", a ver qué encuentran...).

Los autores citados deben ser los más reconocidos dentro de la disciplina o temática. Si no se los cita, algo anda mal. Esto, por cierto, viola uno de los primeros principios del método científico, tal y como lo planteó Dalton hace siglos: no tener en cuenta a la autoridad precedente, y dudar siempre de ella, y desafiarla si es posible. (Afortunadamente para la ciencia actual, los más famosos científicos se olvidaron de sus predecesores y fueron llamados "grandes revolucionarios" y "mentes lúcidas"... pero en bibliotecología, eso es un pecado).

Debe citarse toda la bibliografía disponible, incluyendo las tesis. Esto sirve si uno trabaja en entidades con grandes bibliotecas y buena producción de tesis, pero... ¿qué pasa con aquellos que trabajan sin acceso a bibliotecas, disponiendo solamente de los recursos que pueden encontrarse en línea? ¿Y con aquellos en cuyas bibliotecas no está toda la información disponible? Parece ser que no pueden publicar, porque, como bien sabrán, no todas las tesis están en línea (y mucho menos las de bibliotecología), tampoco todos los trabajos de investigación... y ni siquiera muchas revistas académicas, que están bajo siete llaves (llaves caras, como bien saben).

Las ideologías como el "indigenismo", el "socialismo" o el "comunitarismo" deben evitarse. Los trabajos sociales son mirados con sospecha. Las herramientas cualitativas, más aún. Si los resultados no son expresados con cifras, no son creíbles: se trata del reino de la estadística y del número (aunque las últimas corrientes bibliotecológicas estén haciendo un énfasis gigantesco en la necesidad de usar herramientas que no conviertan al ser humano en una ecuación).

Hay mucho más, pero estas recomendaciones sirven para que muchos dejemos de escribir... para esas revistas, al menos. Parece ser que la receta está en armar un marco teórico con muchas citas bibliográficas de los más lucidos autores, desarrollar una experiencia que sea cuantificable (aunque se falseen o dibujen los resultados) y mantener un tono políticamente correcto, sin ideologías ni posturas visibles.

He leído muchos de estos artículos "académicos", que no son más que evaluaciones de experiencias numéricas dentro de instituciones, o temas similares. Y he leído muchos otros artículos, que intentan construir teoría, desafiar conceptos existentes. Esos artículos que hacen pensar, que proporcionan herramientas valiosas para ser aplicables y replicables en otras bibliotecas, son los que no se publican en las revistas "académicas", sencillamente porque "violan" (en todos los buenos y malos sentidos de la palabra) las normas existentes, las grandes y famosas "biblias" de la bibliotecología y el trabajo de muchos autores que no hacen más que dibujar números. No resto valor a las experiencias contadas en esas revistas: su revisión, y la extracción de normas generales a partir de casos particulares es la base de la Bibliotecología Basada en la Evidencia, una corriente de la que participo y que está cobrando cada vez más auge (y

que es totalmente "científica", dicho sea de paso). Pero considerar a eso como "académico" y al resto como "no académico" me parece una especie de discriminación.

¿Hasta qué punto tienen valor los artículos y las revistas "académicas"? ¿Hasta qué punto nos permiten crecer, informarnos, aprender? Y, sobre todo, ¿hasta qué punto nos hacen pensar? ¿Hasta qué punto no nos dan cosas fáciles, acordes con las normas vigentes, edulcoradas con muchas citas grandiosas y mucha bibliografía nuevita para que las creamos más importantes?

¿Qué pasa si tomo un artículo mediocre y lo sazonó con muchas citas de libros y revistas que nadie podrá acceder a leer, y con números cuya veracidad nadie podrá comprobar? ¿Se convierte automáticamente en respetable? ¿Y qué pasa si escribo sin eso, pero basándome en experiencias reales, en creencias e ideas chequeadas sobre el terreno? ¿Qué pasa si expongo abiertamente mi opinión y mi ideología?

Es interesante ver como muchas revistas de bibliotecología han ido muriendo en el silencio, cada vez menos consultadas, excepto por aquellos que prefieren decir "leí en tal revista" a decir "leí tal cosa". Y es interesante ver como muchas otras —pequeños boletines, publicaciones gratuitas de acceso abierto, e incluso blogs comunitarios y wikis profesionales— están teniendo un mayor valor y una consulta más amplia. Pregúntense por qué será. Quizás muchos prefieran leer realidades visibles (con sus aciertos y sus errores, pero humanas) en donde el autor es tangible y se lo ve como

humano, a leer historias en donde el autor es visto como un dios más allá del bien y del mal, escudado en bibliografía y en citas y en números.

Sigamos leyendo, sigamos escribiendo, sigamos publicando. Pero no olvidemos que el valor o la veracidad de una palabra están en ella misma, y no en el disfraz que le pongamos alrededor.

Por mi parte, seguiré intentando.

Un saludo cordial desde una Córdoba gélida...

Agosto 26, 2007

En el sur de África

"Siyabonga kakhulu", "Siyathokoza", "Ke a leboga", "Enkosi", "Asamte sana", "Ndi a livhuwa", "Baie dankie"...

Estas fueron algunas de las formas en las que escuché la palabra "gracias" durante mi viaje a Sudáfrica, este mes de agosto. Si se tiene en cuenta que la República sureña tiene 11 lenguas oficiales (inglés, afrikaans, ndebele, swazi, xhosa, zulú, sotho norteño, sotho sureño, tswana, tsonga y venda) se comprenderá tal variedad en los agradecimientos que pude oír.

El 73º Congreso Mundial de Bibliotecas e Información de la IFLA tuvo lugar, este año, en Sudáfrica. A la vez que estaba invitado a participar en las Sesiones centrales del mismo, en la ciudad costera de Durban (a las cuales no pude asistir), estaba también convocado a un "Satellite Meeting" o Encuentro Satélite que tendría lugar, una semana antes del evento principal, en una de las tres capitales del país: Pretoria, en el área noroeste, cerca de la frontera con Mozambique.

Once idiomas oficiales, tres capitales... Sudáfrica parece un país de excesos. Y quizás lo sea. Las once lenguas se hablan en la calle, casi a la vez, aunque en las grandes ciudades tal concentración se nota más: en el interior del país sólo se hablan algunas, las regionales. Cuando mi avión llegó a la ciudad de Johannesburgo (donde está el

aeropuerto internacional "Olivier R. Tambo", el más cercano a Pretoria), la taxista que me condujo hasta mi hotel me confesó que su lengua materna era el zulú, pero que además hablaba inglés, afrikaans, xhosa y sotho. Durante todo el trayecto habló por radio con sus colegas en zulú, pero en su habla pude identificar palabras inglesas e incluso afrikaans. Cuando le pregunté sobre el tema, me comentó —en un inglés "muy particular"— que, en efecto, las lenguas se mezclaban unas con otras, en una especie de conglomerado cultural que, aunque pareciese complejo, servía muy bien para comunicarse en un país tan variado.

El afrikaans —alternado con un inglés "muy particular" como por arte de magia— es hablado por la población blanca, al menos en la provincia de Gauteng (que incluye a Pretoria y a Johannesburgo), en la cual estuve. Y la población blanca parece ser una minoría, que vive en las afueras de las ciudades, que se acerca poco al centro de las mismas y que, cuando se mueve, lo hace en sus propios vehículos o en taxis especiales y camina en grupos. Esta situación fue confesada a medias por los bibliotecarios afrikaners con los que tuve contacto, pero, más que nada, fue comprobada por mis propios ojos. Los problemas de seguridad son una de las principales advertencias que recibe el visitante cuando entra al país, y la sensación que se tiene, cuando uno está dentro de esa sociedad, es la de inseguridad, sí, pero también la de una rabia, un odio o una desconfianza profunda por parte de la población de raza negra hacia la de raza blanca (y viceversa). El régimen de apartheid —desaparecido a principios de los 90' gracias al trabajo del presidente De Klerk y el de su sucesor, el reconocido Nelson Mandela— parece haber dejado profundas huellas en la población, algo parcialmente comprensible: no se borra con un decreto político o un cambio administrativo el

sentimiento de odio o de miedo sufrido por uno y otro "bando" a lo largo de décadas. El gran problema ahora —o al menos esa fue mi sensación— es que parece haber un racismo "invertido", en el cual los blancos son el objeto de la discriminación. Ya lo sentí el año pasado, cuando estuve de paso por Johannesburgo y visité Soweto, y lo volví a sentir este año.

El afrikaans ha sido una lengua bastante desprestigiada en los últimos tiempos —debido a que, en su momento, fue la lengua del poder segregacionista— y se está intentando su revalorización. De hecho, Sudáfrica posee un monumento a dicha lengua, el único que conozco de esa categoría. Así mismo, monumentos como el de los Voortrekkers (colonos boers) cerca de Pretoria están intentando ser revalorizados como parte de la cultura nacional, aunque muchos sigan pensando que son monumentos a los conquistadores.

Es curioso ver tal mezcla racial y lingüística en un mismo lugar: afrikaners de aspecto holandés, boreal, en un país y una tierra totalmente africanos, o telenovelas en las cuáles se alterna constantemente entre el inglés, el afrikaans y el zulú (pero siempre con subtítulos en inglés, "lingua franca" de la región). Algo así viví hace poco en Bolivia, pero la intensidad del fenómeno en Sudáfrica es mucho mayor.

Se comprenderá que, con tal clima social, este nómada que les escribe no pudo ejercer demasiado su oficio de viajero, y tuvo que moverse específicamente por rutas predeterminadas.

Sin embargo, tuve mucha suerte: una de esas rutas me condujo, por ejemplo, al Museo de Historia Cultural de Sudáfrica, uno de los museos más bellos de Pretoria, que acoge exposiciones que muestran la vida cultural del país desde sus formas más antiguas a las más modernas. Desde su entrada —adornada con un bellissimo mural ndebele, de líneas geométricas y colores vivos, con los que dicho pueblo pinta siempre sus casas y sus ropas— hasta sus exposiciones, el museo recupera el mosaico cultural de su país en forma exquisita.

Una de dichas exposiciones mostraba las tradiciones culturales más conocidas del pueblo San, llamado también "bosquimano", un grupo humano de pequeña estatura, cuya lengua es única en el planeta por el uso de tres tipos distintos de chasquidos de lengua como consonantes. Y cuando hablo de "chasquidos de lengua", me refiero al sonido que hacemos nosotros para imitar una gota de agua, o a ese pequeño chasquidito que usamos cuando estamos molestos por algo, o al que realizamos para imitar el tapón de una botella. Combinen esos sonidos con una vocal cualquiera, y ya tienen una sílaba San (¿No pudieron hacerlo? Yo tampoco. Es bien complicado...).

Los bosquimanos jamás escribieron su historia, la cual, por ende, no aparece en ninguna biblioteca contada como tal por ellos. Sin embargo, tienen una tradición oral riquísima, que fue en parte recogida por un buen número de investigadores. Si bien su lengua y su cultura continúan vivas (y son reconocidas por la República Sudafricana), mucha de esa tradición oral desapareció debido a los embates culturales de la sociedad dominante en siglos pasados. Por ello, los fondos sonoros conservados en el Museo son de un valor único. Además, esas mismas salas exponen muestras del arte

pictórico y rupestre de los San, que trazaron bellísimas pictografías en cuevas y aleros del sur de África durante siglos, dibujando estilizados guerreros, pueblos enteros bailando hasta el éxtasis, nubes con forma de buey (ellos creían que las nubes eran animales míticos, "ganado del cielo", y que había que cazarlas para lograr que lloviera), arco iris con forma de serpiente (mito muy común también entre los pueblos indígenas de Latinoamérica) y hermosas representaciones de la fauna local (búfalo, rinoceronte, león, jirafa...) realizadas sobre pedazos de roca gris. Tan bellos eran y son esos dibujos, que los pueblos de estirpe bantú (como los zulúes) que hace cuatro siglos tomaron contacto por vez primera con esas paredes rocosas pintadas y grabadas, las usaron como residencia, por considerarlas bellísimas. Además, los bantúes en general tenían cierto respeto por los San, y no sólo por su arte: decían que eran brujos que podían enviar enfermedades y tenían poderes extraños. Quizás tal creencia no fuera del todo falsa, en especial después de conocer un poco sus ceremonias y ritos curativos.

El Museo me mostró fragmentos de la vida de Pretoria y Johannesburgo en distintos momentos históricos, desde la época colonial hasta la moderna. Me permitió acercarme a la llegada de los inmigrantes holandeses a Sudáfrica (quienes trajeron consigo el germen del actual idioma afrikaans, muy semejante al holandés), las guerras entre esos inmigrantes (llamados "boers") y los ingleses, las guerras entre los boers y los pueblos bantúes, el establecimiento de la independencia, la época del apartheid, la multiculturalidad actual...

Las calles de Pretoria me mostraron poca gente (toda de raza negra), muchos coches, ausencia de transporte urbano de pasajeros, escasos taxis, y un hermoso bosque de

árboles de jacarandá a la orilla de sus aceras. De hecho, Pretoria es llamada "jakaranda city", un epíteto que podría darse también a muchas ciudades argentinas.

Otra de las rutas que pude seguir dentro de la ciudad me llevó a la oficina del Alcalde, a una recepción en la que el Coro de la Universidad Tecnológica de Tshwane (Tshwane es un conglomerado urbano que incluye Pretoria y otras ciudades satélites de los alrededores, que han crecido en los últimos años debido a la migración de los blancos que huían de la inseguridad) nos deleitó con un buen número de piezas de la tradición sudafricana. Me reencontré con temas que no había escuchado desde mi adolescencia, como aquellas que cantara la inigualable Miriam Makeba (a la que alguna vez conocí en persona). Fue bellissimo ver como esos cantantes no sólo jugaban con sus voces, sino también con sus cuerpos, con sus manos, con sus caras, con sonidos e interjecciones, con gritos y palmas. Tuve delante de mis ojos y oídos todo un mundo sonoro, transmitido de generación en generación, procedente quién sabe de dónde, arreglado a la usanza occidental pero con raíces muy fuertes en esa tierra africana.

El "Satellite Meeting" reunió a las Secciones IFLA de Lectura, Bibliotecas Infantiles y Servicios Bibliotecarios para Poblaciones Multiculturales. El título de la Conferencia fue "Servicios para Todos: Bibliotecas Multiculturales Innovadoras", y, a lo largo de tres días, congregó a personas procedentes de puntos tan dispares como Japón, Zambia, Argentina y Dinamarca. Mi conferencia tenía como título "Juegos tradicionales, música y tradición oral: herramientas intangibles en bibliotecas multiculturales", y fue presentada con ejemplos de esos juegos, esas músicas y esa tradición oral; en mi charla, expliqué como esos elementos pueden servir de instrumentos útiles de trabajo

cuando se pretende convertir a la biblioteca en un espacio de comunicación intercultural.

El viaje me llevó por Buenos Aires, Sao Paulo y Johannesburgo. En todos estos puntos encontré lenguas, costumbres, comidas, brisas y músicas distintas. Me traje conmigo esas imágenes, las experiencias de los colegas que disertaron conmigo, algunos libros, un puñado de regalos que adornarán mi casa, muchas historias que contar, muchas palabras nuevas aprendidas en otras lenguas... y me traje a Matías, un pato-títere de peluche que, originalmente, se llamaba Aelling, y que una bibliotecaria de Copenhague me regaló —como un tesoro de valor incalculable— para que lo haga trabajar en estas costas, pues ya había trabajado mucho con sus niños en Dinamarca.

Ya ven: de esto se trata un viaje. Muchas horas de avión, muchas horas de espera en aeropuertos, muchas horas caminando calles de ciudades que apenas conoceremos pero que nos marcan, de una forma u otra. Y mucha gente, y sus palabras, y sus apretones de manos, y sus abrazos, y las copas de vino que se comparten. Y los paisajes que se graban en la retina para siempre, y las historias que inspiran para luego contar otras, otro día u otro año. Pero sobre todo, la sensación de que, al fin y al cabo, y más allá de odios nuevos, dolores viejos, desconfianzas comprensibles y diferencias culturales, vivimos en un mundo pequeño y somos todos seres humanos. Algo que muchos, todavía, deben comprender.

Saludos desde una Córdoba soleada, con todos sus jacarandás despeinados.

Septiembre 02, 2007

Al tiempo no hay que darle la oportunidad de que pase en vano

Así dice uno de mis cantautores favoritos, el argentino León Gieco (autor del conocido "Sólo le pido a Dios") en el tema "Aquí, allá, hoy o mañana". La frase, más allá de su poesía, marca una meta a seguir, no sólo en el contexto personal, sino también en el profesional.

Tiempos que pasan en vano... ¿Cuántos días, cuántos meses han pasado entre nuestras manos sin que supiésemos atraparlos, emplearlos, volverlos fértiles de frutos y resultados? La pregunta, abstracta sin un contexto, se vuelve un poco más real cuando pienso en todas esas bibliotecas que se mueren en el silencio, llenas de libros pero carentes de usuarios, de servicios, de ideas. ¿No conocen ninguna? Yo sí. Las he visto. Pasan las semanas, pasan los años, y esas unidades —que podrían estar cambiando algo en su entorno, por mínimo que sea— siguen allí, inmóviles, congeladas, mientras sus responsables le permiten al tiempo correr en vano.

Recuerdo que, en algún momento de mi carrera, aprendí que una biblioteca es un sistema, un conjunto de elementos íntimamente relacionados que trabajan para el logro de un objetivo, proporcionando salidas (productos y servicios) y atrapando entradas (información, opiniones, necesidades). Fue mucho más tarde cuando, por experiencia propia, aprendí que cualquier biblioteca es (o debería ser, si pretende tener éxito) una entidad muy similar a un organismo vivo: responde a las variaciones

de su entorno, se adapta para sobrevivir, es flexible, evoluciona, crece, incluso se reproduce y replica.

Y, a veces, se paraliza, enferma y muere.

El ciclo vital de cualquier sistema cumple una serie de pasos y se cierra, a veces para volver a comenzar, otras veces para siempre. Y todo sistema vivo evita la muerte por instinto, intentando sobrevivir a través de las peores adversidades. Aprendí, de esta regla vital tan básica, que cualquier biblioteca debe luchar y hacer lo posible por mantenerse viva. Convertirla en un simple depósito es matarla anticipadamente, asesinar su espíritu sin contemplaciones, arruinar un proyecto que podría haber sido hermoso y útil para un pequeño o gran grupo de gente.

La biblioteca se convierte en un mero depósito de materiales cuando no tiene usuarios. En ese momento, pierde su razón para existir, pues una biblioteca no es un edificio, una colección o un grupo de gente que trabaja en ella: es un servicio. Simplemente eso. Y el servicio, como bien dice la palabra, debe servir a un destinatario. Cuando no sirve, cuando el usuario final considera que allí, en esa institución, no hay nada para él, es cuando la biblioteca y sus responsables fracasaron.

Y el tiempo sigue su curso, insensible a las circunstancias de los humanos. Y cada minuto perdido jamás retorna.

¿Cuando camina la biblioteca hacia su fracaso y hacia su muerte como sistema? Generalmente, cuando pretende dar al destinatario algo que éste no necesita, y cuando, por otro lado, no proporciona lo que necesita urgentemente. Y eso es algo que ocurre en cada rincón de nuestro universo profesional. Aunque esta última afirmación parezca insensata en estos tiempos de "evaluaciones", "estudios de usuarios" y "gestión bibliotecológica", aún hay bibliotecas que pretenden implantar a su realidad un modelo determinado, sin darse cuenta de que, como sistema vivo que debe ser, es la propia unidad la que debe adaptarse a los requerimientos, circunstancias y oportunidades de su medio.

La réplica de modelos preestablecidos puede ser útil en algunos casos, especialmente porque marca un camino seguro y libre de sobresaltos. Pero no nos engañemos: lo que es bueno para uno, o lo que funcionó en un lugar, no tiene por qué funcionar, obligatoriamente, en otro. Por lo general, los modelos ya existentes —y no adaptados previamente a las nuevas condiciones— suelen ser considerados como implantes extraños en las comunidades destinatarias: tales implantes casi siempre son rechazados y fracasan estrepitosamente. Por ende, es importante oír las necesidades y las voces necesitadas, conocer el contexto humano y espacial, buscar la solución más adecuada e implementarla con los recursos existentes, de la mano de las personas implicadas.

La biblioteca trabaja en, por, para y con la comunidad. Esta frase nunca debe ser olvidada. Son muchas las unidades de información que se emplazan en el corazón de poblaciones y que allí siguen, inútiles y vacías. En su orgullo, se han creído salvadoras,

heroínas capaces de moldear a la gente a su gusto y de darles lo que el sistema dominante cree conveniente dar. Pocas veces los usuarios quieren eso. En realidad, es el proceso contrario: la biblioteca es la arcilla que el pueblo va a moldear a su entero placer hasta que tenga una forma adecuada. Y solo entonces, beberán de ese recipiente de arcilla todo el saber que guarde en su interior.

No será de otra forma. Jamás será de otra forma.

No dejemos que el tiempo pase en vano. Tomemos la iniciativa, oigamos a la comunidad, demos voz y participación a los usuarios, convirtamos la biblioteca en el espacio cultural e informativo que debe ser, respondiendo a las preguntas que se le hacen en vez de dar respuestas a lo que nunca se preguntó ni será preguntado. Sólo de esta forma, esos sistemas seguirán vivos, creciendo, reproduciéndose, regenerándose. Sólo de esa manera, nosotros aprenderemos cada día un poco más. Sólo a través de ese camino dejaremos de ver tantas bibliotecas muertas, aunque ellas pretendan convencernos de que están vivas.

Sólo así, el tiempo no se nos escapará como arena entre los dedos...

Septiembre 16, 2007

Sobre bibliotecas, pueblos originarios y declaraciones

Después de 22 años de oposición por parte de un gran número de los países llamados "desarrollados", la ONU promulgó, el pasado miércoles 12 de septiembre, la Declaración de los Derechos de los Pueblos Indígenas, un conjunto de 46 artículos que involucra a 360 millones de personas de todo el mundo, y que equivale a la "Declaración Universal de los Derechos Humanos" para los pueblos originarios. En ella se reconocen sus derechos básicos a cultura e identidad propias, pero también a su auto-determinación, a la gestión de sus tierras, a su propia organización socio-política y a la consulta gubernamental para hacer uso de sus recursos.

Quizás estas últimas garantías —las que facilitaban la auto-determinación de los pueblos originarios— fueron las que fomentaron tanta oposición a lo largo de estos años, y las que motivaron que, a pesar de que 143 países votaran a favor de la "Declaración..." dentro de las Naciones Unidas, 11 se abstuvieran y 4 —Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda y Australia— votaran en contra. Estos últimos países poseen una fuerte población indígena, y son famosos por el trato indigno que les proporciona, trato denunciado muchísimas veces ante organismos internacionales (basta leer algunos de los informes de la Comisión de Pueblos Indígenas de la ONU para encontrarse con casos inimaginables). Dado que esta Declaración tiene, para sus signatarios, un estatus mayor que las leyes nacionales, la firma implica el reconocimiento de algunos derechos que las naciones no signatarias no desean

garantizar, continuando con sus políticas de (o)presión, discriminación y exclusión socio-cultural.

La entrada en vigor de este instrumento internacional no significa que sus artículos se cumplan en el territorio de todas las naciones firmantes. Será necesario que las organizaciones indígenas regionales sigan luchando y reclamando para que sus derechos sean contemplados y para que las leyes sean cumplidas. Será un camino similar al recorrido tras la firma del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, que reconoce muchos derechos indígenas pero que, hasta ahora, sigue siendo sólo un pedazo de papel.

Mi labor dentro de la bibliotecología —teórica y práctica— se ha enfocado, desde el principio de mi carrera, en las bibliotecas en comunidades indígenas, y en todos los aspectos de esta temática. A través de mi trabajo entré en contacto con una realidad que mostraba claramente las violaciones y abusos a los que me he referido en los párrafos anteriores. No son situaciones lejanas de nuestra realidad cotidiana: están ante nuestros ojos, por distantes que parezcan.

En nuestro ámbito profesional no están ausentes los olvidos, la exclusión y la discriminación hacia las sociedades indígenas. Hace unos días presentaba, en los foros profesionales latinoamericanos, una propuesta que está siendo evaluada por el Comité Revisor de la CDU (Clasificación Decimal Universal) para integrar en las tablas de lenguas y etnias (1c y 1f) a casi 400 grupos étnicos nativos de nuestro continente. Esos pueblos —nuestros pueblos, partes de nuestra historia y nuestra identidad— jamás

habían sido incluidos en nuestros lenguajes documentales de clasificación. Existen además escasos tesauros que contemplen terminologías indígenas, o que reúnan y normalicen los nombres de cada pueblo.

Pero no sólo se trata de un olvido documental. Son escasísimos los programas de educación superior bibliotecológica de América Latina que contemplan formación específica en relación a servicios para pueblos nativos, o que incluyan idiomas aborígenes, en especial en regiones donde esas lenguas son habladas por un alto porcentaje de la población (un ejemplo a seguir, en este caso, sería Bolivia). Hay pocos libros y artículos sobre este tema, o manuales y guías de trabajo, o propuestas nacionales, o programas de investigación.

Sin embargo, y a pesar de estas carencias —fácilmente subsanables, por cierto— es curioso notar, cuando uno trabaja dentro de este campo, el alto número de voces que hablan sobre el tema. En ciertos casos puntuales, me recuerdan a esos "expertos" que, como definiera el especialista en *management* Henry Mintzberg, "saben cada vez más sobre cada vez menos, hasta que terminan por saber todo sobre nada" [1]. Quizás gracias a la existencia de estos personajes —y a que les damos credibilidad y apoyo— estamos donde estamos y tenemos lo que tenemos. Le estamos dando "aparente consistencia al viento", como dijera George Orwell. Y mientras seguimos oyendo palabras vacías, grandes discursos, cursos y seminarios sobre esta temática dictados por individuos que no tienen la menor idea de lo que hablan ni la menor experiencia al respecto, a nuestro alrededor los problemas continúan a todos los niveles.

Fue mientras elaboraba la propuesta de lenguas y etnias indígenas para enviar a la CDU —a cuyo Comité Revisor pertenezco desde 2005— que me encontré con realidades que me impactaron: docenas de lenguas y pueblos desaparecidos en la última década (no, no hablo del siglo XVIII ni de ninguna conquista europea, hablo de nuestra actualidad más reciente); historias y memorias que ya no sonarán más; pueblos masacrados o echados de sus propias tierras porque habitan sobre petróleo, minerales o bosque valioso; derechos humanos totalmente violados; bibliotecas que no se ocupan de sus usuarios y que colaboran activa o pasivamente en su aculturación... Uno de los casos que más me llamó la atención fue el de una etnia de la selva peruana, para quién fue diseñado un programa de educación intercultural bilingüe... en una lengua y una cultura que no eran las suyas.

[En mis conferencias suelo hablar, muchas veces, de la cantidad considerable de dinero y recursos que se gastan en proyectos que fracasan porque no se evalúa previamente a los usuarios y sus necesidades. El hecho que les acabo de mencionar puede servir de ejemplo magistral].

El camino continúa, la vida sigue y se abre camino día a día, con nosotros o sin nosotros. Está en nuestras manos tomar parte y partido de esa vida que se mueve ante nuestros ojos, dejar de prestar el oído a sirenas melifluas y trabajar por aquello que creamos valioso. Para muchos de nosotros pueden ser pueblos indígenas o comunidades rurales; para otros, niños, mujeres y ancianos; para otros, estudiantes y docentes; para otros muchos, individuos discapacitados. Más allá de las

"Declaraciones..." —que, quizás, sirvan para poco, aunque es un buen paso— en nosotros puede estar el cambio, y la posibilidad de que nuestro trabajo valga la pena.

[1] *The Rise and Fall of Strategic Planning: Reconceiving Roles for Planning, Plans, Planners*. Free Press, New York, 1994.

Septiembre 30, 2007

Tradición oral y memorias incaicas

Vivimos en un continente donde la palabra hablada aún no ha perdido su tradicional rol de canal de información y aprendizaje. En cada rincón de nuestra geografía todavía surgen, imprevistos e impensados, esos relatos y recuerdos que, aunque jamás fueron escritos, codifican una parte de nuestra historia y de nuestra identidad.

Uno de los primeros registros escritos de las prácticas de tradición oral en Sudamérica es obra de la pluma de un cronista hispano, Pedro Sarmiento de Gamboa, un personaje de vida azarosa que terminó sus días casi olvidado y cuya última gran proeza fue intentar colonizar las costas de la inhóspita Tierra del Fuego (intento infructuoso, por cierto, y que costó numerosas vidas). La obra más conocida de Sarmiento de Gamboa es la "Historia de los Incas", escrita en 1572 (yo tengo un ejemplar de 1942, editado por Emecé en Buenos Aires). De este libro he extraído un fragmento considerable que les dejo esta semana como un homenaje a la "historia oral" y como un testimonio antiguo de una práctica que, a pesar de los siglos, no ha desaparecido en absoluto: continúa practicándose, aunque ciertamente a otros niveles.

El cronista español nos cuenta, en este texto, cómo la nobleza incaica poseía sistemas orales bastante precisos para perpetuar su historia a través de las generaciones. Hoy en día, muchas otras historias también se conservan, pasando de boca en boca y de mano en mano. Ciertamente, nuestro apego a la escritura y a los libros nos fuerza, en

muchísimas ocasiones, a desestimar lo oral por impreciso y subjetivo. Sin embargo, ¿no están los libros de historia plagados de la subjetividad del historiador que los escribe? ¿No cuentan nuestras bibliotecas lo que los autores de las obras que conservamos quisieron anotar para la posteridad? ¿No silencian lo que esos escribas dejaron de lado? ¿No se escucha aún en nuestras calles y plazas retazos de historias recientes que nuestros documentos se niegan a recoger, por muy reales que sean?

La oralidad está tan plagada de errores y de olvidos como la escritura. Quizás hemos perdido la facultad (o la costumbre) de recordar y de decir lo que recordamos, ante la comodidad de nuestros libros. Pero me temo que al hacerlo, hemos sacrificado una buena parte de nuestra realidad como seres humanos, de las experiencias que hemos vivido, de nuestro pasado y nuestra identidad. Estamos permitiendo que otros anoten (y salven del silencio, para la posteridad) sólo algunos fragmentos de nuestro mundo. Lo demás morirá con nosotros. Triste destino para una cantidad de saber tan grande.

Decía Alejandro Dolina: "Recordemos, recordemos todo el tiempo". Contemos, escuchemos, compartamos. Y recuperemos las voces que se apagan para que no se pierdan. Al fin y al cabo, no somos más que las memorias que dejamos a nuestro paso. Si esas memorias, si esas pequeñas historias se pierden... ¿quién sabrá de nuestro paso por el mundo?

Los dejo con Sarmiento de Gamboa y su descripción (en castellano antiguo, con algunas anotaciones) de los métodos incaicos de conservar el pasado para el futuro.

"Mas antes de entrar en el cuerpo de la historia de los ingas ["incas"], quiero advertir, o hablando más propriamente, responder a una dificultad, que se podría ofrecer a los que no tienen por cierta esta historia, hecha por la relación que estos bárbaros dan, porque, no teniendo letras, no pueden tener en la memoria tantas particularidades, como aquí se cuentan, de tanta antigüedad. A esto se responde, que para suplir la falta de letras, tenían estos bárbaros una curiosidad muy buena y cierta, y era, que unos a otros, padres a hijos, se iban refiriendo las cosas antiguas pasadas hasta sus tiempos, repitiéndoselas muchas veces, como quien lee lección en cátedra, haciéndoles repetir las tales lecciones historiales a los oyentes, hasta que se les quedasen en la memoria fijas. Y así cada uno de sus descendientes iba comunicando sus anales por esta orden dicha, para conservar sus historias y hazañas y antigüedades y los números de las gentes, pueblos, y provincias, días, meses y años, batallas, muertes, destrucciones, fortalezas y cinches ["sinchis", caciques]. Y finalmente las cosas más notables, que consisten en número y cuerpo, notábanlas, y agora las notan, en unos cordeles, a que llaman quipo ["khipu" o "quipu"], que es lo mismo que decir racional o contador. En el cual quipo dan ciertos ñudos, como ellos saben, por los cuales y por las diferencias de los colores distinguen y anotan cada cosa como con letras. Es cosa de admiración ver las menudencias que conservan en aquestos cordelejos, de los cuales hay maestros como entre nosotros del escrebir.

Y además desto había, y aun agora hay, particulares historiadores destas naciones, que era oficio que se heredaba de padre a hijo. Allegase a esto la grandísima diligencia del Pachacuti Inga Yupanqui, noveno inga, el cual hizo llamamiento general de todos los viejos historiadores de todas las provincias, quél sujetó, y aun de otros muchos más de

todos estos reinos, y túvolos en la ciudad del Cuzco mucho tiempo examinándolos sobre las antigüedades, origen y cosas notables de sus pasados destos reinos. Y después que tuvo bien averiguado todo lo más notable de las antigüedades de sus historias, hízolo todo pintar por su orden en tablones grandes, y deputó en las Casas del Sol una gran sala, adonde las tales tablas, que guarnescidos de oro estaban, estuviesen como nuestras librerías, y constituyó doctores que supiesen entenderlas y declararlas. Y no podían entrar donde estas tablas estaban sino el inga o los historiadores sin expresa licencia del inga.

Y desta manera se vino averiguar todo lo de sus pasados y a quedar tan manual a toda suerte de gentes, quel día de hoy los Indios menudos y los mayores generalmente lo saben, aunque en algunas cosas tengan varias opiniones por particulares intereses. Y así examinando de toda condición de estados de los más prudentes y ancianos, de quien se tiene más crédito saqué y recopilé la presente historia, refiriendo las declaraciones y dichos de unos a sus enemigos, digo del bando contrario, porque se acaudillan por bandos, y pidiendo a cada uno memorial por sí de sus linaje y dél de su contrario. Y estos memoriales, que todos están en mi poder, refiriéndolos y corrigiéndolos con sus contrarios, y últimamente ratificándolos en presencia de todos los bandos y ayillos ["ayllus", clanes o familias extensas] en público, con juramento por autoridad de juez, y con lenguas expertas generales, y muy curiosos y fieles intérpretes, también juramentados, se ha afinado lo que aquí va scripto".

Octubre 11, 2007

La aventura de publicar un libro

Nos sentamos delante del papel o del teclado de la computadora —o de la máquina de escribir, pues hay muchos que conservan tan saludable costumbre— y comenzamos a escribir todas las palabras que hemos ido construyendo a lo largo de meses (o años) de experiencias, investigaciones, búsquedas, descubrimientos y fracasos. Todas esas palabras que hemos buscado, masticado, digerido y madurado dentro nuestro para luego poder contarlas a otros.

Ya de por sí, cualquier proceso de investigación es duro y azaroso, incluso para el profesional más avezado y templado en ese trabajo. A veces conduce a caminar en círculos, a perderse en las propias dudas o en las ajenas, a no hallar lo esperado, a desilusionarse, a pasarse días y semanas leyendo y anotando, y a robarle horas al trabajo, el sueño y la familia. Sentarse a escribir para poder comunicar los resultados del trabajo propio —el paso final de toda investigación— significa, para el investigador / escritor, poder plasmar, finalmente, todo lo aprendido y todo lo encontrado.

Claro que no siempre son investigadores los que escriben: novelistas, ensayistas, poetas, maestros, cualquier persona con algo que contar termina sentándose frente a una hoja de papel y dando rienda suelta a sus dotes de escritor. Para ellos también fue necesario —diría "vital"— el proceso de búsqueda (de las palabras) y de maduración (de las ideas o de los sentimientos), con todos los problemas y riesgos asociados.

Comenzamos a escribir, pues. Y nadie —ni siquiera nosotros mismos— sabe cuánto tiempo nos demandará esa labor. Pues plasmar en palabras lo que dicta el pensamiento es el mayor desafío del ser humano, un proceso en el cual despojamos lo que pensamos de todo lo accesorio y lo transformamos en palabra, y es más, en palabra escrita, en ortografía y gramática. Creo que fue Sócrates el que dijo que al transformar el pensamiento en palabra, se perdía casi todo, y al pasar el habla a papel, se perdía mucho más. Sólo los grandes en el arte de la escritura saben contrarrestar (magistralmente, por cierto) los efectos de lo que parece ser una ley universal.

Pero asumamos que el proceso de escribir —con tantas emociones, esfuerzos, sacrificios, cansancios y sinsabores implicados— ya ha terminado. Tenemos nuestro manuscrito entre las manos, la producción que nos ha costado tanto trabajo. ¡Enhorabuena! En ese preciso momento se presenta la gran pregunta:

"¿Y ahora, qué hago con esto?"

Para ser leídos —objetivo perseguido por la gran mayoría de los que escribimos— es necesario multiplicar nuestro manuscrito por decenas, cientos o miles, y hacerlo llegar a las manos lectoras. Conscientes de que eso representa un buen negocio, nacieron las editoriales.

No, no pretendo aquí criticar a las casas editoras. Negocios son negocios, y éste es uno de los tantos que habitan en nuestro mundo (menos condenable que otros como el de

la salud, la educación o el derecho). Lo que pretendo es describirles sucintamente la aventura de publicar un libro a través de una editorial.

Primer paso: localizar editoriales. Las hay internacionales, nacionales, regionales y locales, las hay grandes y pequeñas, famosas o desconocidas. El abanico es amplio: por ende, es menester buscar un primer criterio de selección entre tan amplia variedad de posibilidades.

Digamos que buscamos una editorial que publique textos bibliotecológicos (lo siento, es deformación profesional). El espectro inacabable que veníamos manejando se reduce drásticamente. Ya no son tantas, y quizás no sean tan famosas. Pero se dedican —más o menos específicamente— a editar colecciones y libros sobre bibliotecología, documentación y ciencias de la información.

Buscadas y encontradas, revisamos sus propuestas, sus colecciones, los títulos que han publicado y que ofrecen en sus catálogos (usualmente en línea). Y aquí aparece un segundo criterio de selección: ¿alguna de ellas publica textos sobre la temática que nosotros hemos elegido?

Si ninguna lo hace, ¡bienvenido al club de los que archivamos manuscritos en un cajón! Si, por el contrario, alguna se ocupa de nuestra temática, propondremos el texto para su publicación, comentando a los editores nuestro trabajo y hablando un poco de quiénes somos. Este último punto es importante: tanto en ciencias como en letras,

muchas veces vende más un nombre que un contenido. Recordemos que esto es un negocio y los "don-nadie", por buena que sea su producción, no venden.

La respuesta de la editorial a nuestra propuesta inicial puede variar. Pueden pedir el manuscrito original para echarle un vistazo, pueden rechazar la oferta, o bien pueden decirnos que ellos no publican esa temática (a pesar de que aparece claramente en su catálogo), lo cual, lejos de ser una contradicción, es una forma de decir "usted no me interesa" en forma muy diplomática.

Si aceptan el original para revisarlo —fortuna de las fortunas— lo hacemos llegar a sus manos, sin dejar de recordar (en el caso de los desconfiados como yo) algunos casos de editoriales que publicaron textos interesantes bajo otros nombres y se olvidaron del autor original, que, por cierto, no tenía registrados sus derechos en ningún sitio.

A veces, además de aceptar nuestra obra para su consideración, consultan cuál sería, a nuestro entender, el mercado que compraría nuestro libro, o bien, en forma abierta, nos preguntan las razones por las cuales ellos deberían publicarnos. Es decir, no solo hay que darles el libro, sino también explicarles cómo, dónde, cuando, a quién y por qué deberían editarlo. Trabajo completo.

En fin. Semanas o meses después (todo puede variar) se recibe la evaluación final de la editorial. Si rechazan nuestro texto, se intentará con otra, y si ya no quedaban opciones... ¡bienvenido nuevamente al club de los que archivamos manuscritos en un cajón!

Pero si lo aceptan, nos harán llegar un contrato.

Los términos de ese documento pueden variar mucho, dependiendo de la editorial, y recordemos, una vez más, que todo esto es un negocio. Generalmente, la editora se queda con los derechos del autor, que debe cederlos por un plazo determinado. Si el autor quiere hacer algo con su propio texto después de firmado ese contrato, debe pedir permiso a la editorial (que puede darlo o no). Además, la editora establece el número de impresiones que realizará (por lo general, en el caso de textos bibliotecológicas, tiradas limitadas, de 200 a 400 ejemplares) y la calidad de esos libros (generalmente la más económica, es decir, la que menos le cueste a la editora en términos de papel, tinta y encuadernación).

Y por último, se definen las regalías, es decir, cuánto dinero llegará a las manos del autor. Por lo general, el porcentaje varía alrededor del 10 % (hablo por experiencia propia, pero este porcentaje puede variar) sobre el precio de venta.

Poniendo un ejemplo práctico: después de dos o tres años de investigar y escribir un libro, lo pongo en manos de alguna editorial que quiera publicarlo, obteniendo una tirada de unos 200 libros "sencillos" que se venderán a, digamos, 10 dólares. A mis manos llegarán 200 dólares, con suerte; a las de ellos, 1800.

Reconozcamos que los investigadores y los escritores noveles —que son los que realizan tan bajas tiradas— no buscamos lucrar con lo que escribimos. Buscamos ser leídos. Después de meses y meses paseando entre editoriales, sufriendo improperios,

mentiras, silencios, engaños y demás, uno se termina preguntando si vale realmente la pena tanto esfuerzo sólo para ver su libro en papel, cuando en realidad hay otras opciones para ser visto y leído.

Una de ellas se llama POD, *Print on Demand* (impresión bajo demanda). Se trata de empresas que realizan impresiones muy pequeñas a precios accesibles, de acuerdo a los intereses del autor. Los libros no son de gran calidad, por cierto, pero... muchas veces, tampoco lo son los de las grandes editoriales. El autor (o a veces la misma editora) se encarga de solicitar el ISBN (un trámite sencillo) y de realizar el depósito legal (otro trámite sencillo) e incluso, si es menester, de reclamar los derechos de autor. Se pueden imprimir desde 30 a más ejemplares, de acuerdo a las intenciones del autor... y presentar el libro personalmente en bibliotecas, librerías, congresos o conferencias.

La otra es el libro electrónico o *ebook*, en cuya producción ya hay varias empresas involucradas. Para muchos, es un libro que no existe. Sin embargo, es una de las formas más versátiles de difundir conocimiento. El autor no paga por la impresión, sino por el diseño. Pide su ISBN, pide sus derechos, realiza el depósito legal, y luego puede hacer con su libro lo que quiera (dado que jamás cede su copyright a nadie): difundirlo por Internet, colgarlo de archivos de acceso abierto, ponerlo en portales, enviarlo donde quiera, colocarlo en bibliotecas virtuales, venderlo o, incluso, imprimirlo bajo POD. Y aquellos lectores que quieran tenerlo en papel pueden descargarlo, imprimirlo y usarlo (siempre respetando las condiciones establecidas por el autor sobre sus derechos).

Y si lo comercializa, todos los beneficios serán para él (aunque, debemos reconocerlo, comercializar el propio trabajo es tarea ardua).

¿Desaparecerán las editoriales? No, ni mucho menos. Todos disfrutamos y nos beneficiamos (intelectualmente) de su trabajo. Pero probablemente comenzarán a abrirse otras puertas y otros espacios para aquellos autores cuyo material no sea "vendible" o "redituable", o no genere beneficios. Y es necesario que eso ocurra. Porque de no ser así, seguiremos leyendo sólo aquello que sea comercializable. Nada más. Y eso puede ser muy preocupante.

Saludos cordiales desde detrás de un teclado, en donde, todavía, no me he cansado de escribir. Allí fuera, tras la ventana y el humo de mi pipa, el mundo florece en primavera...

La revo kiu neniam povis realig'i

(El sueño que nunca pudo realizarse)

Esperanto.

Su traducción literal es "la esperanzada".

Así fue bautizada una lengua artificial que nació destinada a convertirse en un código universal, que permitiera a los seres humanos comunicarse más allá de las fronteras políticas, los idiomas propios, las razas y las religiones.

Pero ese destino —y el sueño que le dio cimientos— jamás se convirtió en realidad.

Aprendí esperanto allá lejos, durante mi adolescencia. Había sido una de las propuestas que habían manejado los anarquistas españoles e italianos a lo largo de sus idas y venidas, y quizás por eso me atrajo. O quizás porque desde siempre me apasionaron los idiomas. Recuerdo que me conseguí un pequeño diccionario de la editorial Sopena —que aún conservo, ajado pero orgulloso, en mi biblioteca— y en una mañana me aprendí la gramática. No, no se trató de la hazaña de una mente prodigiosa: ocurre que el esperanto fue diseñado —como buena lengua artificial— sobre un esquema extremadamente simple, que se reduce a 16 postulados básicos. Una vez conocidas esas normas gramaticales, lo único que es preciso es comenzar a

aprender vocabulario. Esa es la parte complicada de la lengua, pero no más que la de cualquier otra.

La sencillez del esperanto puede ejemplificarse anotando alguno de los postulados gramaticales. Por ejemplo, todos los sustantivos terminan en "o", los adjetivos en "a", los verbos en "i" y los adverbios en "e". Esto, que parece sencillo, dota al idioma de una riqueza asombrosa. Pues conociendo una raíz, digamos "hom-", podemos crear "homo" (hombre), "homa" (humano), "home" (humanamente) e incluso el verbo "homi", que no tiene traducción directa al español, pero que expresaría la idea de "ser humano". Gracias a esta característica pueden crearse términos que no existen en ninguna lengua indoeuropea, y expresarse conceptos que, de otra forma, y en nuestros idiomas, implicarían muchas palabras y construcciones engorrosas.

El vocabulario, por otra parte, es conciso: los mejores diccionarios no traen más de 10.000 raíces. Sobre cada raíz se pueden construir las alternativas que señalé anteriormente para "hom-". Pero además, el creador del esperanto agregó unos 40 prefijos y sufijos –cuyo número está siempre aumentando, aunque algunos no son oficialmente reconocidos– que permite componer palabras derivadas. Así, de la raíz "bibliotek-" puedo crear "biblioteko" (biblioteca), "bibliotekisto" (bibliotecario), "bibliotekistestro" (jefe de bibliotecarios) y "bibliotekistestrino" (jefa de bibliotecarios). Y de éste último término puedo generar, a su vez, un adverbio (bibliotekistestrine, "al modo de la jefa de bibliotecarios") o incluso un verbo y un adjetivo, que no tendrían mucho sentido en nuestro idioma. De cada raíz, en definitiva, puede extraerse un mínimo de 20 o 30 palabras...

La pronunciación es bastante sencilla: cuenta con sonidos que no existen en español, pero que sí existen en idiomas vecinos (francés, por ejemplo) así que no es un problema insalvable. La buena noticia es que cada letra tiene solo un sonido, fijo e inmutable, característica que se encuentra en muy pocas lenguas naturales.

Una vez que aprendí la lengua, leí bastante en esperanto, sobre todo porque tuve la buena suerte de estudiarla cuando se dio una especie de "revival" esperantista. Tuve acceso a textos y libros, y mucho, mucho más tarde, la red de redes me permitió encontrarme con muchos más. Y hallé palabras muy hermosas, que expresaban ideas imposibles de decir en español si no era con una oración compleja. Es un lenguaje intenso, expresivo, precioso, y emplearlo es una especie de arte, en el cual cuenta mucho nuestra imaginación, nuestras ganas de comunicarnos...

El creador del esperanto fue el Dr. Ludwik Lejzer Zamenhof (1859-1917), un oftalmólogo y filólogo nacido en actual territorio polaco bajo el dominio de Rusia, de origen judío azkhenazí. Finalizó el desarrollo del idioma en 1878, pero pudo publicar su trabajo recién en 1887, en Varsovia, bajo el título de "Lengua internacional" y firmando con el seudónimo "Doktoro Esperanto" (Doctor esperanzado), del cual la lengua tomó finalmente el nombre.

Zamenhof generó el esperanto combinando raíces y gramáticas de las lenguas latinas (español, francés, italiano...), sajonas (alemán, inglés, idiomas escandinavos...) y eslavas (polaco, ruso...). Utilizó además términos griegos y latinos. El esperanto es, pues, un mosaico. Y es una lengua que, en sus raíces, es tremendamente detallada,

evitando, siempre que puede, los homónimos: así, sueño (dormido) se dice "song'o", pero sueño (despierto) se dice "revo". Y así para los distintos verbos, para los animales, los tonos de los colores, las flores...

La intención de Zamenhof era crear un idioma universal (una intención que también tuvieron el volapuk y otras tantas lenguas artificiales, más tarde) que permitiera la libre comunicación y el entendimiento de la humanidad. Su propia vida y los tiempos oscuros en los que ésta transcurrió fueron marco y razón de su creación. Tal fue la expansión de su proyecto —y de su sueño original— que la ONU, en 1954, y respondiendo a la solicitud de 19 millones de firmas, recomendó a sus estados miembros la enseñanza y el uso de la lengua. La biblioteca de la "Brita Esperantista Asocio" (Asociación Esperantista Británica) tenía, en los años 60, unos 30.000 volúmenes, y muchísimas obras literarias, ensayos y revistas se tradujeron al esperanto, así como libros de ciencias y técnicas, política y filosofía. Se crearon numerosos clubes y asociaciones regionales y nacionales, y se celebraron conferencias (más de 700) en dónde los esperantistas se reunieron a intercambiar cultura y experiencias. Además, fueron millones las cartas que cruzaron los mares marcadas con una estrella verde (el símbolo del esperanto) y que permitieron la comunicación —en esta extraña, bella lengua— de las personas más alejadas.

Aprender esperanto no era sólo aprender un idioma. Era adherir a un sueño, a una filosofía, a una esperanza. De ahí su nombre. Los hablantes de la lengua éramos, todos nosotros, "esperanzados". Creyentes en la posibilidad de un mundo de iguales, en

donde, como primer paso, tuviéramos un código en el que comunicarnos sin que una lengua primara sobre otra.

El sueño tenía, sin embargo, un "pero". Zamenhof no había creado exactamente una lengua universal: había creado una lengua pan-europea, por así decirlo, una lengua que podía sonar fácil y familiar a ojos de un europeo. Pero para un hablante de árabe, de chino o de quechua, aprender esperanto era tanto o más difícil que aprender inglés, y el inglés era más útil, más difundido, más "importante".

Con el paso de las décadas el esperanto cayó en el olvido. Como caen todos los sueños marchitos.

Aún hoy se sigue hablando y publicando en esperanto, por cierto: las asociaciones nacionales e internacionales no han desaparecido. Pero no es ni mucho ni suficiente. Pocas bibliotecas poseen libros en esperanto, y son menos los bibliotecarios esperantistas o que conozcan algo del idioma, su historia y su filosofía. Y son escasas las bibliotecas especializadas en la lengua: el puñado que conozco están en Europa.

Aún hay algunos que siguen escribiendo cartas (o *mails*) marcándolas con la consabida estrella verde, que era (y es, calculo) un sinónimo de paz, solidaridad, acercamiento... y esperanza: la esperanza que tuvieron Zamenhof (al crearlo) y sus seguidores (al usarlo) de crear un mundo nuevo, basado en la tolerancia y el mutuo entendimiento.

Él quiso crear un instrumento que permitiera el nacimiento de ese mundo anhelado. Pero el mundo real decidió tomar otros caminos.

Hoy, si queremos que un extranjero nos entienda, terminamos hablando una lengua que nada tiene que ver con nosotros. Terminamos buscando en una red cuyo 80 % está en inglés. Terminamos bastardeando nuestro propio idioma con préstamos que no tienen ninguna relación con nuestra cultura. Cuando veo y vivo esto, pienso a veces que quizás el sueño no debería de haber muerto.

Y pienso que una biblioteca en una lengua común a todos —además de en la nuestra propia—, rica y fácil de aprender, nos hubiera permitido conocernos mucho mejor, aprender mucho más y mucho más rápidamente los uno de los otros. Piensen, sino, en todos los libros que no podemos leer porque están en docenas de lenguas dominantes que no podemos soñar en aprender; piensen en todos los posibles colegas y amigos con los que no podemos hablar por la misma causa; piensen en toda la información valiosa que queda fuera de nuestra mano por el mismo motivo...

Quién les escribe repasa, de vez en cuando, el par de libros de esperanto que aún conserva. Y confía en que alguna vez el sueño vuelva a crecer y madurar. Quizás de otra manera, quizás con otras palabras y otras reglas. Pero con las mismas intenciones y esperanzas detrás.

De la plene floranta urbo de Kordobo, mi sendas vi miajn pli bonajn deziraj'ojn, kun tiuj vortoj kiu mi ankoraŭ rememoras, malgraŭ la forgesaj'o kiu falis sur ili.

(Desde una ciudad de Córdoba poblada de flores, les hago llegar mis mejores deseos a través de estas palabras que aun recuerdo, a pesar del olvido que ha caído sobre ellas).

Noviembre 11, 2007

Y una biblioteca... ¿para qué?

Esto se preguntan muchas comunidades de aborígenes australianos que viven en las islas del Estrecho de Torres, un brazo de mar que separa la gran isla-continente de la (bastante desconocida y aislada) Papúa Nueva Guinea. Gran pregunta para la que los bibliotecarios solemos tener respuestas estandarizadas (adquiridas en libros y clases teóricas) y, a veces, poco convincentes... incluso para nosotros mismos.

Me he tropezado con el mismo interrogante durante mis trabajos de campo en el noreste argentino, también en comunidades indígenas, y en muchos de mis talleres en América Latina, y en mis conferencias aquí y allá. La pregunta se repite, y cada vez encuentro más motivos para pensarlo dos (o más) veces antes de responder.

Y, si debo ser honesto con ustedes y conmigo, tales respuestas me satisfacen más bien poco.

A lo largo de mis trabajos de investigación sobre servicios bibliotecarios en zonas rurales y en comunidades indígenas, e incluso a través de este mismo weblog o de espacios de discusión sobre otros tópicos bibliotecológicos y sociales, he ido ganándome la amistad de muchos colegas de todo el mundo que trabajan en los sitios más dispares. Entre ellos se cuentan desde docentes universitarios e investigadores *freelance* a directores de sistemas bibliotecarios estatales y colegas que trabajan en un

mostrador de préstamo. Quizás por mi propia naturaleza, mantengo una relación más fluida con aquellos que trabajan en el campo, con escasos recursos y en situaciones que no provocarían precisamente ganas de sustituirlos en su puesto.

Un puñado de ellos trabaja en las islas que nombré al inicio de esta entrada, y son de origen aborígen. Melanesios, para ser más exactos. Son llamados "Torres Strait Islanders", es decir, "habitantes de las islas del estrecho de Torres", y han sufrido la secular persecución de las fuerzas colonizadoras (inglesas, en aquel extremo del planeta) y la presión de los sucesivos gobiernos australianos hasta tiempos recientes, en los cuáles las llamadas "leyes de reconciliación" comenzaron a intentar minimizar los daños causados y lograr armonía, paz, equilibrio e igualdad.

Desde esa perspectiva conciliatoria y multicultural, bibliotecas estatales como la del estado de Queensland (que ocupa la porción NE de Australia, y al cual pertenecen las islas del estrecho) han planteado políticas, estrategias y servicios –muy bien diseñados, por cierto– orientados a proporcionar acceso a la información a las comunidades aborígenes locales. La de Queensland, particularmente, ha creado una magnífica red de IKC, *Indigenous Knowledge Centers* (Centros de Conocimiento Indígena) que se han instalado en comunidades aborígenes para servir no sólo como biblioteca, sino como centro de reunión y casa cultural.

Con algunos de los bibliotecarios que operan los IKCs instalados en las [aisladas] islas del Estrecho de Torres es con quiénes comparto ideas y amistad (cuando la Internet lo permite, por supuesto).

El planteamiento básico de esta propuesta australiana es estupendo, y no dejo de aplaudir tal experiencia. Sin embargo, tras las buenas iniciativas y deseos, aparece una realidad más abrumadora: los usuarios potenciales se esfuerzan en seguir siendo eso: potenciales. No visitan la biblioteca. De acuerdo a evaluaciones iniciales, no encuentran en ella nada que sea útil (a pesar de las numerosas fotos oficiales que los muestran leyendo y disfrutando del agradable ambiente bibliotecario) y la siguen considerando "cosa de blancos". Usan de tanto en tanto la Internet, pero el acceso a ese medio de comunicación se vuelve difícil y costoso en esas regiones, demostrando que la brecha digital no sólo existe entre el norte y el sur. Y los responsables de esas unidades —que son recursos humanos reclutados y formados entre la propia comunidad— encuentran escaso apoyo. De hecho, uno de los proyectos más ambiciosos de la Biblioteca Estatal de Queensland para proveerles de educación continua se propuso enviar profesionales ya formados a esas comunidades por un plazo máximo de seis meses para ayudarles en su trabajo y su capacitación. Sólo una docena de voluntarios se ofreció, y ninguno superó las cuatro o seis semanas de trabajo.

Estos comentarios no pretenden ser una crítica a un sistema bibliotecario que me parece, junto al de Nueva Zelanda, el mejor del mundo en referencia a servicios para indígenas. Sólo buscan ser una reflexión que me permita entender porqué no puedo dar una respuesta satisfactoria a esa pregunta que tantas veces se ha venido repitiendo en mi camino en los últimos tiempos, especialmente cuando hablo de bibliotecas rurales, indígenas o poblaciones desaventajadas (de las cuáles hay abundantes ejemplos en nuestro continente).

"Y una biblioteca... ¿para qué?"

"Para leer, para encontrar información, para adquirir cultura, para aprender sobre sí mismos y sobre el mundo" respondo.

"La información que hay en esos estantes o en la Internet no tiene nada que ver con nosotros, ni está en nuestra lengua, ni nos ayuda en nada. Entonces, una biblioteca... ¿para qué?"

"Para apoyar la escolarización de los niños, para sustentar la propia cultura en forma bilingüe, para promover la interculturalidad" respondo.

"En la escuela y en la biblioteca, a nuestros hijos los aculturán y los presionan, lo mismo que a nosotros en la calle y en el trabajo. La multiculturalidad es un cuento: sólo es cultura dominante más una pizquita de cultura minoritaria para ser 'políticamente correctos'. Y, de todas maneras, nosotros y nuestra cultura no estamos representados en los libros o en la Internet. Al menos, no estamos bien representados. Entonces, la biblioteca... ¿para qué?"

"Para promover planes de alfabetización, para aprender a leer y a escribir..." sigo intentando.

"¿Y quién nos va a enseñar a leer y a escribir? ¿El bibliotecario, que apenas puede con sus tareas? ¿Los voluntarios, que vienen y se van lo más rápido que pueden, como si

nosotros apestáramos o contagiáramos pobreza? Y... de enseñarnos, ¿me van a enseñar la lengua del país o la mía? ¿O ambas? ¿O ninguna? Nada de eso nos ha mostrado la biblioteca. Entonces, me sigo preguntando: una biblioteca... ¿para qué?"

"¿Para divertirse?" intento tímidamente.

La respuesta a este último intento mío es una sonrisa. Una sonrisa triste, o quizás irónica. Nada más. Y nada menos.

Siempre termino destrozado por tantas razones que sé verdaderas, aunque también sepa que no siempre y en todas partes es así y que conozco muchos ejemplos de bibliotecas que, proveyendo servicios a poblaciones "complejas", sí funcionan. Lamentablemente, parece que, en conjunto, son minoría.

Mientras tanto, a mi casilla siguen llegando correos de amigos y conocidos que, quizás sin quererlo, terminan ayudándome a comprender que la razón de mi imposibilidad para responder la fatídica pregunta está en la desconexión entre la biblioteca teórica y oficial y los usuarios reales. En esos mails me hablan de bibliotecas virtuales programadas en poblaciones que no saben leer o no tienen electricidad; libros enviados a comunidades aborígenes escritos en castellano, por no-aborígenes para no-aborígenes; bibliotecarios que desconocen las características de los destinatarios de los servicios que prestan y que, con sus actitudes, perpetúan discriminación y exclusión; horas del cuento en las que se leen los clásicos de Perrault y se dejan de lado las toneladas de relatos tradicionales del propio pueblo...

Hay una desconexión aterradora entre las ideas y proyectos teóricos / oficiales y la realidad. Y esa realidad sigue rechazando de plano las propuestas que le suenan extrañas y que no responden a sus búsquedas. Y siguen formulando la pregunta que me persigue.

"Y una biblioteca... ¿para qué?"

Será necesario que encontremos pronto una respuesta convincente y realista a esa cuestión, aunque eso nos cueste renunciar a nuestras estructuras mentales y profesionales. Al menos, lo creo necesario si es que pretendemos tener éxito en nuestros esfuerzos y en nuestras propuestas.

Noviembre 24, 2007

Infodiversidad, utopía y un viaje a México

Mientras leen estas líneas, mis pasos se encaminan hacia Guadalajara, capital del estado de Jalisco, en México. Guadalajara es una gran ciudad asentada en el Valle de Atemajac, y constituye el segundo municipio más poblado de México, con más de millón y medio de habitantes. Es famosa, según dicen, por sus tradiciones, su gastronomía y sus atracciones culturales y recreativas; entre éstas últimas se cuenta la FIL, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, la mayor de Hispanoamérica —en cuanto a número de editoriales participantes— y la segunda del mundo después de la de Frankfurt. Al mismo tiempo que la FIL (y en el mismo espacio) se celebra el XIV Coloquio Internacional de Bibliotecarios ("Infodiversidad: la biblioteca como centro multicultural") al que he sido invitado para dictar un taller sobre "infodiversidad y el papel de las bibliotecas" entre los días 26 y 28 de noviembre.

Si ya se han dado cuenta de que "infodiversidad" significa "diversidad informativa" o "la información en/de un mundo culturalmente plural", los felicito por su sagacidad, que merece toda mi admiración. Yo no lo tuve tan claro, así que, antes de dar mi respuesta a la invitación de los colegas mexicanos, decidí investigar el término, para tener la certeza de que la temática que me ofrecían estaba dentro de mi campo de conocimiento y si, por ende, iba a ser capaz de brindar un taller —o cualquier actividad por el estilo— de forma seria.

Me encontré con algunos textos de la mexicana Estela Morales Campos (probable inventora del palabro) que me permitieron averiguar que, efectivamente —merced a mi experiencia de trabajo— podía dar un taller sobre el tema. Básicamente, el constructo busca recuperar la importancia de la diversidad y la pluralidad humanas, expresadas perfectamente en la información producida por las diferentes culturas del planeta (entiéndase "cultura" en su acepción más amplia). El taller que dictaré en Guadalajara se centrará, pues, en mostrar el rol que pueden (y/o deben) jugar las bibliotecas en un mundo en el cual esta "infodiversidad" se ve constantemente amenazada.

¿Amenazas? Sí, y no pocas. Por un lado, la enorme presión de lenguas y culturas dominantes, que lleva a que el 96 % del planeta hable el 4 % de los idiomas existentes y a que el 90 % de las lenguas del mundo no estén representadas en la Internet. Bajo estas condiciones, la "revolución digital" y la "sociedad del conocimiento" (y su enorme influencia en el mundo actual) son una amenaza potencial para la supervivencia de las culturas locales y minoritarias. La cultura "global" —es decir, la de las naciones dominantes— está aplastando literalmente a las culturas regionales. Si no lo creen, intenten buscar, por ejemplo, cuántas páginas web en lengua quechua (hablada por cientos de miles de personas en Sudamérica) hay en la Internet. O cuántos archivos de la música, relatos, costumbres e historias tradicionales de Castilla La Vieja encuentran. O cuánta música de gaita y chicote de Colombia pueden descargar. O cuántas recetas de la isla de de Chiloé (Chile) o del norte de Paraguay son capaces de encontrar. Comparen eso con la cultura dominante, tan bien representada.

Por supuesto, estos medios y tecnologías pueden ser usados a favor de los grupos menos representados (que son los que dotan a nuestra cultura de su amplia diversidad; sin ellos seríamos un mundo bastante homogéneo y gris). Sobre cómo usarlos —he ahí la cuestión— aún falta decidirse y establecer planes y estrategias...

Por otro lado, las brechas digitales se extienden. Ya no se trata simplemente de que existen áreas de nuestro planeta en las cuáles una computadora no se puede encender porque no hay electricidad, o porque no llega la línea telefónica, o porque una computadora es un bien de lujo. Se trata de analfabetismo informacional, se trata de falta de pertinencia en los usos que gran parte del planeta puede darle a esos elementos... Otras barreras también se convierten en amenazas: el copyright es un buen ejemplo.

Nuevamente, estas barreras pueden eliminarse lentamente. No tienen porqué ser, obligatoriamente, amenazas. Pueden convertirse en oportunidades. Pero hasta ahora, el progreso en tal "eliminación" ha sido lento.

¿Más amenazas? La fuerza de las culturas (y la información) urbanas sobre las rurales, la de las culturas "políticamente correctas" sobre las "alternativas", la del "sexo fuerte" sobre el "sexo débil", la de la edad laboral sobre otras edades, la de la "historia oficial" sobre la "no oficial". Todos esos fragmentos presionados pertenecen a nuestra identidad, nos hacen ser quiénes somos. Si desaparecen, una parte de nosotros se irá con ellos.

¿Qué puede hacer la biblioteca? Ofrecer su espacio para que todas las voces suenen, sean recuperadas, organizadas y difundidas. Para que la cultura de los *punkies* urbanos y los campesinos estén presentes por igual; para que los folletos anarquistas y oficiales tengan el mismo valor informativo; para que pueda accederse conocimiento indígena y europeo en idénticas condiciones; para que las lenguas distintas de la oficial no sean parte de "colecciones especiales".

De esto tratará mi taller, y espero que, a través de las actividades que plantearé, puedan recuperarse experiencias, opiniones e ideas que permitan a los participantes darse cuenta del poder que llevan entre sus manos.

Mientras tanto, encuentro que muchos colegas —y no colegas— opinan que hacer frente a las corrientes dominantes —esas que se presentan como "amenazas" a la diversidad y a la pluralidad— es una "utopía". Me gusta esa palabra, por cierto, pero empiezo a cansarme un poco de que cualquier enfrentamiento a lo "establecido" sea tomado como un delirio. Si resolvemos tirar la toalla y bajar los brazos ante cualquier reto y decidimos que no vale la pena enfrentar a la corriente más fuerte porque es inútil, entonces viviremos en mundo de destrucción y olvido. Un mundo en el que la administración Bush y sus aliados seguirán arrasando países y matando civiles sin que nadie diga nada (porque, ¿quién se opondrá?). Un mundo en el que terminaremos hablando una lengua que no es la que aprendimos en casa (porque "todo el mundo la habla, y es lo mejor para comunicarse"). Un mundo en el que leeremos, aprenderemos y haremos lo que nos digan (porque eso es lo "correcto"). Un mundo en donde ser diferente del estándar será una maldición. Un mundo en donde ser mujer, niño,

anciano, enfermo, pobre, negro, latino, árabe, campesino, indígena, o tantas otras cosas será una condena a subsistir en un limbo.

Si seguimos considerando que enfrentarse a esas cosas es "imposible", bajemos los brazos y corramos como corderos de un rebaño, esperando a que nos toque poner el pescuezo bajo el cuchillo del matarife. Ya nos llegará la hora, como les está llegando a otros tantos desafortunados. O bien adaptémonos y convirtámonos en algo que no somos ni quisimos ser. Por mi parte, prefiero creer que un mundo plural es posible, y defenderlo con lo que hago, y dejar de pensar en "utopías" como "sueños" para pensarlas como "posibilidades". Posibilidades por las que hay que luchar, al menos si queremos que tengan alguna oportunidad de verse realizadas.

Con estas ideas parto a México. Desde Argentina, un fuerte abrazo.

Diciembre 09, 2007

Lo que cuentan nuestros libros

Ningunos otros indios rioplatenses fueron más implacables en sus odios, más crueles en sus venganzas, ni más terriblemente antropófagos.

Esta frase se refiere al pueblo Guaraní, y fue escrita por el sacerdote jesuita Guillermo Furlong en su libro *Misiones y sus pueblos de guaraníes* (Buenos Aires: Theoria, 1962, pp.72-75). Conservo hace tiempo el libro de Furlong entre mis pertenencias como ejemplo de incomprensión total. Es curioso saber que los textos de ese sacerdote aún siguen siendo incluidos en muchas bibliografías sobre pueblos originarios. ¿Sabemos que contienen las páginas de nuestros libros? ¿Sabemos qué hay de cierto y qué hay de falso en ellas? ¿Sabríamos orientar la lectura de un usuario a través de páginas como las que pienso mostrarles en esta entrada?

Los Guaraní se llaman a sí mismos Avá, que en su lengua (el avá ñe'é) significa sencillamente "hombres" (el nombre de su idioma significa "la lengua de los hombres"). El epíteto "guaraní" significa, en su propia lengua, "guerreros", algo que ciertamente fueron a lo largo de sus siglos de historia, jamás escrita por ellos mismos sino por las plumas de aquellos que los visitaron, que los conocieron y que los comprendieron, a veces mucho, otras muy poco. Los Guaraní pertenecen a un tronco mayor, el Tupí-Guaraní, una familia lingüística que cubre un amplio territorio dentro de Sudamérica, desde Brasil a Argentina y el oriente boliviano. En sus tierras ancestrales

se radicaron las primeras misiones jesuíticas del sur del continente, las cuales crearon un verdadero imperio (al decir del escritor argentino Leopoldo Lugones). En aquellas "reducciones" se dieron prácticas que algunos consideran "civilizadoras" y otros "aculturadoras", y cuyo análisis depende de la perspectiva con la que se analicen. Fue en esas misiones donde se construyó la primera imprenta del Virreinato del Río de la Plata, que luego sería transportada a la ciudad de Córdoba, desde donde les escribo. Allí, en las misiones, se imprimirían los primeros libros de la región, escritos en castellano y guaraní, generalmente diccionarios, vocabularios y sermones que servían a los misioneros para su trabajo evangelizador, pero que, a la vez y paralelamente (aunque quizás inconscientemente) nos sirven en la actualidad para recuperar muchas costumbres y rasgos lingüísticos.

Son muchísimos los antropólogos, historiadores y lingüistas que se refieren a la lengua guaraní como una de las más ricas y dulces del continente. La poesía y la belleza que impregna su construcción puede apreciarse en los diferentes idiomas guaraníes actuales, desde el avá ñe'é paraguayo (lengua oficial del Paraguay, hablado también en las provincias argentinas de Corrientes y Misiones) hasta el aché, el Pai tavyterá, el kaiwá, el Avá-chiriguano o el sirionó. Su pronunciación melodiosa y las posibilidades de su vocabulario nos muestran un idioma complejo, hermoso y, sobre todo, vivo. Diría al respecto otro jesuita, el padre Ignacio Chomé:

Confieso que extrañé mucho hallar en ella tanta majestad y energía. Cada palabra es una definición exacta que explica la naturaleza de lo que se quiere dar a entender, y da de ello una idea clara y distinta. Nunca hubiera

yo imaginado que, en el centro de la barbarie [sic], se hablase una lengua que, a mi juicio, por su nobleza y por su armonía, no es inferior a las que había yo aprendido en Europa. Tiene, por otra parte, sus delicadezas y agrados, y pide muchos años para llegar a poseerla con perfección.

Por otro lado, las literaturas (orales y escritas) y las cosmogonías Guaraníes se destacan por su exquisita riqueza, por el uso de metáforas y por la posesión de una cosmovisión mágico-religiosa complejísima. Además, toda esa cosmovisión está encerrada en la lengua: las palabras tienen poder, tal y como señala Lucía Gálvez en su libro *Guaraníes y Jesuitas. De la tierra sin mal al paraíso* (Buenos Aires: Sudamericana).

Continuando con las citas sobre el libro de Furlong, anoto un fragmento largo, que expresa por sí sólo los prejuicios con los que muchísimos religiosos (y no religiosos) se acercaron y se acercan a los pueblos originarios.

Durante siglo y medio, trataron los misioneros íntimamente con aquellos indios, y no hemos hallado una sola frase denigrante para ellos, en tanto escritos, anuas, relaciones y cartas, como han pasado por nuestras manos. Pero a los pocos años de expulsados los jesuitas [1767], llegó a tener algún contacto y trato con algunos Guaraníes un hombre a quien algunos han otorgado indebidamente el título de "sabio", y este presunto sabio llegó a clasificar a esos indios no entre los seres racionales, sino entre los cuadrúpedos. Después de consignar una serie de incongruencias, escribía muy suelto de cuerpo Don Félix de Azara: todas estas cualidades parecen

aproximadas a los cuadrúpedos; y así mismo, parecen tener cierta relación con las aves por fuerza y agudeza de su vista. La unidad de lengua entre los Guaraníes, que ocupan tanta vasta extensión de país, ventaja que ninguna de las naciones cultas del mundo ha logrado obtener, indica igualmente que estos salvajes han tenido el mismo maestro de lengua que enseñó a los perros a ladrar de la misma manera en todos los países.

Azara dudaba, a fines del siglo XVIII, si los Guaraníes pertenecían a la especie humana, incurriendo en una manifiesta aberración filosófica, y mostrando de pasada su total desconocimiento de todo lo realizado por aquellos indígenas en las reducciones.

Otros "sabios" de la pasta de Azara, han sostenido la paridad absoluta entre el indio y el europeo, de suerte que aquel, una vez salido de las selvas, era capaz de pensar, hablar y obrar como cualquier europeo. La ciencia prueba hoy día la infantilidad de tales asertos, y la historia de más de cuatro siglos lo rechaza de plano. El abandono absoluto de todo esfuerzo mental, la dejadez y ociosidad de innúmeras generaciones, los vicios inveterados a través de centurias, el medio ambiente salvaje en el que habían nacido y vivido, y otros mucho factores concurrentes, habían degradado al indio de tal suerte que era humanamente imposible elevarle de golpe al plano de la normalidad europea.

La realidad histórica es, por otra parte, harto elocuente. Después de cuatro siglos, y no obstante todos los meritorios esfuerzos de los gobiernos y de los misioneros, el indio americano, así aquel que se halla ubicado en las proximidades de las grandes urbes de los Estados Unidos, como los que hemos conocido y tratado en los valles Patagónicos, y los que se encuentran en las quebradas jujeñas, al par de los que vegetan en las llanuras chaqueñas, siguen siendo tan indios como cuando Colón pisó tierras americanas. El que vistan a la europea, o sepan garabatear unas letras, a lo que llaman escribir, no modifica lo substancial, y el indio es lo propio que era hace siglos.

Lejos de detenerse en estas "apreciaciones", que fueron las mismas que motivaron debates como el de Valladolid, en el siglo XVII (en el cual participara el célebre Bartolomé de Las Casas, defendiendo la postura de que los indígenas eran seres humanos), Furlong (que escribe en pleno siglo XX, aunque en una época en la cual los indígenas eran incluidos, en algunos libros de texto primarios argentinos, en el apartado "Zoología") continúa anotando:

Ningún misionero dudó jamás, como dudó Azara, de que los Guaraníes eran verdaderos hombres, pero, en cuanto a los mismos, reconocía con el Padre Cardiel, que 'su entendimiento, su capacidad era, y es, muy corto, como de niño; su discurso muy débil y defectuoso. Cuando les preguntamos una disyuntiva, V.Gr., ¿adónde vas, al pueblo de San Nicolás o al de San Juan? responden: Sí, Padre; sin poder averiguar sobre cual de

las dos partes cae el sí, o el no, sino que se le vuelva a preguntar por una parte sola'. Esto escribía el Padre Cardiel a mediados del siglo XVIII, o sea después de existir las reducciones durante siglo y medio, y medio siglo antes había anotado el Padre Lozano que todavía entonces no habían llegado a entender que la muerte era algo natural y que a todos había de sobrevenir, antes se persuadían que en cada caso era algo fortuito y debido a causas externas. Lo propio opinaban de las enfermedades, cuyas causas, según ellos, eran siempre extrínsecas y ajenas a la misma naturaleza humana.

La incomprensión de las estructuras filosóficas y religiosas del "otro" (sea quien sea; en este caso, el pueblo Guaraní) y el análisis de sus estructuras lingüísticas desde la lógica de las lenguas europeas (profundamente distinta a la de los idiomas nativos) como si esa lógica fuera la "única" y la "verdadera" queda totalmente expresado en el discurso de Furlong. Pero no nos engañemos: es un discurso que continúa presente y activo en la sociedad latinoamericana en general (y argentina en particular). Las costumbres, los hábitos, los modos de vida, las actitudes y las idiosincrasias indígenas son severamente criticadas, olvidadas, discriminadas e incluso ridiculizadas en un amplio rango de ámbitos, desde el político al académico, pasando por el social. Son esas percepciones pobladas de preconceptos las que continúan alimentando las murallas, las que logran que el diálogo intercultural se derrumbe y fracase, las que fomentan el racismo...

Esperemos que nuestros pasos y nuestras futuras acciones nos permitan saltar por encima de esas fosas y esas barreras.